Jean Paul Sartre

Las Palabras

ALIANZA - LOSADA

I. Leer

En Alsacia, alrededor de 1850, un maestro de escuela cargado de hijos consintió en hacerse tendero. Pero no quiso colgar los hábitos sin una compensación: ya que renunciaba a formar las mentes, uno de sus hijos formaría las almas; habría un pastor en la familia y sería Charles. Charles se sustrajo a ese designio y prefirió correr por los caminos detrás de una amazona. Se volvió su retrato de cara a la pared y se prohibió pronunciar su nombre. ¿A quién le tocaba? Auguste se apresuró a imitar el sacrificio paterno: entró en el negocio, y se adaptó bien. Quedaba Louis, que no tenía ninguna predisposición acentuada; el padre se apoderó de este muchacho tranquilo y le hizo pastor en un abrir y cerrar de ojos. Después Louis llevó su obediencia hasta engendrar a un pastor a su vez, Albert Schweitzer, cuya carrera es bien conocida. Pero ocurrió que Charles no había encontrado a su amazona; el hermoso gesto del padre le había dejado su huella: durante toda su vida mantuvo el gusto por lo sublime y puso todo su empeño en fabricar grandes circunstancias con pequeños aconteci-

mientos. Como puede verse, no pensaba en eludir la vocación familiar: quería entregarse a una forma atenuada de espiritualidad, a un sacerdocio que le permitiese las amazonas. Su salida fue el profesorado; Charles eligió enseñar alemán. Sostuvo una tesis sobre Hans Sachs, optó por el método directo, del cual más tarde se dijo inventor; publicó, con la colaboración de Simonnot, un *Deutsches Lesebuch* estimado, hizo una carrera rápida: Mâcon, Lyon, París. En París, en la distribución de premios, pronunció un discurso que alcanzó los honores de la separata: «Señor ministro, señoras y señores, queridos niños; nunca podríais adivinar de qué voy a hablaros hoy. ¡De música!». Descollaba en los versos de circunstancias. En las reuniones de la familia acostumbraba a decir: «Louis es el más piadoso; Auguste el más rico; yo soy el más inteligente». Los hermanos se reían, las cuñadas se mordían los labios. En Mâcon, Charles Schweitzer se había casado con Louise Guillemin, hija de un procurador católico. Louise aborreció el viaje de novios; Charles la había raptado antes de terminar la comida de bodas y metido en un tren. A los setenta años Louise seguía hablando de la ensalada de puerros que les habían servido en un comedor de estación: «Se comía todo lo blanco y me dejaba lo verde». Pasaron quince días en Alsacia sin dejar la mesa; los hermanos se contaban en su dialecto historietas escatológicas; el pastor se volvía hacia Louise de vez en cuando y se las traducía, por caridad cristiana. No tardó ella en conseguir certificados complacientes que le dispensaron del comercio conyugal y le dieron el derecho de tener habitación aparte. Hablaba de sus dolores de cabeza, adquirió la costumbre de quedarse en la cama, se puso a odiar el ruido, la pasión, los entusiasmos, toda la vida ruda y teatral de los Schweitzer. Esa mujer viva y maliciosa, pero fría, pensaba derecho y mal, porque su marido pensaba bien y torcido; como él era mentiroso y crédulo, ella dudaba de todo: «Pretenden que la Tierra gira; ¡qué saben ellos!». Como estaba rodeada de virtuosos comediantes, aborrecía la comedia y la virtud. Esta rea-

lista tan fina, perdida en una familia de groseros espiritualistas, se volvió volteriana por desafío, sin haber leído a Voltaire. Bonita y llenita, cínica y alegre, se convirtió en la negación pura. Con un movimiento de las cejas o una sonrisa imperceptible pulverizaba todas las grandes actitudes, por sí misma y sin que nadie se diese cuenta. La devoraron su orgullo negativo y su egoísmo de rechazo. No veía a nadie porque tenía demasiado orgullo para solicitar el primer lugar y demasiada vanidad para conformarse con el segundo. «Aprended —decía— a haceros desear». La desearon mucho, luego cada vez menos y, como no la veían, acabaron por olvidarla. Entonces apenas si dejó el sillón o la cama. A los Schweitzer, naturalistas y puritanos —esta combinación de virtudes es menos rara de lo que se cree—, les gustaban las palabras crudas que, aun rebajando muy cristianamente al cuerpo, manifestaban su amplia aceptación de las funciones naturales; a Louise le gustaban palabras veladas; leía muchas novelas ligeras en las que, más que la intriga, apreciaba los velos transparentes en que estaba envuelta: «Es atrevida, está bien escrita —decía con un aire delicado—. ¡Deslizaos, mortales, no os apoyéis!». Esta mujer de nieve pensó que se iba a morir de risa al leer *La fille de feu,* de Adolphe Belot. Le gustaba contar historias de noches de bodas que terminaban siempre mal: unas veces el marido, con su prisa brutal, rompía el cuello de su mujer contra la madera de la cama, y otras la joven recién casada aparecía por la mañana refugiada encima del armario, desnuda y loca. Louise vivía en la penumbra; Charles entraba en su habitación, corría las persianas, encendía todas las lámparas; ella gemía llevándose las manos a los ojos: «¡Charles, me deslumbras!». Pero su resistencia no iba más allá de los límites de una oposición constitucional; Charles le inspiraba temor, una tremenda desazón, a veces también amistad, con tal de que no la tocase. Ella cedía en todo en cuanto él se ponía a gritar. Él le hizo cuatro hijos por sorpresa: una niña que murió muy pronto, dos niños y otra hija. Por indiferencia o por respeto, él per-

mitió que los educasen en la religión católica. Louise, que no era creyente, los hizo creyentes por asco del protestantismo. Los dos varones tomaron el partido de la madre; ella los alejó suavemente del voluminoso padre; Charles ni siquiera se dio cuenta. El mayor, Georges, entró en la Escuela Politénica; el segundo, Emile, se hizo profesor de alemán. Éste me intriga: sé que quedó soltero, pero que, aunque no quisiese a su padre, le imitaba en todo. Padre e hijo acabaron por pelearse; hubo reconciliaciones memorables. Emile ocultaba su vida; adoraba a su madre y, hasta el final, guardó la costumbre de hacerle visitas clandestinas, sin prevenirla; la llenaba de besos y de caricias y después se ponía a hablar del padre, al principio irónicamente, luego con rabia, y se iba dando un portazo. Yo creo que ella le quería, pero le tenía miedo; esos dos hombres rudos y difíciles le cansaban, y prefería a Georges, que nunca estaba con ella. Emile murió en 1927, loco de soledad; encontraron un revólver debajo de su almohada, cien pares de calcetines agujereados y veinte pares de zapatos viejos en sus baúles.

Anne-Marie, la hija menor, pasó la infancia en una silla. La enseñaron a aburrirse, a estar derecha, a coser. Tenía dotes; creyeron que era distinguido dejarlas sin cultivar; esplendor; tuvieron el cuidado de ocultárselo. Estos burgueses modestos y orgullosos opinaban que la belleza estaba por encima de sus medios o por debajo de su condición; la permitían en las marquesas y en las putas. Louise tenía el más árido de los orgullos; por temor al engaño, negaba en su marido, en sus hijos, en ella misma las cualidades más evidentes. Charles no sabía reconocer la belleza en los demás; la confundía con la salud. Desde que su mujer se declaró enferma, se consolaba con unas idealistas robustas, bigotudas y llenas de colores y de buena salud. Anne-Marie, al repasar cincuenta años después las páginas de un álbum de la familia, se dio cuenta de que había sido bella.

Casi por el mismo tiempo en que Charles Schweitzer conocía a Louise Guillemin, un médico rural, se casó

con la hija de un rico propietario del Périgord y se instaló con ella en la triste calle mayor de Thiviers, en frente de la farmacia. Al día siguiente de la boda se descubrió que el suegro no tenía ni un céntimo. El doctor Sartre, furioso, pasó cuarenta años sin dirigir la palabra a su mujer; en la mesa se expresaba por gestos; ella acabó por llamarle «mi pensionista». Sin embargo, compartía su lecho, y de vez en cuando, sin una palabra, la dejaba embarazada. Ella le dio dos hijos y una hija. Esos hijos del silencio se llamaron Jean-Baptiste, Joseph y Hélène. Helène se casó, andando los años, con un oficial de caballería que se volvió loco; Joseph hizo su servicio militar con los zuavos y se retiró bastante pronto con sus padres. No tenía oficio; entre el mutismo de uno y los chillidos de la otra, se volvió tartamudo y se pasó la vida luchando con las palabras. Jean-Baptiste ingresó en la Escuela Naval para ver el mar. En 1904, en Cherburgo, siendo ya oficial de marina y devorado por las fiebres de Cochinchina, conoció a Anne-Marie Schweitzer, se apoderó de esta mujerona enamorada, se casó con ella, le hizo un hijo al galope, a mí, y trató de refugiarse en la muerte.

Morir no es fácil; la fiebre intestinal subía sin prisa y a veces tenía remisiones. Anne-Marie le cuidaba con abnegación, pero sin llevar la indecencia hasta el extremo de amarle. Louise le había prevenido contra la vida conyugal: tras las bodas de sangre, era una serie infinita de sacrificios, cortada por trivialidades nocturnas. Siguiendo el ejemplo de su madre, la mía, prefirió el deber al placer. No había conocido mucho a mi padre, ni antes ni después de la boda, y debía a veces preguntarse por qué ese extraño había escogido morir en sus brazos. Le llevaron a una granja que estaba a unas leguas de Thiviers. Su padre iba a visitarle todos los días en una calesa. Las vigilias y las preocupaciones agotaron a Anne-Marie, se le cortó la leche, me pusieron un ama, no lejos de allí, y me dediqué yo también a morir de enteritis y tal vez de resentimiento. A los veinte años, sin experiencia ni consejos, mi madre se

destrozaba entre dos moribundos desconocidos. Su matrimonio de conveniencia encontraba su verdad en la enfermedad y en el luto. Yo me aproveché de la situación. En aquella época las madres daban el pecho ellas mismas y durante mucho tiempo; si no hubiera tenido la suerte de encontrarme con esta doble agonía, me habría visto expuesto a las dificultades consiguientes a un destete tardío. Enfermo, destetado por fuerza a los nueve meses, la fiebre y el entontecimiento impidieron que sintiera el último tijeretazo que corta los lazos de la madre y del hijo; me sumergí en un mundo confuso, poblado por alucinaciones simples e ídolos groseros. Al morir mi padre, Anne-Marie y yo nos despertamos de una pesadilla común; yo me curé. Pero éramos las víctimas de un malentendido: ella volvía a encontrar con amor a un hijo que realmente nunca había dejado; yo recobraba el sentido en las rodillas de una extraña.

Anne-Marie, sin oficio y sin dinero, decidió volver a vivir con sus padres. Pero la insolente muerte de mi padre había disgustado a los Schweitzer; se parecía demasiado a un repudio. Mi madre, por no haber sabido ni preverlo ni prevenirlo, fue decretada culpable. Se había casado sin pensarlo con un marido que no había hecho uso de ella. Todo el mundo fue perfecto con la alta Ariadna que volvió a Meudon con un hijo en sus brazos. Mi abuelo tenía solicitada la jubilación, pero volvió a trabajar sin decir una palabra; también mi abuela fue discreta en su triunfo. Pero Anne-Marie, helada de agradecimiento, adivinaba la censura tras las buenas maneras; las familias, claro está, prefieren las viudas a las madres solteras, pero por muy poco. Para obtener su perdón, se afanaba sin medida; llevó la casa de sus padres en Meudon y luego, en París, se hizo ama de llaves, enfermera, mayordomo, señora de compañía, sirvienta, sin poder deshacer la muda irritación de su madre. Louise encontraba fastidioso hacer el menú todas las mañanas y las cuentas todas las noches, pero soportaba mal que alguien lo hiciese en su lugar; se dejaba descargar de sus obligaciones irritándose al perder sus prerrogati-

vas. Esta mujer cínica que ya entraba en la vejez, no tenía más que una ilusión: se creía indispensable. La ilusión se desvaneció: Louise empezó a tener celos de su hija. ¡Pobre Anne-Marie! Si hubiese sido pasiva, la habría acusado de ser una carga; activa, sospechaba que quería regentar la casa. Para evitar el primer escollo, necesitó todo su valor, y toda su humildad para vencer el segundo. No tuvo que pasar mucho tiempo para que la joven viuda se volviera otra vez menor: una virgen mancillada. No se le negaba el dinero para sus gastos menudos, pero se olvidaban de dárselo; gastó su ropa hasta hacerla trizas, sin que su padre pensara en renovársela. Apenas se toleraba que la hija saliera sola. Cuando la invitaban a cenar sus antiguas amigas —ya casadas casi todas—, tenía que pedir permiso con mucha anticipación y prometer que la llevarían de vuelta antes de las diez. El dueño de casa tenía que levantarse a mitad de la comida para acompañarla en coche. Mi abuelo, entre tanto, se paseaba por el dormitorio en camisón, con el reloj en la mano. Empezaba a gritar en cuanto daba la última campanada de las diez. Las invitaciones se volvieron más raras y mi madre se privó de tan costosos placeres.

La muerte de Jean-Baptiste fue el gran acontecimiento de mi vida: hizo que mi madre volviera a sus cadenas y a mí me dio la libertad.

No existe el buen padre, es la regla: no cabe reprochárselo a los hombres, sino al lazo de paternidad, que está podrido. Hacer hijos está muy bien, pero qué iniquidad es *tenerlos!* Si hubiera vivido, mi padre se habría echado encima de mí con todo su peso y me habría aplastado. Afortunadamente, murió joven; en medio de los Eneas que llevan a cuestas a sus Anquises, pasé de una a otra orilla, solo y detestando a esos genitores invisibles, a horcajadas sobre sus hijos para toda la vida; dejé detrás de mí a un joven muerto que no tuvo el tiempo de ser mi padre y que hoy podría ser mi hijo. ¿Fue un mal o un bien? No sé; pero suscribo gustosamente el

veredicto de un eminente psicoanalista: no tengo superyó.

Morir no basta: hay que hacerlo a tiempo. Más tarde, me hubiera sentido culpable; un huérfano consciente se hace reproches: los padres, ofuscados al verle, se han retirado a sus departamentos del Cielo. Yo estaba encantado; mi triste condición imponía respeto, fundaba mi importancia; yo incluía mi luto entre mis virtudes. Mi padre había tenido la galantería de morir culpablemente; mi abuela no hacía más que repetir que se había sustraído a sus obligaciones; mi abuelo, justamente orgulloso de la longevidad de los Schweitzer, no admitía que se pudiese desaparecer a los treinta años; en vista de lo sospechosa que era esa muerte, llegó a dudar de que su yerno hubiera existido alguna vez, y al final lo olvidó. Yo ni siquiera tuve que olvidarlo; al despedirse a la francesa, Jean-Baptiste me había negado el placer de conocerlo. Aún hoy me extraña lo poco que sé sobre él. Sin embargo, amó, quiso vivir, se vio morir; eso basta para hacer a todo un hombre. Pero nadie en mi familia supo infundirme curiosidad por ese hombre. Durante varios años, pude ver, encima de mi cama, el retrato de un pequeño oficial de ojos cándidos, con la cabeza redonda, una calva incipiente y grandes bigotes; el retrato desapareció al casarse mi madre otra vez. Más tarde heredé unos libros que le habían pertenecido: uno de Le Dantec sobre el porvenir de la ciencia, otro de Weber titulado *Vers le positivisme par l'idéalisme absolu*. Leía libros malos, como todos sus contemporáneos. En los márgenes descubrí unos garabatos indescifrables, signos muertos de una pequeña iluminación que fue viva y danzarina en los tiempos de mi nacimiento. Vendí los libros: el difunto me concernía muy poco. Lo conocía de oídas, como a la Máscara de Hierro o al Caballero de Eón, y lo que sé de él nunca ha tenido relación conmigo: nadie recuerda si me quiso, si me tuvo en brazos, si volvió hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos. Son penas de amor perdidas. Ese padre ni siquiera es una sombra, ni siquiera una mirada. Du-

rante algún tiempo, hemos pisado él y yo sobre la misma tierra; eso es todo. Me dieron a entender que, más que el hijo de un muerto, era el hijo de un milagro. Sin duda de aquí proviene mi increíble ligereza. No soy un jefe ni aspiro a serlo. Mandar y obedecer es lo mismo. El más autoritario manda en nombre de otro, de un parásito sagrado —su padre—, transmite las abstractas violencias que padece. Nunca en mi vida he dado una orden sin reír, sin hacer reír; es que no me corroe el chancro del poder: no me enseñaron a obedecer.

¿A quién podría yo obedecer? Me muestran a una joven gigantesca y me dicen que es mi madre. Por mí, más bien la tomaría por una hermana mayor. Veo que esta virgen con residencia vigilada, sometida a todos, está ahí para servirme. La quiero. ¿Pero cómo la respetaría, si nadie la respeta? En nuestra casa hay tres habitaciones: la de mi abuelo, la de mi abuela y la de los «niños». Los «niños» somos nosotros, igualmente menores e igualmente mantenidos. Pero todas las consideraciones son para mí. Han puesto una cama de muchacha soltera en mi habitación. La muchacha soltera duerme sola y se despierta castamente; aún duermo yo cuando corre a tomar su «tub» en el cuarto de baño; vuelve totalmente vestida. ¿Cómo habría de haber nacido de ella? Me cuenta sus desgracias y yo la escucho con compasión: más adelante me casaré con ella para protegerla. Se lo prometo; extenderé y pondré mi mano sobre ella, pondré a su servicio mi joven importancia. ¿Se cree que voy a obedecerla? Tengo la bondad de ceder a sus ruegos. Por lo demás, órdenes no me da; esboza con unas palabras ligeras un porvenir y celebra que quiera realizarlo; «Mi hijito querido va a ser muy bueno y muy razonable, y se va a portar muy bien dejándose poner gotas en la nariz». Me dejo caer en la trampa de esas profecías tan suaves.

Quedaba el patriarca; se parecía tanto a Dios padre que muchas veces le tomaban por él. Un día entró en una iglesia por la sacristía. El cura amenazaba a los tibios con los rayos celestiales: «¡Dios está aquí! ¡Os

está viendo!» De pronto los fieles descubrieron debajo del púlpito a un anciano alto y barbudo que los miraba. Salieron corriendo. Mi abuelo decía otras veces que se habían hincado de rodillas ante él. Le cogió gusto a las apariciones. En el mes de septiembre de 1914, se manifestó en un cine de Arcachon; mi madre y yo estábamos en la galería, cuando él pidió que se encendiesen las luces; otros señores hacían de ángeles a su alrededor y gritaban: «¡Victoria, victoria!» Dios subió al escenario y leyó el comunicado del Marne. En los tiempos en que su barba era negra, había sido Jehová y sospecho que Emile murió por él, indirectamente. Ese Dios colérico se saciaba con la sangre de sus hijos. Pero yo aparecí al final de su larga vida. Su barba había encanecido, el tabaco la había vuelto amarillenta y la paternidad ya no le divertía. Sin embargo, yo creo que de haberme engendrado no habría dejado de sojuzgarme: por costumbre. Pero tuve la suerte de pertener a un muerto. Un muerto había vertido las pocas gotas de esperma que son el precio corriente de un niño; yo pertenecía al sol, mi abuelo podía gozar de mí sin poseerme. Yo fui su «maravilla», porque quería terminar sus días como un viejo maravillado. Tomó la decisión de considerarme como un factor singular del destino, como un don gratuito y siempre revocable. ¿Qué hubiera podido exigir de mí? Yo le colmaba con mi sola presencia. Fue el Dios de Amor, con la barba del Padre y el Sagrado Corazón del Hijo; me sometía a la imposición de sus manos, sentía en el cráneo el calor de sus palmas, me llamaba su chiquitín con una voz que temblaba de ternura; las lágrimas empañaban sus fríos ojos. Todo el mundo gritaba: «¡Este pícaro le ha vuelto loco!» No cabía duda de que me adoraba. Pero ¿me quería? Me cuesta trabajo distinguir en una pasión tan pública la sinceridad del artificio. No creo que haya mostrado mucho afecto por sus otros nietos. Verdad es que casi no los veía y que ellos no le necesitaban. Yo dependía de él para todo; él adoraba en mí su generosidad.

A decir verdad, se esforzaba por alcanzar lo sublime; era un hombre del siglo XIX que, como tantos otros, como Víctor Hugo mismo, se tomaba por Víctor Hugo. Ese hombre hermoso, con barba fluvial, siempre entre dos efectos teatrales, como el alcohólico entre dos vinos, me parece que fue víctima de dos técnicas recientemente descubiertas: el arte del fotógrafo y el arte de ser abuelo. Tenía la suerte y la desgracia de ser fotogénico; la casa estaba llena de fotos suyas. Como no se practicaba la instantánea, le había dominado el gusto por las *poses* y por los cuadros vivos; en él todo era pretexto para suspender sus gestos, para inmovilizare en una hermosa actitud, para petrificarse; le encantaban esos breves instantes de eternidad en que se convertía en su propia estatua. No he guardado de él —a causa de su gusto por los cuadros vivos— más que imágenes tiesas de linterna mágica; el follaje de un bosque, yo estoy sentado en el tronco de un árbol, tengo cinco años; Charles Schweitzer lleva un panamá, un traje de franela crema con listas negras, un chacelo de piqué blanco, cruzado por la cadena del reloj; los lentes le cuelgan del extremo de un cordón; se inclina sobre mí, levanta un dedo ensortijado de oro, habla. Todo está oscuro y húmedo, salvo su barba solar: lleva su aureola alrededor de la barbilla. No sé qué dice: estaba yo demasiado preocupado por escuchar para poder oír. Supongo que ese viejo republicano del Imperio me enseñaba mis deberes cívicos y me contaba la historia burguesa; había habido reyes, emperadores que eran malísimos; los habían echado y todo iba bien. Por la tarde, cuando íbamos a esperarle a la carretera, lo reconocíamos en seguida entre la multitud de viajeros que salían del funicular, por su alta estatura, por su paso de maestro de minué. En cuanto nos veía a lo lejos, se «colocaba», obedeciendo las órdenes de un fotógrafo invisible: con la barba al viento, el cuerpo erguido, los pies formando ángulo recto, el pecho inflado, los brazos ampliamente abiertos. Yo, al ver esa señal, me inmovilizaba, me inclinaba hacia adelante, era el corredor que se lanza a la

carrera, el pajarillo que va a salir del aparato; nos quedábamos un momento frente a frente, un bonito grupo de Sajonia; después me lanzaba, cargado de frutas, de flores y de la felicidad de mi abuelo, y chocaba contra sus rodillas, con un jadeo fingido; él me alzaba del suelo, me levantaba hasta las nubes, con sus brazos extendidos me estrechaba luego contra su corazón murmurando: «¡Tesoro mío!» Era la segunda figura, muy observada por la gente que pasaba. Representábamos una amplia comedia con cien *sketches* diversos: el *flirt*, los malentendidos rápidamente aclarados, las bromas bondadosas y las amables regañinas, el despecho amoroso, los tiernos misterios y la pasión; imaginábamos obstáculos en nuestor amor para sentir la alegría de vencerlos; a veces yo era imperioso, pero los caprichos no podían ocultar mi exquisita sensibilidad; él mostraba la vanidad sublime y cándida que corresponde a los abuelos, la ceguera, las debilidades culpables que recomienda Hugo. Si me hubiesen castigado a régimen de pan seco, él me habría llevado mermelada; pero ambas aterrorizadas mujeres se cuidaban mucho de castigarme. Y además yo era un niño bueno; me parecía que mi papel me quedaba tan bien que no salía de él. A decir verdad, la temprana retirada de mi padre me había gratificado con un Edipo muy incompleto; no tenía superyó —estamos de acuerdo—, pero tampoco agresividad. Mi madre era mía, nadie me discutía su tranquila posesión; yo ignoraba la violencia y el odio; me libraron del duro aprendizaje que son los celos; al no haber chocado con sus aristas, al principio sólo conocí la realidad por su risueña inconsistencia. ¿Contra quién, contra qué hubiera podido rebelarme? El capricho de otro nunca había pretendido convertirse en ley para mí.

Permito amablemente que me calcen, que me echen gotas en la nariz, que me cepillen y que me laven, que me vistan y que me desnuden, que me ricen y que me froten; no hay nada más divertido que jugar a ser bueno. Nunca lloro, apenas si río, no hago ruido; a los cuatro años me sorprendieron echando sal a la mermela-

da: supongo que lo hice más por amor a la ciencia que por malignidad; de todas formas es la única fechoría que recuerdo. Los domingos, las señoras a veces van a misa, para oír la buena música de un organista famoso; ni una ni otra son practicantes, pero la fe de los demás predispone al éxtasis musical; ellas creen en Dios mientras dura el placer de una *toccata.* Esos momentos de alta espiritualidad para mí son deliciosos; como parece que todo el mundo duerme, es la ocasión para que yo muestre lo que sé hacer. Me convierto en estatua, de rodillas en el reclinatorio; no tengo que mover ni un dedo; tengo la vista fija en mí, sin pestañear, hasta que me saltan las lágrimas y me corren por las mejillas; naturalmente, disputo un combate titánico contra el hormigueo, pero estoy seguro de que venceré y soy tan consciente de mi fuerza que no dudo en provocar en mí las más criminales tentaciones para darme el gusto de rechazarlas: ¿Y si me levantase gritando «¡Badabum!»? ¿Si trepase por la columna para hacer pipí en la pileta de agua bendita? Estas terribles evocaciones darán luego más valor a las felicitaciones de mi madre. Pero me miento, finjo estar en peligro para aumentar mi gloria; las tentaciones no fueron vertiginosas ni siquiera un momento; temo demasiado el escándalo; si quiero sorprender, lo será por mis virtudes. Estas victorias fáciles me persuaden de que soy naturalmente bueno; no tengo más que ser como soy para que me colmen de alabanzas. Cuando tengo malos deseos o malos pensamientos, vienen de fuera; en cuanto están en mí, languidecen y se marchitan. No soy buen campo para el mal. Soy virtuoso por comedia; pero no me esfuerzo ni me obligo: invento. Tengo la libertad principesca del actor que mantiene al público con la respiración contenida y que refina su papel. Me adoran, luego soy adorable. Como el mundo está bien hecho, no hay nada más sencillo. Me dicen que soy guapo y me lo creo. Desde hace algún tiempo tengo en el ojo derecho la nube que me volverá tuerto y bizco, pero aún no se nota nada. Me sacan fotos, que retoca mi madre con lápices de colores. En una de ellas,

que hemos conservado, estoy rubio y sonrosado, con bubles, tengo las mejillas redondas y en la mirada una afable deferencia para el orden establecido; tengo la boca hinchada por una hipócrita arrogancia: sé lo que valgo.

Pero no basta con que sea naturalmente bueno; tengo que ser profético: la verdad sale de la boca de los niños. Como aún están muy cerca de la naturaleza, son los primos del viento y del mar; a quien sepa entenderlos, sus balbuceos ofrecen enseñanzas amplias y vagas. Mi abuelo había cruzado el lago de Ginebra con Henri Bergson. «Yo estaba loco de alegría —decía—; no tenía bastantes ojos para contemplar las crestas brillantes, para seguir los espejeos del agua. Pero Bergson, sentado en una maleta, no dejó de mirar entre sus pies.» Concluía de este incidente de viaje que la meditación poética es preferible a la filosofía. Meditó sobre mí. En el jardín, sentado en una silla plegable, con un vaso de cerveza al alcance de la mano, me miraba saltar y correr, buscaba una sabiduría en mis palabras confusas y la encontraba. Más tarde me reí de esta locura; lo siento: era el trabajo de la muerte. Charles combatía la angustia con el éxtasis. Admiraba en mí la obra admirable de la tierra para persuadirse de que todo es bueno, incluso nuestro mísero fin. Iba a buscar esta naturaleza que se disponía a recuperarlo, en las cimas, en las olas, en medio de las estrellas, en la fuente de mi joven vida, para poder abarcarla por entero y aceptar todo de ella, hasta la fosa que se cavaba para él. Lo que hablaba por mi boca no era la Verdad, sino *su* muerte. No es de extrañar que la insulsa felicidad de mis primeros años haya tenido a veces un gusto fúnebre: debía mi libertad a una muerte oportuna, mi importancia a una muerte muy esperada. Pues, claro, es sabido que todas las pitias son unas muertas; todos los niños son espejos de muerte.

Y además a mi abuelo le encanta fastidiar a sus hijos. Este padre terrible se pasó la vida aplastándolos; ellos entran de puntillas y le sorprenden de rodillas ante un crío: lo bastante para destrozarles el corazón. En la lu-

cha de las generaciones, los viejos hacen muchas veces causa común con los niños: los unos dan los oráculos, los otros los descifran. La Naturaleza habla y la experiencia traduce; lo más que pueden hacer los adultos es callarse. A falta de un niño, se toma un perro; en el cementerio de perros, el año pasado, en el tembloroso discurso que se prolonga de tumba en tumba, reconocí las máximas de mi abuelo. Los perros saben querer; son más tiernos que los hombres, más fieles; tienen más tacto, un instinto sin fallos que les permite reconocer el Bien, distinguir a los buenos de los malos. «Polonius —decía una desconsolada—, eres mejor que yo; tú no habrías podido sobrevivirme; yo te sobrevivo.» Me acompañaba un amigo americano; irritado, dio un puntapié a un perro de cemento y le rompió una oreja. Tenía razón: cuando se quiere *demasiado* a los niños y a los animales, se los quiere contra los hombres.

Luego yo soy un perro con porvenir; yo profetizo. Digo ocurrencias de niño, las retienen, me las repiten; aprendo a hacer otras. Digo frases de hombre; sin tocarlas, sé decir cosas «por encima de mi edad». Estas cosas son poemas; la receta es sencilla: hay que confiarse al diablo, a la casualidad, al vacío, tomar frases enteras de los adultos, juntarlas y repetirlas sin comprenderlas. En una palabra, hago auténticos oráculos y cada uno los entiende como quiere. El Bien nace en lo más *profundo de mi corazón*, lo Verdadero *en las jóvenes* tinieblas de mi entendimiento. Me admiro instintivamente; ocurre que mis gestos y mis palabras tienen una cualidad que se me escapa y que salta a la vista de las personas mayores. ¡No faltaría más! Les ofreceré sin descanso el delicado placer que a mí se me niega. Mis bufonerías cobran la apariencia de la generosidad; unas pobres gentes estaban desoladas por no tener ningún niño; conmovido, me saqué de la nada con un impulso de altruismo y revestí el disfraz de la infancia para darles la ilusión de que tenían un hijo. Mi madre y mi abuela me invitan a repetir a menudo el acto de eminente bondad que me dio la vida; alaban las manías de

Charles Schweitzer, su gusto por lo teatral, le preparan sorpresas. Me esconden detrás de un mueble, retengo la respiración, las mujeres se van de la habitación haciendo como que me olvidan, yo me anonado; entra en la habitación mi abuelo, cansado y mohíno, como lo haría si yo no existiese; salgo de repente de mi escondite y le hago la gracia de nacer, él me ve, entra en el juego, cambia de cara y levanta los brazos al cielo: le colmo con mi presencia. En una palabra, me doy; me doy siempre y en todas partes, doy todo; basta con que empuje una puerta para que yo también tenga el sentimiento de hacer una aparición. Pongo mis cubos unos encima de otros, quito los moldes de mis formas de arena, llamo a gritos; llega alguien y lanza una exclamación; he hecho feliz a uno más. La comida, el sueño y las precauciones contra las intemperies forman las fiestas principales y las principales obligaciones de una vida totalmente ceremoniosa. Como en público, igual que un rey: si como *bien,* me felicitan. Mi misma abuela, exclama: «¡Qué bueno es! ¡Tiene hambre!»

No paro de crearme; soy el donante y la donación. Si viviese mi padre, yo conocería mis derechos y mis deberes; murió y los ignoro; no tengo derechos, puesto que me colma el amor; no tengo deber, puesto que me doy por amor. Un solo mandato: gustar; todo para la muestra. Qué despilfarro de generosidad había en nuestra familia: mi abuelo me hace vivir y yo constituyo su felicidad; mi madre se sacrifica por todos. Cuando pienso en todo eso, ahora sólo ese sacrificio me parece verdadero; pero teníamos la tendencia a no hablar de ello. No importa, nuestra vida no es más que una serie de ceremonias y consumimos el tiempo abrumándonos con homenajes. Yo respeto a los adultos a condición de que me idolatren; soy franco, abierto, dulce como una niña. Pienso bien, confío en la gente, todo el mundo es bueno, puesto que todo el mundo está contento. Para mí la sociedad es una rigurosa jerarquía de méritos y de poderes. Los que ocupan la cima de la escala dan todo lo que poseen a los están debajo de ellos. No me atrevo,

sin embargo, a situarme en el escalón más alto; no ignoro que están reservando a las personas severas y bienintencionadas que hacen reinar el orden. Estoy en una pequeña alcándara marginal, no lejos de ellas, y mi irradiación se ejerce de arriba abajo de la escala. En resumen, pongo el mayor cuidado en apartarme del poder secular: ni arriba, ni abajo, fuera. Como nieto de clérigo, soy, desde mi infancia, un clérigo; tengo la unción de los príncipes de la Iglesia, una jovialidad sacerdotal. Trato a los inferiores como iguales; es una piadosa manera de mentir para hacerles más felices y conviene que se lo crean hasta cierto punto. Hablo con una voz paciente y moderada a mi niñera, al cartero, a mi perra. En este mundo en orden hay pobres. También hay corderos con cinco patas, hermanas siamesas, accidente de ferrocarril; nadie tiene la culpa de esas anomalías. Los buenos pobres no saben que su oficio consiste en hacernos ejercer nuestra generosidad; son pobres vergonzosos que van pegados a las paredes; yo voy corriendo, les pongo en la mano una moneda de diez céntimos y, sobre todo, les regalo una hermosa sonrisa igualitaria. Les encuentro un aire estúpido y no me gusta tocarles, pero me esfuerzo: es una prueba; y además tienen que quererme: este amor embellecerá su vida. Sé que les falta lo más necesario, y me gusta ser para ellos lo superfluo. Por lo demás, por mucha que sea su miseria, nunca sufrirán tanto como mi abuelo: cuando era pequeño, se levantaba antes del alba y se vestía en la oscuridad de la noche; en invierno, para levantarse, tenía que romper el hielo de la jarra. Afortunadamente las cosas se han arreglado desde entonces; mi abuelo cree en el Progreso y yo también: el Progreso, ese largo camino arduo que lleva hasta mí.

Era el Paraíso. Cada mañana me despertaba con un estupor alegre, admirando la tremenda suerte que me había hecho nacer en la más unida de las familias, en el país más hermoso del mundo. Me escandalizaban los

descontentos: ¿de qué se podían quejar? Eran unos sediciosos. Mi abuela, particularmente, me causaba las mayores inquietudes; me dolía ver que no me admiraba lo bastante. La verdad era que Louise me había calado hasta el tuétano. Me censuraba abiertamente la farsa que no se atrevía a reprochar a su marido: yo era un polichinela, un bufón, un hipócrita; me ordenaba que terminara con mis «melindres». Y yo me indignaba aún más porque sospechaba que también se burlaba de mi abuelo: era «el Espíritu que niega siempre». Yo le *contestaba,* ella exigía que me disculpase; como estaba seguro de que me apoyarían, yo no lo hacía. Mi abuelo aprovechaba al vuelo la ocasión para mostrar su debilidad: tomaba partido por mí contra su mujer, que se levantaba, ultrajada, para ir a encerrarse en su habitación. Mi madre, inquieta, temerosa de los rencores de mi abuela, hablaba bajo, quitaba humildemente la razón a su padre, que se alzaba de hombros y se iba a su escritorio; finalmente, ella me suplicaba que fuese a pedir perdón a mi abuela. Yo gozaba con mi poder: era San Miguel y había vencido al Espíritu del mal. Para terminar, iba a disculparme negligentemente. Aparte de esto, naturalmente, la adoraba, puesto que era mi abuela. Me habían sugerido que la llamase Mamie, y que llamase al jefe de la familia por su nombre alsaciano, Karl. Karl y Mamie, eso sonaba mejor que Romeo y Julieta, que Filemón y Baucis. Mi madre me repetía cien veces al día, no sin intención: «Nos esperan Karlimami; Karlimami estarán contentos, Karlimami...», evocando con la íntima unión de las cuatro sílabas el perfecto acuerdo de las dos personas. Yo me dejaba engañar a medias, pero me las arreglaba para parecer que me dejaba del todo; podía mantener a través de Karlimami la unidad sin fallas de la familia y hacer que cayeran sobre la cabeza de Louise buena parte de los méritos de Charles. A mi abuela, suspicaz y pecaminosa, siempre a punto de flaquear, la retenían los ángeles, el poder de una palabra.

Hay malos auténticos: los prusianos, que nos han quitado Alsacia-Lorena y todos nuestros relojes de pared, menos el de mármol negro que adorna la chimenea de mi abuelo y que le regaló, precisamente, un grupo de alumnos alemanes; nos preguntamos dónde lo habrían robado. Me compran los libros de Hansi, me enseñan las estampas; no siento ninguna antipatía por esos hombres gordos de azúcar rosa que se parecen tanto a mis tíos alsacianos. Mi abuelo, que había elegido a Francia en el año 71, va de vez en cuando a Grunsbach, en Pfaffenhofen, a visitar a los que se habían quedado. Me llevan. En los trenes, cuando un revisor alemán le pide los billetes, cuando en el café un camarero tarda en preguntarle lo que desea, Charles Schweitzer se pone rojo de cólera patriótica; las dos mujeres se agarran a sus brazos: «¡Charles, qué vas a hacer! ¡Nos echarán y no habrás logrado nada!» Mi abuelo alza el tono: «¡A ver si se atreven a expulsarme! ¡Estoy en mi casa!» Me empujan hacia él, yo le miro con aire suplicante, se calma: «Bueno, por el niño», suspira, acariciándome la cabeza con sus dedos secos. Estas escenas me indisponen contra él sin indignarme contra los ocupantes. Además, Charles, en Gunsbach, no deja de encolerizarse con su cuñada; tira su servilleta sobre la mesa varias veces por semana y se va del comedor dando un portazo; sin embargo, ella no es una alemana. Después de comer, nos vamos a gemir y a sollozar a sus pies; nos opone un rostro de bronce. ¿Cómo no suscribir un juicio de mi abuela: «Alsacia no le sienta bien; no debería volver con tanta frecuencia»? Por lo demás, no me gustan mucho los alsacianos, que me tratan sin respeto, y no me importa que nos las hayan tomado. Parece que voy con demasiada frecuencia a ver al tendero de Pfaffenhofen, señor Blumenfeld, y que le molesto para nada. Mi tía Caroline ha «hecho observaciones» a mi madre; se me comunican: por una vez somos cómplices Louise y yo: ella detesta a la familia de su marido. En Estrasburgo, en la habitación del hotel donde estamos reunidos, oigo unos sones agudos y lunares; corro a la ventana; ¡los

soldados! Me siento feliz al ver desfilar a Prusia al son de esa música pueril; aplaudo. Mi abuelo, que se ha quedado sentado, gruñe; mi madre viene a decirme al oído que tengo que dejar la ventana. Yo obedezco rezongando un poco. Detesto a los alemanes, caramba, pero sin convicción. Por lo demás, Charles sólo se puede permitir un poquito de patrioterismo; dejamos Meudon en 1911 y nos instalamos en París, en el 1 de la calle Le Goff; se había jubilado y fundó, para que pudiésemos vivir, el Instituto de Lenguas Vivas: se enseña francés a los extranjeros que están de paso. Con el método directo. Los alumnos, en su mayor parte, vienen de Alemania. Pagan bien; mi abuelo se mete en el bolsillo de la chaqueta los luises de oro sin contarlos nunca; mi abuela, que padece insomnio, se desliza por la noche hacia el vestíbulo para cobrarse su diezmo «a hurtadillas», como ella misma dice a su hija. En una palabra, nos mantiene el enemigo. Una guerra franco-germana nos devolvería Alsacia, pero arruinaría al Instituto: Charles es partidario de mantener la paz. Además, hay alemanes buenos que vienen a almorzar a casa: una novelista coloradota y peluda a quien Louise llama, con una risita celosa, «la Dulcinea de Charles»; un doctor calvo que empuja a mi madre contra las puertas y que trata de besarla; cuando mi madre se queja tímidamente, mi abuelo estalla: «¡Hacéis que me pelee con todo el mundo!» Se alza de hombros y concluye: «Hija mía, has tenido visiones», y entonces es ella al que se siente culpable. Todos esos invitados comprenden que tienen que extasiarse ante mis méritos y me soban dócilmente; es que a pesar de sus orígenes poseen una oscura noción del Bien. En las fiestas de aniversario de la fundación del Instituto hay más de cien invitados; toman tisanas de champaña; mi madre y Mlle. Moutet tocan Bach a cuatro manos; yo, con un vestido de muselina azul, con estrellas en el pelo, con alas, voy de uno a otro ofreciendo mandarinas en una cesta. Dicen: *¡Realmente* es un ángel!» Vamos, no son tan mala gente. Claro que no hemos renunciado a vengar a la Alsacia mártir; entre nosotros,

en voz baja, como hacen los primos de Gunsbach y de Pfaffenhofen, matamos a los boches con el arma del ridículo. Nos reímos cien veces seguidas, sin cansarnos, de esa estudiante que acaba de escribir en un tema francés: «Charlotte était percluse de douleurs sur la tombe de Werther» *, de ese joven profesor que, en una cena, contempló su raja de melón con desconfianza y acabó por comérsela entera, incluidas las pipas y la cáscara. Estos yerros hacen que me incline a considerarlos con indulgencia: los alemanes son unos seres inferiores que tienen la suerte de ser nuestros vecinos; les daremos nuestras luces.

Un beso sin bigotes, se decía entonces, es como un huevo sin sal; yo añado: y como el Bien sin el Mal, como mi vida entre 1905 y 1914. Si sólo nos definimos por oposición, yo era lo indefinido en carne y hueso; si el odio y el amor son el anverso y el reverso de la misma medalla, no quería nada ni a nadie. Estaba bien: a nadie se le puede pedir que odie y guste a la vez. Ni gustar ni amar.

¿Soy, pues, un Narciso? Ni siquiera; demasiado preocupado por seducir, me olvido de mí mismo. Después de todo no me divierte tanto hacer montoncitos de arena, garabatos, mis necesidades naturales; para que adquieran un valor para mí, es necesario que por lo menos una persona mayor se extasíe ante mis productos. Afortunadamente los aplausos no faltan; los adultos tienen la misma sonrisa de degustación maliciosa y de connivencia cuando escuchan mis charlas o el Arte de la Fuga. Lo que demuestra que en el fondo soy un bien cultural. La cultura me impregna, y yo la devuelvo a la familia por radiación, como los estanques, por la noche, devuelven el calor del día.

Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros. En el despacho de mi abuelo había libros

* «Carlota estaba baldada de dolores sobre la tumba de Werther.»

por todas partes; estaba prohibido limpiarles el polvo salvo una vez al año, en octubre, antes del comienzo de las clases. No sabía leer aún y ya reverenciaba esas piedras levantadas: derechas o inclinadas, apretadas como ladrillos en los estantes de la biblioteca o noblemente espaciadas formando avenidas de menhires; sentía que la prosperidad de nuestra familia dependía de ellas. Se parecían todas; yo retozaba en un santuario minúsculo, rodeado de monumentos rechonchos, antiguos, que me habían visto nacer, que habían de verme morir y cuya permanencia me garantizaba un porvenir tan tranquilo como el pasado. Yo las tocaba a escondidas para honrar a mis manos con su polvo, pero no sabía qué hacer con ellas y asistía cada día a unas ceremonias cuyo sentido se me escapaba. Mi abuelo, tan torpe de costumbre que mi madre le abrochaba los guantes, manejaba esos objetos culturales con una destreza de oficiante. Le he visto mil veces levantarse con un aire ausente, dar la vuelta a la mesa, cruzar la habitación de dos zancadas, tomar un volumen sin dudar ni lo más mínimo, sin tener el tiempo de elegir, hojearlo mientras volvía a su sillón, con un movimiento combinado del pulgar y del índice, y luego, apenas sentado, abrirlo de golpe por «la página buena», haciéndolo crujir como un zapato. A veces me acercaba para observar esas cajas que se hendían como ostras y descubrir las desnudez de sus órganos interiores, unas hojas descoloridas y enmohecidas, ligeramente infladas, cubiertas de venillas negras que bebían tinta y olían a hongo.

En la habitación de mi abuela los libros estaban echados; se los prestaban en una biblioteca y nunca vi más de dos a la vez. Esas baratijas me hacían pensar en los confites de Año Nuevo porque sus hojas flexibles y con reflejos parecían recortadas en papel satinado. Vivas, blancas, casi nuevas, servían de pretexto para unos ligeros misterios. Todos los viernes mi abuela se vestía para salir y decía: «*Los* voy a devolver»; a la vuelta, después de haberse quitado el sombrero negro y el velo, *los* sacaba de su manguito y yo me preguntaba, chas-

queado: «¿Son los mismos?» Ella los «forraba» cuidadosamente y luego, tras haber elegido uno de ellos, se instalaba junto a la ventana, en la poltrona, se calzaba las gafas, suspiraba de felicidad y de lasitud, bajaba los párpados con una fina sonrisa voluptuosa, que después encontré en los labios de la *Gioconda;* mi madre se callaba, me pedía que me callase, yo pensaba en la misa, en la muerte, en el sueño; me llenaba de un silencio sagrado. Louise soltaba una risita de vez en cuando; llamaba a su hija, señalaba una línea con el dedo y las dos mujeres intercambiaban una mirada de complicidad. Sin embargo, no me gustaban esos libros con encuadernación demasiado distinguida; eran unos intrusos y mi abuelo no ocultaba que eran objeto de un culto menor, exclusivamente femenino. El domingo entraba por no saber qué hacer en la habitación de su mujer y se plantaba delante de ella sin tener nada que decirle; todo el mundo le miraba, él tamborileaba en el cristal y al final, cuando ya no podía inventar nada, se volvía hacia donde estaba Louise y le quitaba la novela de las manos. «¡Charles —gritaba ella, furiosa—, me vas a perder la página!» Él, con las cejas levantadas, ya estaba leyendo; de pronto golpeaba el libro con el índice: «¡No entiendo!» «¿Pero cómo quieres entender —decía mi abuela—, si lees para adentro?» Acababa tirando el libro sobre la mesa y se iba alzándose de hombros.

Como era del oficio, seguramente tenía razón. Yo lo sabía, me había enseñado, en un estante de la biblioteca, unos gruesos volúmenes encuadernados cubiertos con una tela oscura. «Esos, pequeño, los ha hecho tu abuelo.» ¡Qué orgullo! Yo era el nieto de un artesano especializado en la fabricación de objetos santos, tan respetable como un constructor de órganos, como un sastre de clérigos. Yo le vi manos a la obra: todos los años reeditaba el *Deutsches Lesebuch.* En las vacaciones toda la familia esperaba las pruebas con impaciencia; Charles no soportaba la inactividad; se enfadaba para pasar el tiempo. Por fin el cartero llegaba con unos gruesos paquetes blandos, cortábamos los cordeles con unas tijeras; mi

abuelo desplegaba las galeradas, las extendía encima de la mesa del comedor y las acuchillaba con rayas rojas; cada vez que había una errata blasfemaba entre dientes, pero sólo gritaba cuando la muchacha pretendía poner la mesa. Todo el mundo estaba contento. Yo, subido encima de una silla, contemplaba con éxtasis esas líneas negras estriadas de sangre. Charles Schweitzer me enseñó que tenía un enemigo mortal: su editor. Mi abuelo nunca había sabido contar; pródigo por despreocupación, generoso por ostentación, acabó por caer, mucho más tarde, en esa enfermedad de los octogenarios: la avaricia, efecto de la impotencia y del miedo a la muerte. En aquella época sólo una extraña desconfianza la anunciaba; cuando recibía, en un giro, el importe de sus derechos de autor, elevaba los brazos al cielo gritando que le degollaban o entraba en la habitación de mi abuela y declaraba sombríamente: «Mi editor me roba como un salteador de caminos». Yo descubrí, estupefacto, la explotación del hombre por el hombre. Sin esta abominación, afortunadamente circunscrita, el mundo habría estado bien hecho: los patronos daban según sus posibilidades a los obreros según sus méritos. ¿Por qué tenían que deslucirlo los editores, esos vampiros, bebiéndose la sangre de mi pobre abuelo? Aumentó mi respeto por aquel hombre de Dios cuya dedicación no encontraba la merecida recompensa. Muy pronto me encontré preparado para tratar el profesorado como un sacerdocio y la literatura como una pasión.

Aún no sabía leer, pero ya era lo bastante *snob* para exigir tener *mis* libros. Mi abuelo se fue a ver al pícaro de su editor e hizo que le diesen *Les Contes* del poeta Maurice Bouchor, relatos sacados del folklore y adaptados al gusto de los niños por un hombre que, según decía él, había conservado los ojos de la infancia. Yo quise empezar en seguida las ceremonias de apropiación. Cogí los dos pequeños volúmenes, los olí, los palpé, los abrí cuidadosamente por «la página buena» haciendo que crujiesen. Era en vano: no tenía el sentimiento de poseerlos. Sin lograr mayor éxito, intenté tratarlos como

muñecas, los mecí, los besé, les pegué. A punto de echarme a llorar, acabé poniéndoselos en las rodillas a mi madre. Ella levantó la vista de su labor. «¿Qué quieres que te lea, queridín? ¿Las Hadas?» Yo pregunté, incrédulo: «¿Están ahí dentro las hadas?» Ese cuento me resultaba familiar; mi madre me lo contaba muchas veces, cuando me lavaba, interrumpiéndose para friccionarme con agua de Colonia, para recoger, debajo de la bañera, el jabón que se le había escapado de las manos, y yo escuchaba distraídamente el relato tan conocido; yo no tenía ojos más que para Anne-Marie, esa muchacha de todos mis despertares; sólo tenía oídos para su voz turbada por la servidumbre; me gustaban sus frases inconclusas, sus palabras siempre retrasadas, su brusca seguridad, rápidamente desecha y que se volvía derrotada para desaparecer con unas hilachas melodiosas y recomponerse después de un silencio. Además de todo eso estaba la historia: era el lazo de sus soliloquios. Mientras ella hablaba, estábamos solos y clandestinamente, lejos de los hombres, de los dioses y de los sacerdotes, como dos corzas en el bosque, con las otras corzas, las Hadas; yo no podía creer que se hubiera compuesto todo un libro para que en él apareciese ese episodio de nuestra vida profana, que olía a jabón y a agua de Colonia.

Anne-Marie me hizo sentarme frente a ella, en mi sillita; se inclinó, bajó los párpados, se durmió. De esa cara de estatua salió una voz de yeso. Yo perdí la cabeza: ¿quién contaba, qué y a quién? Mi madre se había ausentado; ni una sonrisa, ni un signo de connivencia, yo estaba exiliado. Y además, no reconocía su lenguaje. ¿De dónde sacaba ella esa seguridad? Al cabo de un instante lo comprendí: el que hablaba era el libro. Salían de él unas frases que me asustaban; eran verdaderos ciempiés, hormigueaban de sílabas y de letras, estiraban sus diptongos, hacían vibrar a las consonantes dobles; cantarinas, nasales, cortadas por pausas y por suspiros, ricas de palabras desconocidas, se encantaban consigo mismas y con sus meandros sin preocuparse por mí. A veces desaparecían antes de que hubiera

podido comprenderlas, otras había comprendido por adelantado, y seguían rodando noblemente hacia su terminación sin perdonarme ni una coma. Seguramente ese discurso no me estaba destinado. En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, toda la gentecilla, nuestros semejantes, habían adquirido majestad; se hablaba de sus harapos con magnificencia, las palabras se desteñían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias. Alguien se puso a hacer preguntas: el editor de mi abuelo, especializado en la publicación de obras escolares, no perdía la ocasión de ejercitar la joven inteligencia de sus lectores. Me parecía que se interrogaba a un niño: ¿qué habría hecho en lugar del leñador? ¿Cuál de las dos hermanas prefería? ¿Por qué? ¿Aprobaba el castigo de Babette? Pero ese niño no era yo del todo y me daba miedo contestar. Sin embargo respondí, mi débil voz se perdió y sentí que me convertía en otro. También Anne-Marie era otra, con su aire de ciega extralúcida; me parecía que yo era el hijo de todas las madres y que ella era la madre de todos los hijos. Cuando acabó de leer, le quité rápidamente los libros y me los llevé debajo del brazo sin darle las gracias.

A la larga acabó por gustarme ese momento que me arrancaba de mí mismo: Maurice Bouchor se inclinaba sobre la infancia con la solicitud universal que tienen los jefes de sección con los clientes de los grandes almacenes; eso me halagaba. Acabé por preferir los relatos prefabricados a los improvisados; me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras; volvían en todas las lecturas, siempre las mismas y con el mismo orden; yo las esperaba. En los cuentos de Anne-Marie, los personajes vivían a la buena de Dios, como ella misma; ahora, adquirieron destinos. Yo estaba en misa: yo asistía al eterno retorno de los nombres y de los acontecimientos.

Entonces tuve celos de mi madre y resolví quitarle su papel. Me apoderé de una obra titulada *Tribulaciones*

de un chino en China y me la llevé a la habitación de los trastos; allí, encaramado en una cama plegable, hice como que leía: seguía con los ojos las líneas negras sin saltar una sola y me contaba una historia en voz alta, teniendo el cuidado de pronunciar todas las sílabas. Me sorprendieron —o hice que me sorprendieran—, lanzaron exclamaciones y decidieron que ya era hora dé enseñarme el alfabeto. Mostré tanto celo como un catecúmeno; llegué hasta a darme clase particulares; me encaramaba en lo alto de mi cama plegable con *Sin familia,* de Héctor Malot, que me sabía de memoria y, medio recitando, medio descifrando, recorrí una tras otra todas las páginas; cuando volví la última, ya sabía leer.

Estaba loco de alegría. ¡Eran mías esas voces secadas en sus pequeños herbarios, esas voces que reanimaba mi abuelo con su mirada, que él entendía, que yo no entendía! Yo las escucharía, me llenaría de discursos ceremoniosos, sabría todo. Me dejaron vagabundear por la biblioteca y me lancé al asalto de la sabiduría humana. Es lo que me ha hecho. Más tarde, he oído cien veces a los antisemitas reprochar a los judíos que ignoran las lecciones y los silencios de la naturaleza; yo contestaba: «En tal caso, yo soy más judío que ellos.» En vano buscaría en mí la dulce sinrazón y los frondosos recuerdos de las infancias campesinas. Nunca he arañado la tierra ni buscado nidos, no he herborizado ni tirado piedras a los pájaros. Pero los libros fueron mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo preso en un espejo; tenía su espesor infinito, su variedad, su imprevisibilidad. Yo me lancé a unas aventuras increíbles; tenía que trepar por las sillas y las mesas a riesgo de provocar unos aludes que me habrían sepultado. Durante mucho tiempo las obras del estante superior permanecieron fuera de mi alcance; otras me las quitaron de las manos cuando apenas si las había descubierto; y otras se escondían: yo las había cogido, había empezado a leerlas, creía haberlas dejado en su sitio y después necesitaba una semana para volver a encontrarlas. Tuve encuentros ho-

rribles: abría un álbum y caía sobre una lámina en colores donde unos insectos asquerosos bullían ante mí. Tumbado en la alfombra, emprendí áridos viajes a través de Fontenelle, Aristófanes, Rabelais; las frases se me resistían como cosas; había que obervarlas, contornearlas, fingir que me alejaba y volver a ellas bruscamente para sorprenderlas descuidadas: la mayor parte de las veces guardaban su secreto. Yo era La Pérouse, Magallanes, Vasco de Gama; descubrí indígenas extraños: «Heautontimorumenos» en una traducción de Terencio en alejandrinos, «idiosincrasia» en una obra de literatura comparada. Apócope, Quiasma, Parangón, otros cien cafres impenetrables y distantes surgían al volver una página y su sola aparición dislocaba todo el párrafo. El sentido de esas palabras duras y ngras sólo lo conocí diez o quince años después y aún hoy guardan su opacidad: es el humus de mi memoria.

La biblioteca no comprendía apenas más que los grandes clásicos de Francia y de Alemania. También había gramáticas, algunas novelas célebres, los *Cuentos escogidos,* de Maupassant, unos libros de arte —un *Rubens,* un *Van Dyck,* un *Durero,* un *Rembrandt*— que le habían regalado a mi abuelo los alumnos en algún Año Nuevo. Magro universo. Pero para mí la Enciclopedia Larousse lo era todo. Coğía un tomo al azar, detrás de la mesa, en el penúltimo estante, A-Bello, Belloc-Ch o Ci-D, Mele-Po o Pr-Z (estas asociaciones de sílabas se habían vuelto nombres propios que designaban a los sectores del saber universal: estaba la región Ci-D, la región Pr-Z, con su fauna y su flora, sus ciudades, sus grandes hombres y sus batallas); yo lo ponía con mucho esfuerzo sobre la carpeta de mi abuelo, lo abría, descubría a los verdaderos pájaros, cazaba verdaderas mariposas posadas en flores verdaderas. Estaban allí, *personalmente,* hombres y animales: los grabados eran sus cuerpos, el texto era su alma, su esencia singular; en el exterior se encontraban vagos esbozos que se acercaban más o menos a los arquetipos sin alcanzar su perfección; en el Jardín de Aclimatación, los monos eran menos

monos; en el Jardín del Luxemburgo, los hombres eran menos hombres. Platónico por estado, yo iba del saber a su objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa, porque se daba a mí antes y porque se daba como una cosa. Encontré el universo en los libros: asimilado, clasificado, etiquetado, pensado, aún temible; y confundí el desorden de mis experiencias librescas con el azaroso curso de los acontecimientos reales. De ahí proviene ese idealismo del que me costó treinta años deshacerme.

La vida cotidiana era límpida; nos veíamos con personas tranquilas que hablaban alto y claro, fundaban sus certidumbres en sanos principios, en la Sabiduría de las Naciones, y no se dignaban distinguirse de lo común más que por cierto amaneramiento del alma al que yo estaba perfectamente acostumbrado. Sus opiniones me convencían, apenas emitidas, por una evidencia cristalina y simple; cuando querían justificar sus conductas, daban unas razones tan aburridas que no podían dejar de ser ciertas; sus casos de conciencia, complacientemente expuestos, me turbaban menos que lo que me edificaban: eran falsos conflictos resueltos por adelantado y siempre los mismos; sus errores, cuando los reconocían, apenas si pesaban: la precipitación, una irritación legítima pero sin duda exagerada, habían alterado su juicio, afortunadamente se habían dado cuenta a tiempo; las faltas de los ausentes, más graves, nunca eran imperdonables: no había maledicencia, entre nosotros se veían, con aflicción, los defectos de carácter. Yo escuchaba, comprendía, aprobaba, encontraba tranquilizadoras esas palabras, y no me equivocaba, ya que trataban de tranquilizar; nada deja de tener remedio y en el fondo nada se mueve, las vanas agitaciones de la superficie no deben escondernos la calma mortuoria que a cada uno nos toca en suerte.

Se despedían nuestras visitas, yo me quedaba solo, me evadía de aquel cementerio trivial, iba a reunirme con la vida, con la locura en los libros. Me bastaba con abrir uno para volver a descubrir en él ese pensamiento

inhumano, inquieto, cuyas pompas y tinieblas superaban a mi entendimiento, que saltaba de una a otra idea, tan rápidamente que se escapaba cien veces por página, y aturdido, perdido, dejaba que se fuera. Asistía a unos acontecimientos que mi abuelo seguramente habría juzgado inverosímiles y que, sin embargo, tenían la deslumbrante verdad de las cosas escritas. Los personajes surgían sin avisar, se amaban, se peleaban entre sí, se degollaban mutuamente; el sobreviviente se consumía de pena, se unía en la tumba con el amigo, con la tierna amante que acababa de asesinar. ¿Qué había que hacer? ¿Estaba yo destinado, como las personas mayores, a censurar, felicitar, absolver? Pero esos extravagantes no tenían en absoluto el aspecto de guiarse según nuestros principios, y sus motivos, incluso cuando los daban, se me escapaban. Bruto mata a su hijo, y es lo que hace también Mateo Falcone. Era una práctica que parecía, pues, bastante común. Sin embargo, en mi derredor nadie lo había hecho. En Meudon habían reñido mi abuelo y mi tío Emilio, y les había oído gritar en el jardín; sin embargo, no parecía que hubieran pensado en matarse. ¿Cómo juzgaba mi abuelo a los padres infanticidas? Yo me abstenía. Mi vida no corría peligro, ya que era huérfano y esos asesinatos aparatosos me divertían un poco, pero, en los relatos que se hacía de ellos, sentía cierta aprobación que me desconcertaba. Tenía que violentarme para no escupir en el grabado que mostraba a Horacio con el casco, la espada desenvainada, corriendo detrás de la pobre Camila. Karl a veces canturreaba:

On n' peut pas êt' plus proch' pa, ents
Que frère et soeur assurément... *.

Eso me turbaba; si por suerte me hubieran dado una hermana, ¿habría sido más cercana a mí que Anne-Marie? ¿Y que Karlimami? Entonces habría sido mi

* Seguramente no se puede ser parientes más cercanos que hermanos y hermanas.

amante. Amante aún no era más que una palabra tenebrosa que encontraba con frecuencia en las tragedias de Corneille. Unos amantes se besan y se prometen que van a dormir en la misma cama (costumbre extraña; ¿por qué no en dos camas gemelas, como hacíamos mi madre y yo?) Yo no sabía nada más, pero bajo la luminosa superficie de la idea, presentía una masa velluda. De haber sido hermano, habría sido incestuoso. Soñaba con ello. ¿Derivación? ¿Disimulo de sentimientos prohibidos? Tal vez. Tenía una hermana mayor, mi madre, y quería tener una hermana menor. Aún hoy —1963— es sin duda el único lazo de parentesco que me conmueve [1]. Cometí el grave error de buscar muchas veces entre las mujeres a esta hermana que nunca tuve: se me denegó, quedé condenado a pagar las costas. Lo que no impide que al escribir estas líneas resucite a la cólera que sentí contra el asesino de Camila; es tan fresca y tan viva que me pregunto si el crimen de Horacio no es una de las fuentes de mi antimilitarismo: los militares matan a sus hermanos. Yo le hubiera dado una buena a ese soldadote. Para empezar, ¡al cadalso! ¡Y doce tiros! Volvía la página; unas letras de imprenta me demostraban mi error: había que *absolver* al fratricida. Durante unos instantes yo resoplaba, pateaba en el suelo, como un toro decepcionado por la capa. Y después me apresuraba a echar ceniza sobre mi cólera. Así eran las cosas; tenía que optar; era de-

---

[1] Cuando tenía unos diez años, me deleitaba leyendo *Les Transatlantiques:* aparecen un pequeño americano y su hermana, de lo más inocente por lo demás. Yo me encarnaba en el niño y amaba, a través de él, a Biddy, la niña. He pensado mucho tiempo en escribir un cuento sobre dos niños perdidos y discretamente incestuosos. En mis escritos pueden encontrarse huellas de ese fantasma: Orestes y Electra en *Las moscas,* Boris e Ivich en *Los caminos de la libertad,* Frantz y Leni en *Los secuestrados de Altona.* Esta última pareja es la única que llega a las vías de hecho. Lo que me seducía en este lazo de familia no era tanto la tentación amorosa como la prohibición de hacer el amor: hielo y fuego, delicias y frustración mezcladas, el incesto me gustaba si seguía siendo platónico.

masiado joven. Lo había entendido todo al revés; los numerosos alejandrinos que habían quedado herméticos para mí o que me había saltado por impaciencia, establecían precisamente la necesidad de esa absolución. Me gustaba esta incertidumbre y que la historia se me escapase por todas partes; eso me desconcertaba. Releí veinte veces las últimas páginas de *Madame Bovary;* al final me sabía de memoria varios párrafos enteros sin que me resultase más clara la conducta del pobre viudo; él encontraba unas cartas, ¿era una razón para dejarse crecer la barba? Echaba una mirada triste a Rodolphe, y por eso le guardaba rencor. ¿Por *qué,* después de todo? ¿Y por qué le decía: «No le odio, Rodolphe»? ¿Por qué Rodolphe le encontraba «cómico y un poco vil»? Después Charles Bovary se moría; ¿de pena?, ¿por enfermedad? ¿Y por qué le abría el doctor, si todo había terminado ya? Me gustaba esa resistencia coriácea que nunca acababa yo de vencer; chasqueado, cansado, gustaba de la ambigua voluptuosidad de comprender sin comprender: era el espesor del mundo; encontraba al corazón humano, del que con tanto gusto hablaba mi abuelo cuando estaba con la familia, soso y hueco en todas partes, menos en los libros. Mis humores estaban condicionados por unos nombres vertiginosos; me sumían en el terror o en una melancolía cuyas razones se me escapaban. Decía «Charbovary» y en ninguna parte veía a un barbudo gigantesco y harapiento pasearse por un cercado. Era insoportable. En los orígenes de estas ansiosas delicias estaba la combinación de dos temores contradictorios. Temía caer de cabeza en un universo fabuloso y errar por él sin cesar en compañía de Horacio, de Charbovary, sin esperanza de volver a encontrar la calle Le Goff, a Karlimami ni a mi madre. Y, por otra parte, adivinaba que esos desfiles de frases ofrecían a los lectores adultos unos significados que se me escapaban. Introducía en mi cabeza, por medio de los ojos, unas palabras venenosas infinitamente más ricas de lo que sabía. Una extraña fuerza, que surgía a través de las historias de unos furiosos que no me concernían, re-

construía dentro de mí una pena atroz, el descalabro de una vida; ¿no iba a infectarme, a morir envenenado? Al absorber el Verbo, absorbido por la imagen, yo, en definitiva, sólo me salvaba por la incompatibilidad de esos dos peligros simultáneos. Al caer el día, perdido en una jungla de palabras, estremeciéndome al menor ruido, tomando por interjecciones los crujidos del suelo, creía descubrir el lenguaje en estado natural, sin los hombres. ¡Con qué cobarde alivio, con qué decepción, volvía a encontrar la vulgaridad familiar cuando entraba mi madre y encendía la luz gritando: «¡Pobre hijo mío, estás destrozándote los ojos!» Azorado yo saltaba, gritaba, corría, hacía el bufón. Pero en esta infancia recuperada seguía preocupado: *¿De qué* hablan los libros? ¿Quién los escribe? ¿Por qué? Conté estas preocupaciones a mi abuelo, y él, después de pensarlo, opinó que ya era hora de libertarme, y lo hizo tan bien que me dejó marcado.

Durante mucho tiempo me había hecho saltar en su pierna estirada cantando: «A caballo en mi jamelgo; cuando trota se tira pedos» *, y yo reía escandalizado. No cantó más; me sentó en sus rodillas y me miró a los ojos: «Soy hombre —repitió con voz de hombre público— y nada humano me es ajeno». Exageraba mucho; como Platón hizo con el poeta, Karl expulsaba de su república al ingeniero, al mercader y probablemente al oficial. Las fábricas le estropeaban el paisaje; de las ciencias puras sólo le gustaba la pureza. En Guérigny, donde pasábamos la segunda quincena de julio, mi tío George nos llevaba a visitar las fundiciones; hacía calor, nos empujaban unos hombres brutales y mal vestidos; aturdido por unos ruidos gigantescos, yo me moría de miedo y de aburrimiento; mi abuelo miraba el metal fundido silbando, por educación, pero sus ojos no tenían brillo. En Auvernia, por el contrario, en el mes de agos-

---

* En castellano hay canciones de otra tónica que se utilizan en circunstancias similares; he preferido hacer la traducción literal para que la reacción del niño y el contraste posterior con la situación creada no pierdan su sentido total. *(N. del T.)*

to, husmeaba a través de los pueblos, se plantaba delante de las construcciones antiguas, golpeaba los ladrillos con la punta del bastón: «Eso que ves, pequeño —me decía muy animado—, es un muro galorromano.» También apreciaba la arquitectura religiosa y, aunque abominaba de los papistas, nunca dejaba de entrar en las iglesias cuando eran góticas; en cuanto a las románicas, dependía del humor que tuviese. Ya casi no iba a los conciertos, pero había ido; le gustaba Beethoven, su pompa, sus grandes orquestas; también le gustaba Bach, pero sin entusiasmo. A veces se acercaba al piano y, sin sentarse, tocaba con sus dedos entumecidos algunos acordes; mi abuela decía con una sonrisa cerrada: «Charles está componiendo.» Sus hijos —Georges sobre todo— se habían convertido en buenos ejecutantes que detestaban a Beethoven y preferían sobre todo la música de cámara; estas divergencias no molestaban a mi abuelo; decía, con cara de bueno: «Los Schwitzer han nacido músicos». Ocho días después de mi nacimiento, como parecía alegrarme al oír una cuchara, decretó que yo tenía oído.

Vitrales, arbotantes, portales esculpidos, coros, crucifixiones talladas en madera o en piedra. Meditaciones en verso o Armonías poéticas: esas Humanidades nos llevaban directamente a lo Divino. Y aún más porque había que añadirles las bellezas naturales. Las obras de Dios y las grandes obras humanas estaban modeladas por un mismo soplo; el mismo arco iris brillaba en la espuma de las cascadas, y se reflejaba entre las líneas de Flaubert, lucía en los claroscuros de Rembrandt: era el Espíritu. El Espíritu hablaba a Dios de los hombres, para los hombres, era testimonio de Dios. Mi abuela veía en la Belleza la presencia carnal de la Verdad y la fuente de las más nobles elevaciones. En algunas circunstancias excepcionales —cuando estallaba una tormenta en una montaña, cuando estaba inspirado Víctor Hugo— se podía alcanzar el Punto Sublime donde lo Verdadero, lo Bello y el Bien se confundían.

Yo había encontrado mi religiõn: nada me parecía más importante que un libro. En la bliblioteca veía un templo. Como nieto de sacerdote, vivía en el techo del mundo, en el sexto piso, encaramado en la rama más alta del Árbol Central; el tronco era el hueco del ascensor. Iba, venía por el balcón, lanzaba una mirada a vuelo de pájaro sobre la gente que pasaba, saludaba, a través de la verja, a Lucette Moreau, mi vecina, que tenía mi edad, mis bucles rubios y mi joven feminidad, volvía a mi *cella* o al *pronaos,* nunca bajaba de allí *personalmente;* cuando mi madre me llevaba al Luxemburgo —es decir, todos los días— yo prestaba mis harapos a las regiones bajas, pero mi cuerpo glorioso no bajaba de sus alturas, y hasta creo que aún está allí. Todo hombre tiene su lugar natural; no fijan su altitud ni el orgullo ni el valor: decide la infancia. El mío es un sexto piso parisino con vista sobre los tejados. Durante mucho tiempo me ahogaba en los valles, me agobiaban las llanuras; era como si me arrastrase por el planeta Marte, me aplastaba la gravedad; me bastaba con escalar a una topera para estar contento otra vez: volvía a estar en mi sexto piso simbólico, respiraba otra vez el aire enrarecido de las Letras, el Universo se escalonaba a mis pies y todo, humildemente, solicitaba un nombre; dárselo era a la vez crearlo y tomarlo. Sin esta ilusión capital, no habría escrito nunca.

Hoy, 22 de abril de 1963, corrijo este manuscrito en el décimo piso de una casa nueva. Por la ventana abierta veo un cementerio, París, las colinas de Saint-Cloud, azules. Tal es mi obstinación. Sin embargo, todo ha cambiado. Aunque de niño haya querido merecer esta posición elevada, habría que ver en mi gusto por los palomares un efecto de la ambición, de la vanidad, una compensación por mi pequeña estatura. Pero no; no se trataba de trepar a mi árbol sagrado: yo estaba allí y me negaba a bajar; no se trataba de situarme por encima de los hombres: quería vivir en pleno éter entre los aéreos simulacros de las Cosas. Después, en lugar de agarrarme a los globos, me afané por hundirme muy

abajo: tuve que calzarme con suelas de plomo. Con suerte, me ha ocurrido a veces rozar, en las arenas desnudas, especies submarinas cuyos nombres tuve que inventar. Otras veces, nada que hacer; una ligereza irresistible me retenía en la superficie. En resumen, que se me ha roto el altímetro; unas veces soy ludión y otras buzo, y con frecuencia las dos cosas a la vez, como corresponde a nuestra condición: vivo en el aire por costumbre y husmeo abajo sin demasiadas esperanzas.

Pero tuvieron que hablarme de los autores. Mi abuelo lo hizo con tacto, sin calor. Me enseñó los nombres de esos hombres ilustres. Cuando yo estaba solo, me recitaba la lista, desde Hesíodo hasta Hugo, sin una falta: eran los Santos y los Profetas. Charles Schweitzer, según decía, les consagraba un culto. Sin embargo, le molestaban. Su inoportuna presencia le impedía atribuir directamente al Espíritu Santo las obras del Hombre. Así es que tenía una preferencia secreta por los anónimos, por los constructores que habían tenido la modestia de eclipsarse tras sus catedrales, por el innombrable autor de las canciones populares. No le disgustaba Shakespeare, cuya identidad no estaba establecida. Ni Homero, por la misma razón. Ni algunos otros de los que no se tiene la seguridad de que hayan existido. En cuanto a los que no habían querido o sabido borrar las huellas de su vida, los disculpaba a condición de que se hubiesen muerto. Pero condenaba en su conjunto a sus contemporáneos, a excepción de Anatole France y de Courteline, que le divertían. Charles Schweitzer gozaba orgullosamente de la consideración que se mostraba por su mucha edad, por su cultura, por su belleza, por sus virtudes; ese luterano no dejaba de pensar, muy bíblicamente, que el Eterno había bendecido su Casa. A veces, en la mesa, se recogía para recorrer muy libremente su vida y concluir: «Hijos míos, qué bueno es no tener nada que reprocharse». Sus arrebatos, su majestad, su orgullo y su gusto por lo sublime cubrían una timidez de espíritu que debía a su religión, a su siglo y a la Universidad, su medio. Por esta razón sentía una repug-

nancia secreta por los monstruos sagrados de su biblioteca, hombres de vida airada, cuyos libros, muy en el fondo, tenía por incongruentes. Yo me equivocaba, tomaba por severidad de juez la reserva que aparecía bajo un entusiasmo impuesto; su sacerdocio le elevaba por encima de ellos. De todas formas, me soplaba el ministro del culto, el genio sólo es un préstamo; hay que merecerlo por medio de grandes sufrimientos, atravesando por ciertas pruebas firmemente, modestamente; se acaba por oír unas voces y se escribe al dictado. Entre la primera revolución rusa y la primera guerra mundial, quince años después de la muerte de Mallarmé, en el momento en que Daniel de Fontanin descubría *Los alimentos terrestres,* un hombre del siglo XIX imponía a su nieto las ideas que corrían bajo Luis Felipe. Así, se dice, se explican las rutinas campesinas: los padres se van al campo y dejan a los hijos en manos de los abuelos. Yo empezaba con un hándicap de ochenta años. ¿Debo quejarme? No lo sé; en nuestras sociedades en movimiento, los retrasos a veces procuran alguna ventaja. Sea como fuere, me largaron ese hueso y tan bien lo he roído que veo la luz a su través. Mi abuelo, taimadamente, había querido asquearme de esos intermediarios que son los escritores. Obtuvo el resultado contrario: confundí el talento y el mérito. Esa buena gente se me parecía: cuando yo era muy bueno, cuando aguantaba valientemente los dolores, tenía derecho a los laureles, a una recompensa; era la infancia. Karl Schweitzer me mostraba a otros niños, como yo vigilados, sufridos y recompensados que habían sabido conservar mi edad durante toda su vida. Como yo no tenía ni hermano, ni hermana, ni compañeros, los convertí en mis primeros amigos. Habían amado, sufrido con rigor, como los héroes de sus novelas, y sobre todo habían terminado bien; yo evocaba sus tormentos con una ternura un poco alegre: qué contentos debían de estar los muchachos cuando se sentían desgraciados; se decían: «¡Qué suerte, va a nacer un hermoso verso!»

Para mí no estaban muertos, o por lo menos no del todo: se habían metamorfoseado en libros. Corneille era un coloradote, grande, rugoso, con lomo de cuero, que olía a cola. Ese personaje incómodo y severo, de palabras difíciles, tenía unos bordes que me lastimaban los muslos cuando lo transportaba. Pero en cuanto lo había abierto, me ofrecía sus grabados, oscuros y dulces como confidencias. Flaubert era uno pequeño forrado de tela, inodoro, con pecas. Víctor Hugo, el múltiple, estaba encaramado en todo los estantes. Todo eso en cuanto a los cuerpos; en cuanto a las almas, estaban en las obras: las páginas eran ventanas, una cara se pegaba a los cristales por fuera, alguien me vigilaba; yo fingía no darme cuenta, seguía leyendo, con la vista pendiente de las palabras bajo la fija mirada de fuego de Chateaubriand. Esas inquietudes no duraban: el resto del tiempo, adoraba a mis compañeros de juego. Los puse por encima de todo y se me contó sin que me extrañase que Carlos Quinto había recogido el pincel del Ticiano. ¡Vaya cosa! Para eso están hechos los príncipes. Sin embargo, no los respetaba; ¿por qué hubiera debido alabarles el ser grandes? No hacían más que cumplir con su deber. Yo criticaba a los otros por ser pequeños. En resumen, había comprendido todo al revés y había convertido a la excepción en regla: la especie humana se volvió un comité restringido rodeado por animales afectuosos. Sobre todo mi abuelo obraba demasiado con ellos como para que pudiera tomarlos totalmente en serio. Había dejado de leer desde la muerte de Víctor Hugo; cuando no tenía nada que hacer, releía. Pero su oficio era traducir. En lo más íntimo de su corazón, el autor del *Deutsches Lesebuch* tenía a la literatura universal por su material. De labios para afuera, clasificaba a los autores según sus méritos, pero esta jerarquía de fachada no llegaba a ocultar sus preferencias, que eran utilitarias: Maupassant proveía las mejores versiones para los alumnos alemanes; Goethe, que ganaba por una cabeza a Gottfried Keller, era inigualable para los temas. Como humanista que era, mi abuelo estimaba poco las

novelas; como profesor, le gustaban mucho por el vocabulario. Acabó por no soportar más que los trozos escogidos y le vi, unos años después, deleitarse con un extracto de *Madame Bovary* hecho por Mironneau para sus *Lectures* cuando Flaubert entero esperaba desde hacía veinte años para satisfacerlo. Yo sentía que él vivía de los muertos, lo que no dejaba de complicar mis relaciones con ellos; con el pretexto de consagrarles un culto, los tenía atados con cadenas y los cortaba a tajadas para transportarlos más cómodamente de una a otra lengua. Yo descubrí al mismo tiempo su grandeza y su miseria. Mérimée, para su desgracia, convenía al Curso Medio; en consecuencia, tenía una vida doble: en el cuarto estante de la biblioteca, Colomba era una fresca paloma con cien alas, helada, ofrecida e ignorada sistemáticamente; nunca la desfloró ninguna mirada. Pero en el estante de abajo se encarcelaba a esta misma virgen en un librito oscuro, sucio y maloliente; no habían cambiado ni la historia ni la lengua, pero había notas en alemán y un léxico; me enteré, además, para escándalo inigualado desde la violación de Alsacia-Lorena, de que lo habían editado en Berlín. Mi abuelo metía ese libro dos veces por semana en su cartera, lo había llenado de manchas, de rayas rojas, de quemaduras, y yo lo odiaba: era Mérimée humillado. Con sólo abrirlo me moría de aburrimiento: cada una de las sílabas se destacaba ante mis ojos, como hacía, en el Instituto, en la boca de mi abuelo. Esos signos, conocidos e irreconocibles, impresos en Alemania, para ser leídos por alemanes, ¿qué eran sino la falsificación de las palabras francesas? Un asunto de espionaje más: hubiera bastado con rascar para descubrir, debajo del disfraz galo, a las palabras germánicas al acecho. Acabé por preguntarme si no había dos Colombas, una feroz y verdadera, la otra falsa y didáctica, como hay dos Isoldas.

Las tribulaciones de mis pequeños camaradas me convencieron de que yo era como ellos. No tenía ni sus dotes ni sus méritos y aún no pensaba en escribir, pero como era nieto de sacerdote les ganaba por mi naci-

miento; sin duda alguna estaba predestinado, no a sus martirios, que siempre eran un poco escandalosos, sino a algún sacerdocio; como Charles Schweitzer, yo sería centinela de la cultura. Y, además, yo estaba vivo, y muy activo; aún no sabía despedazar a los muertos, pero les imponía mis caprichos: los cogía en brazos, los llevaba, los dejaba en el suelo, los abría, los volvía a cerrar, los sacaba de la nada y a la nada los devolvía; esos hombres-troncos eran mis muñecas, y me daba lástima esa miserable supervivencia paralizada que se llamaba su inmortalidad. Mi abuelo alentaba esas familiaridades: todos los niños están inspirados y no tienen nada que envidiar a los poetas, que son nada más que niños. Me encantaba Courteline, perseguía a la cocinera hasta la cocina para leer en voz alta *Theodore cherche des allumettes*. Se divirtieron con mi pasión, la desarrollaron con mucho cuidado, hicieron de ella una pasión publicada. Un buen día mi abuelo me dijo como quien no quiere la cosa: «Courteline debe ser un buen muchacho. Si tanto te gusta, ¿por qué no le escribes?» Escribí. Charles Schweitzer me guió la pluma y decidió dejar varias faltas de ortografía en mi carta. La han reproducido unos periódicos hace unos años y la he releído con cierta desazón. Me despedía con las palabras «su futuro amigo», que me parecían de lo más naturales. ¿Cómo podría negarme su amistad un escritor *vivo,* cuando eran como de la familia Voltaire y Corneille? Courteline la negó e hizo bien; al contestar al nieto habría caído en el abuelo. En aquellos tiempos opinamos con dureza sobre su silencio. «Acepto —dijo Charles— que tenga mucho trabajo, pero a un niño se le contesta, sea como sea».

Aún hoy mantengo ese vicio menor que es la familiaridad. A esos ilustres difuntos los trato como a compañeros de colegio; me expreso sin rodeos sobre Baudelaire o Flaubert, y cuando se me critica, siempre me dan ganas de contestar: «No se metan en nuestras cosas. Sus genios me han pertenecido, los he tenido en mis manos, los he amado con pasión, con toda irreve-

rencia. ¿Voy a ponerme guantes para tratarlos?» Pero del humanismo de Karl, de ese humanismo de prelado, me deshice el día en que me di cuenta de que todo hombre es todo el hombre. Qué tristes son las curaciones: el lenguaje se desencanta; los héroes de la pluma, mis antiguos pares, despojados de sus privilegios, están en su lugar; estoy doblemente de luto por ellos.

Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres. He contado los hechos con toda la exactitud que me ha permitido la memoria. ¿Pero hasta qué punto creía yo en mi delirio? Es la cuestión fundamental y, sin embargo, no la decido. He visto después que se podía conocer todo de nuestros afectos, excepto su fuerza, es decir, su sinceridad. Los actos mismos no servirán de muestra a menos que se haya probado que no son gestos, lo que no siempre es fácil. Más bien, vean: sólo entre adultos, yo era un adulto en miniatura, y tenía lecturas adultas; eso suena a falso, ya, porque seguía siendo niño al mismo tiempo. No pretendo que fuese culpable: era así y nada más; lo que no impide que mis exploraciones y mis cazas formasen parte de la comedia familiar, que se encantaran con ello, que yo lo supiera; sí, lo sabía, todos los días un niño maravilloso despertaba a los grimorios que su abuelo ya no leía. Yo vivía por encima de mi edad como se vive por encima de sus medios: con esfuerzo, con fatiga, trabajosamente, por ostentación. Apenas abría la puerta de la biblioteca, me encontraba en el vientre de un viejo inerte: la mesa, la carpeta, las manchas de tinta, rojas y negras, en el secante rosa, la regla, el tarro de cola, el olor a tabaco viejo, y, en invierno, el enrojecimiento de la salamandra, los crujidos de la mica, era Karl en persona, reificado; no necesitaba más para encontrarme en estado de gracia, y corría a los libros. ¿Sinceramente? ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo podría fijar —sobre todo después de tanto tiempo— la inasible y movediza frontera que separa a la posesión de la representación? Me tumbaba boca abajo, frente a las ven-

tanas, con un libro abierto delante de mi, un vaso de agua enrojecida a mi derecha, y a mi izquierda, en un plato, una rebanada de pan con mermelada. Yo representaba hasta cuando estaba solo: Anne-Marie y Karlimami habían vuelto esas páginas mucho antes de que yo hubiese nacido, y lo que se extendía ante mis ojos era su saber; por la noche, me habían de preguntar: «¿Qué has leído? ¿Qué has comprendido?», ya lo sabía, estaba de parto, pariría una palabra de niño; huir de las personas mayores por medio de la lectura era la mejor manera de comulgar con ellas: si estaban ausentes, su futura mirada entraba en mí por el occipucio, volvía a salir por mis pupilas, recorría a nivel del suelo esas frases leídas cien veces y que yo leía por vez primera. Visto, yo me veía; me veía leer como uno se oye hablar. ¿Había cambiado yo tanto desde que fingía descifrar «el chino en China» antes de conocer el alfabeto? No; seguía el juego. Detrás de mí se abría la puerta, venían a ver «qué estaba haciendo»; yo hacía trampas, me levantaba de un salto, dejaba a Musset en su sitio y en seguida iba, de puntillas, levantando los brazos, a coger el pesado Corneille; se medía mi pasión por mis esfuerzos, oía detrás de mí una voz maravillosa que murmuraba: «¡Pero cuánto le *gusta* Corneille!» Y no me gustaba; los alejandrinos me repelían. Afortunadamente, el editor sólo había publicado *in extenso* las tragedias más célebres; de las otras daba el título y el argumento analítico; es lo que me interesaba: «Rodelinde, mujer de Pertharite, rey de los lombardos y vencido por Grimoald, está acuciado por Unulphe para que dé su mano al príncipe extranjero...» Conocí a Rodogune, Théodore, Agésilas antes que al Cid, antes que a Cinna; me llenaba la boca de nombres sonoros, el corazón de sentimientos sublimes, y cuidaba de no extraviarme en los lazos de parentesco. También decían: «¡Qué sed de instrucción tiene este niño; devora el Larousse!», y yo les dejaba que dijesen. Pero apenas si me instruía: había descubierto que el diccionario

contenía el resumen de las obras de teatro y de las novelas; yo me deleitaba con esos resúmenes.

Me satisfacía gustar y quería tomar baños de cultura; todos los días me recargaba con nuevos aspectos sagrados. A veces distraídamente; me bastaba con prosternarme y volver las páginas; las obras de mis pequeños amigos con mucha frecuencia me sirvieron de tarabilla de oraciones. Al mismo tiempo tuve espantos y placeres *de verdad;* me ocurría olvidar mi papel y correr a toda velocidad transportado por una ballena loca que no era nada más que el mundo. ¿Qué concluir? De cualquier manera, mi mirada trabajaba con las palabras; había que ensayarlas, decidir su sentido; a la larga, la comedia de la Cultura me cultivaba.

Sin embargo hacía lecturas *verdaderas,* fuera del santuario, en nuestra habitación o debajo de la mesa del comedor; de éstas no le hablaba a nadie, y nadie, salvo mi madre, me hablaba de ellas. Anne-Marie se había tomado en serio mis falsos arrebatos. Contaba sus preocupaciones a Mamie. Mi abuela fue una aliada segura: «Charles no es razonable —decía—. Es él el que empuja al pequeño, lo he visto. Aviados estaremos cuando este niño se haya quedado seco.» Las dos mujeres evocaron también el agotamiento y la meningitis. Hubiera sido peligroso y vano atacar a mi abuelo de frente; dieron un rodeo. En uno de nuestros paseos, Anne-Marie se detuvo como por casualidad delante del quiosco que está todavía en la esquina del bulevar Saint-Michel y de la calle Soufflot; vi unas estampas maravillosas, me fascinaron sus colores chillones, las reclamé, las obtuve; la maniobra tuvo éxito: quise que me comprasen todas las semanas *Cri-Cri, L'Epatant, Les Vacances, Les Trois Boyscouts* de Jean de la Hiere y *Le Tour du Monde en Aéroplane* de Arnould Galopin, que aparecían en fascículos los jueves. De uno a otro jueves, yo pensaba en el Aguila de los Andes, en Marcel Dunot, el boxeador de puños de hierro, en Christian el aviador, mucho más que en mis amigos Rabelais y Vigny. Mi madre se puso a buscar obras que me devolviesen a la infancia; al prin-

cipio me dieron «los libritos rosa», luego selecciones mensuales de cuentos de hadas, y poco a poco *Los hijos del capitán Grant, El último mohicano, Nicolás Nickleby, Las cinco monedas de Lavarède.* Antes que a Jules Verne, demasiado ponderado, prefería las extravagancias de Paul d'Ivoi. Pero, cualquiera que fuera el autor, adoraba las obras de la colección Hetzel, teatritos cuya tapa roja con borlas de oro imitaban el telón; la luz del sol en el canto eran las candilejas. A esas cajas mágicas y no a las equilibradas frases de Chateaubriand debo mis primeros encuentros con la Belleza. Cuando las abría me olvidaba de todo. ¿Era leer? No, sino morir de éxtasis. De mi abolición nacían en el acto indígenas armados de lanzas, la maleza, un explorador con casco blanco. Yo era *visión,* inundaba de luz las hermosas mejillas oscuras de Aouda, las patillas de Phileas Fogg. La pequeña maravilla, liberada de sí misma, se dejaba convertir en admiración pura. Una felicidad que no dependía de nadie, perfecta, nacía a cincuenta centímetros del suelo. El Nuevo Mundo parecía al principio más inquietante que el Antiguo: se robaba, se mataba, corría la sangre a chorros. Indios, hindúes, mohicanos, hotentotes raptaban a la muchacha, amarraban a su viejo padre y prometían matarlo con los más atroces suplicios. Era el Mal puro. Pero sólo aparecía para prosternarse frente al Bien; en el capítulo siguiente se restablecería todo. Unos blancos valientes harían una hecatombe de salvajes, cortarían las ataduras del padre, que se uniría en un abrazo con su hija. Sólo morían los malos —y algunos buenos muy secundarios cuya muerte figuraba entre los gastos extraordinarios de la historia. Por lo demás, hasta la muerte se había hecho aséptica: se caía con los brazos en cruz con un pequeño agujero redondo debajo del seno izquierdo o, si no se había inventado el fusil todavía, los culpables eran «pasados a cuchillo». Me gustaba este giro; me imaginaba un relámpago recto y blanco: la hoja se hundía en el cuerpo como si fuera de manteca y salía por la espalda del fuera-de-la-ley, que caía sin perder ni una gota de sangre. A veces la muerte

era risible; por ejemplo, la del sarraceno que en *La Filleule de Roland,* creo, lanzaba su caballo contra el de un cruzado; el paladín le descargaba en la cabeza tal sablazo que le hendía de arriba abajo; una ilustración de Gustave Doré representaba esta peripecia. ¡Qué divertido era! Las dos mitadaes del cuerpo, separadas, empezaban a caer, describiendo cada una de ellas un semicírculo en torno al estribo; el caballo, extrañado, se encabritaba. Durante varios años no puede ver el grabado sin echarme a reír hasta saltárseme las lágrimas. Al fin tenía lo que me hacía falta: el Enemigo, odioso pero después de todo inofensivo, ya que sus proyectos nunca llegaban a nada y que incluso, a pesar de su astucia diabólica, servían a la causa del Bien; noté, en efecto, que la vuelta al orden iba siempre acompañada de un progreso: los héroes eran recompensados, recibían muestras de admiración, dinero; gracias a su intrepidez se conquistaba un territorio, se sustraía un objeto de arte a los indígenas y se transportaba a nuestros museos; la muchacha se enamoraba del explotador que le había salvado la vida y todo terminaba en boda. De esos tebeos y de esos libros he sacado mi fantasmagoría más íntima: el optimismo.

Estas lecturas fueron clandestinas durante mucho tiempo; Anne-Marie no necesitó prevenirme; consciente de su indignidad, yo no decía ni una palabra a mi abuelo. Yo me encanallaba, me tomaba libertades, pasaba unas vacaciones en el burdel, pero no olvidaba que mi verdad se había quedado en el templo. ¿Para qué escandalizar al sacerdote con el relato de mis extravíos? Karl acabó por sorprenderme; se enfadó con las dos mujeres y éstas, aprovechando un momento en que él recuperaba el aliento, me hicieron cargar con toda la responsabilidad: había visto los tebeos y las novelas de aventuras, las había querido, pedido, ¿podían negarse ellas? Esta hábil mentira ponía a mi abuelo entre la espada y la pared: era yo y sólo yo quien engañaba a Colomba con esas bellacas excesivamente pintadas. Yo, el niño profético, la joven Pitonisa, el Eliacín de las Letras, ma-

nifestaba una furiosa inclinación por la infamia. Él tenía que elegir; o yo no profetizaba o había que respetar mis gustos sin tratar de comprenderlos. De haber sido padre, Charles Schweitzer habría quemado todo; como era abuelo, eligió la indulgencia consternada. Yo no pedía otra cosa y seguí apaciblemente mi doble vida. Nunca ha terminado: aún hoy leo con más gusto las novelas de la «serie negra» que a Wittgenstein.

En mi isla aérea yo era el primero, el incomparable; en cuanto me sometieron a las reglas comunes, caí hasta la última fila.

Mi abuelo había decidido inscribirme en el Liceo Montaigne. Me llevó una mañana a ver al director e hizo un panegírico de mis méritos; mi único defecto era estar *demasiado* adelantado para mi edad. El director se dio por vencido en todo y me pusieron en la octava clase *; yo creí que iba a reunirme con los niños de mi edad. Pues no: después del primer dictado, la administración convocó urgentemente a mi abuelo; volvió a casa furioso, sacó de su cartera un papel lleno de garabatos y de manchas y lo tiró sobre la mesa: era la hoja que yo había entregado. Le habían hecho observar la ortografía —«le lapen çovache ême le ten» [1]— y habían tratado de que comprendiese que mi lugar estaba en la clase décima preparatoria *. Mi madre, al leer «lapen çovache» no pudo aguantar la risa; mi abuelo se la cortó con una mirada terrible. Empezó a acusarme de mala voluntad y me riñó por primera vez en su vida; luego declaró que me habían conocido mal. Al día siguiente me sacó del colegio y se peleó con el director.

* Corresponde a la penúltima clase de la enseñanza primaria francesa. Los alumnos la cursan hacia los nueve años de edad. *(N. del T.)*

[1] Ortografía normal: «*Le lapin sauvage aime le thym*» (Al conejo salvaje le gusta el tomillo).

* Primera clase de la enseñanza primaria francesa. *(N. del T.)*

Yo no había entendido nada de toda la cuestión y mi fracaso no me afectó en absoluto: yo era un niño prodigio que no sabía ortografía, y nada más. Además no me molestaba volver a mi soledad; me gustaba mi dolencia. Sin darme cuenta había perdido la ocasión de convertirme en un niño de verdad: encargaron a un maestro parisién, el señor Liévin, de que me diese clases particulares; venía casi todos los días. Mi abuelo me había comprado una mesita personal formada por un banco y un pupitre de madera blanca. Yo me sentaba en el banco y el señor Liévin se paseaba mientras dictaba. Se parecía a Vincent Auriol y mi abuelo pretendía que era un Hermano Tres Puntos. «Cuando le doy los buenos días —nos decía con la medrosa repugnancia de un hombre decente ante las insinuaciones de un pederasta—, con el pulgar me traza en la palma de la mano el triángulo masónico.» Yo le detestaba porque se olvidaba de mimarme; creo que, no sin razón, me tomaba por un niño atrasado. Desapareció no sé por qué; tal vez contara a alguien la opinión que tenía de mí.

Pasamos algún tiempo en Arcachon y fui a la escuela municipal; lo exigían los principios democráticos de mi abuelo. Pero también quería que me tuvieran separado del vulgo. Me recomendó al maestro con las siguientes palabras: «Mi querido colega, le entrego lo que más quiero en el mundo». El señor Barrault llevaba una barbita y lentes; fue a beber vino de moscatel a nuestro chalet y declaró que se sentía halagado por la confianza que mostraba tener en él un miembro de la enseñanza secundaria. Hacía que me sentase en un pupitre especial, al lado de su mesa, y durante los recreos me mantenía junto a él. Me parecía legítimo este trato especial; ignoro lo que pensaban los «hijos del pueblo», mis iguales, aunque creo que les tenía sin cuidado. A mí me cansaba su turbulencia y encontraba distinguido aburrirme junto al señor Barrault mientras ellos jugaban al escondite.

Yo tenía dos razones para respetar a mi maestro: deseaba el bien para mí y tenía el aliento fuerte. Las personas mayores deben ser arrugadas, feas, incómodas; cuando me cogían en brazos, no me disgustaba tener que sobreponerme a cierto desagrado: era la prueba de que la virtud no era cosa fácil. Había goces simples, triviales: correr, saltar, comer pasteles, besar la piel suave y perfumada de mi madre; pero daba más importancia a los placeres estudiosos y complejos que sentía en compañía de los hombres maduros: la repulsión que me inspiraban formaba parte de su prestigio. Yo confundía el desagrado con el espíritu de seriedad. Era un *snob*. Cuando se inclinaba sobre mí el señor Barrault, su aliento me infligía unas molestias exquisitas, respiraba con empeño el ingrato olor de sus virtudes. Un día descubrí una inscripción recién hecha en la pared del colegio; me acerqué y leí: «El tío Barrault es un gilipollas». El corazón me latió con tanta fuerza que me pareció que se me iba a romper; la estupefacción me dejó clavado en el suelo; tenía miedo. «Gilipollas» no podía ser más que una de esas palabrotas que pululaban en los bajos fondos del vocabulario y que jamás encuentra un niño bien educado; breve y brutal, tenía la horrible simplicidad de los animales elementales. Demasiado era haberlo leído. Me prohibí pronunciarlo, aunque fuese en voz baja. No quería que me saltase a la boca esa cucaracha pegada a la pared para metamorfosearse en el fondo de mi garganta en un trompetazo negro. Si simulaba no haberlo visto, tal vez se metiera por un agujero de la pared. Pero cuando desviaba la mirada, era para ver el infame apelativo «el tío Barrault», que me asustaba aún más; después de todo no hacía más que adivinar el sentido de «gilipollas»; pero sabía de sobra a quién se llamaba «tío Tal», en mi casa: a los jardineros, los carteros, al padre de la criada, es decir, a los viejos pobres. Alguien veía al señor Barrault, al maestro, al colega de mi abuelo, con el aspecto de un pobre viejo. Este pensamiento enfermo y criminal rodaba por algún lugar de una cabeza. ¿De qué cabeza? Tal vez de la mía. ¿No

bastaba con haber leído la inscripción blasfematoria para ser cómplice de un sacrigelio? Me parecía que un loco cruel se burlaba de mi educación, de mi respeto, de mi celo, y de la satisfacción que sentía todas las mañanas cuando me quitaba la gorra y decía: «Buenos días, señor maestro», y que a la vez era yo mismo el loco, que las palabrotas y los malos pensamientos pululaban dentro de mí. Por ejemplo, ¿qué es lo que me impedía gritar a voz en cuello: «Ese mono viejo apesta como un cerdo»? Murmuré: «El tío Barrault apesta», y todo se puso a dar vueltas. Me fui llorando. A partir del día siguiente volví a encontrar mi deferencia por el señor Barrault, por su cuello de celuloide y su lazo de pajarita. Pero cuando se inclinaba sobre mi cuaderno, yo volvía la cabeza reteniendo la respiración.

En el otoño siguiente mi madre decidió llevarme a la Institución Poupon. Había que subir una escalera de madera, entrar en una sala del primer piso; los niños se agrupaban en semicírculo, silenciosamente; sentadas al fondo de la habitación, derechas y con la espalda contra la pared, las madres vigilaban al profesor. El primer deber de las pobres muchachas que nos enseñaban consistía en repartir por igual los elogios y las buenas notas en nuestra academia de prodigios. Si una de ellas tenía un movimiento de impaciencia o se mostraba excesivamente satisfecha por una buena contestación, las señoritas Poupon perdían alumnos y ella perdía su puesto. Éramos unos treinta académicos que nunca tuvimos tiempo para dirigirnos la palabra. A la salida, cada una de las madres se apoderaba ferozmente del suyo y se lo llevaba a toda velocidad, sin despedirse. Al cabo de un semestre, mi madre me retiró del curso: apenas si se trabajaba y además había acabado por cansarse de sentir pesar sobre ella las miradas de sus vecinas cuando me tocaba a mí el turno de que me felicitasen. La señorita Marie-Louise, una muchacha rubia, con lentes, que enseñaba ocho horas diarias en la Institución Poupon por un salario de hambre, aceptó darme clases particulares a domicilio, a escondidas de sus

directoras. A veces interrumpía los dictados para aliviarse con profundos suspiros; me decía que no podía más, que vivía en una soledad espantosa, que hubiese dado cualquier cosa por tener un marido, el que fuese. Ella también acabó por desaparecer; se pretendía que no me enseñaba nada, pero yo creo que sobre todo mi abuelo la encontraba calamitosa. Este hombre justo no se negaba a aliviar a los miserables, pero le repugnaba invitarlos bajo su techo. Ya era hora; la señorita Marie-Louise me desmoralizaba. Yo creía que los salarios eran proporcionales a los méritos y me decían que ella tenía méritos; entonces, ¿por qué le pagaban tan mal? Cuando se ejercía un oficio había que sentirse digno y orgulloso, feliz de trabajar; puesto que ella tenía la suerte de trabajar ocho horas diarias, ¿por qué hablaba de la vida como de un mal incurable? Cuando yo contaba sus penas, mi abuelo se echaba a reír: era demasiado fea como para que la quisiese un hombre. Yo no me reía: ¿se podía nacer condenado? Entonces me habían mentido, el orden del mundo ocultaba unos desórdenes intolerables. Se me pasó el malestar en cuanto ella se fue. Charles Schweitzer me encontró otros profesores más decentes. Tan decentes que me he olvidado de todos. Hasta los diez años me quedó solo, con un viejo y dos mujeres.

Mi verdad, mi carácter y mi nombre estaban en manos de los adultos; yo había aprendido a verme con sus ojos; yo era un niño, ese monstruo que ellos fabrican con sus pesares. Cuando estaban ausentes, dejaban tras ellos su mirada, mezclada con la luz; yo corría, saltaba a través de esa mirada que me conservaba la naturaleza de nieto modelo, que seguía ofreciéndome mis juguetes y el universo. En mi bonito bocal, en mi alma, mis pensamientos giraban, cualquiera podía seguir sus vueltas, no había ni la menor sombra. Sin embargo, sin palabras, sin forma ni consistencia, diluida en esta inocente transparencia, una certeza transparente estropea-

ba todo: yo era un impostor. ¿Cómo representar la comedia sin saber que se está representándola? Las claras apariencias soleadas que componían mi personaje, se denunciaban por sí mismas, por un defecto de ser que no podía ni comprender del todo ni dejar de sentir. Me volvía hacia las personas mayores, les pedía que garantizasen mis méritos: era hundirme aún más en la impostura. Condenado a gustar, me daba unas gracias que se marchitaban en seguida; arrastraba por todas partes mi falsa sencillez, mi importancia desocupada, al acecho de una nueva oportunidad; yo creía asirla, adoptaba una actitud y acababa reencontrando en ella la inconsistencia de la que quería escapar. Mi abuelo dormitaba, envuelto en su manta; veía debajo de su espeso bigote la desnudez rosa de sus labios, era insoportable, afortunadamente se le resbalaban los anteojos y yo corría a recogerlos. Se despertaba, me levantaba en brazos y hacíamos nuestra gran escena de amor; ya no era lo que yo quería. Pero, ¿qué era lo que yo quería? Me olvidaba de todo; hacía mi nido en los arbustos de su barba. Yo entraba en la cocina, declaraba que quería mover la ensalada; y venían los gritos, las carcajadas: «¡No, hijo, así no! Aprieta fuerte la manecita; ¡así! María, ¡ayúdele! Pero qué bien lo hace». Era un falso niño, tenía una falsa ensaladera; sentía que mis actos se cambiaban en gestos. La comedia me hurtaba el mundo y los hombres. No veía más que papeles y accesorios; si por bufonada servía en las empresas de los adultos, ¿cómo iba a tomar en serio sus preocupaciones? Me prestaba a sus deseos con una prontitud virtuosa que me impedía compartir sus fines. Extraño a las necesidades, a las esperanzas, a los placeres de la especie, para seducirla me dilapidaba fríamente; ella era mi público, me separaban de ella unas candilejas en llamas que me dejaban en un exilio orgulloso que en seguida se convertía en angustia.

Lo peor era que sospechaba que los adultos eran unos farsantes. Las palabras que me dirigían eran caramelos; pero hablaban entre ellos con otro tono. Y

además solían romper contratos sagrados; hacía yo la mueca más adorable, de la que estaba más seguro, y me decían con una voz verdadera: «Ve a jugar más lejos, que estamos hablando». Otras veces tenía el sentimiento de que me utilizaban. Mi madre me llevaba al Luxemburgo; el tío Emile, que estaba peleado con toda la familia, surgía de pronto; miraba a su hermana con un aire triste y le decía secamente: «No estoy aquí por ti; he venido a ver al niño». Entonces explicaba que yo era el único inocente de la familia, el único que nunca le había ofendido deliberadamente, ni le había condenado por calumnias. Yo sonreía, incómodo por mi poder y por el cariño que había encendido en el corazón de este hombre triste. Pero ya estaban hermano y hermana enzarzados en la discusión de sus cosas, enumerando los agravios recíprocos; Emile atacaba a Charles, Anne-Marie le defendía, cediendo terreno; se ponían a hablar de Louise, y yo quedaba olvidado entre sus sillas de hierro. Estaba preparado para admitir —si hubiese tenido edad para comprenderlas— todas las máximas de derecha que me enseñaba con su conducta un viejo de izquierda: que la Verdad y la Fábula son lo mismo, que hay que representar la pasión para sentirla, que el hombre es un ser de ceremonias. Me habían convencido de que habíamos sido creados para representarnos una comedia; y yo la aceptaba, pero exigía ser el personaje principal; ahora bien, en unos momentos relampagueantes que me dejaban anonadado, me daba cuenta de que desempeñaba un «falso-papel-principal», con un texto, mucha presencia, pero sin escena «mía»; en una palabra, que yo daba la réplica a las personas mayores. Charles me halagaba para ablandar su muerte; Louise encontraba la justificación de sus rabietas en mi petulancia; y Anne-Marie la de su humildad. Y, sin embargo, sin mí, mi madre habría sido recogida por sus padres y su delicadeza la habría entregado sin defensas a Mamie, sin mí Louise habría rabiado. Charles se habría maravillado ante el monte Cervino, los meteoros o los hijos de los demás. Yo era la causa ocasional de sus

discordias y de sus reconciliaciones; las causas profunda estaban en otra parte: en Mâcon, en Gunsbach, en Thiviers, en un viejo corazón que se engrasaba, en un pasado muy anterior a mi nacimiento. Yo les reflejaba la unidad de la familia y sus antiguas contradicciones; usaban mi divina infancia para llegar a ser lo que eran. Yo viví en un estado de malestar; en el momento en que sus ceremonias me convencían de que no haya nada que exista sin razón y que cada uno, desde el más grande al más pequeño, tiene su lugar marcado en el Universo, mi razón de ser, la mía, se desvanecía, y yo descubría de pronto que era como si fuera manteca, y mi presencia insólita en este mundo en orden me avergonzaba.

Un padre me habría lastrado con algunas obstinaciones duraderas; me habría habitado al hacer de sus humores mis principios, de su ignorancia mi saber, de sus rencores mi orgullo, de sus manías mi ley; ese respetable inquilino me habría dado el respeto por mí mismo. Yo habría fundado mi derecho a vivir en ese respeto. Mi progenitor habría decidido mi porvenir: *politécnico de nacimiento*, habría estado *tranquilo para* siempre. Pero si Jean-Baptiste Sartre había conocido mi destino, se había llevado el secreto; mi madre sólo recordaba que había dicho: «¡Mi hijo no entrará en la Marina». A falta de informes más precisos, nadie, empezando por mí, sabía qué había venido a hacer a este mundo. Si me hubiera dejado bienes, mi infancia habría cambiado, yo no escribiría, porque sería otro. Los campos y la casa reflejan al joven heredero una imagen estable de sí mismo; se toca en *su* casquijo, en los cristales en forma de rombo de *su* galería y hace de su inercia la sustancia inmortal de su alma. Hace unos días, en el restaurante, el hijo del patrón, un niño de siete años, gritaba a la cajera: «Cuando no está mi padre, el Dueño soy yo». ¡Eso es un hombre! Yo a su edad no era dueño de nadie y nada me pertenecía. En mis pocos minutos de disipación, mi madre murmuraba: «¡Ten cuidado, que no estamos en nuestra casa!» Nunca estuvimos en nuestra casa: ni en la calle Le Goff ni des-

pués, cuando se volvió a casar mi madre. Yo no sufría por eso, porque me prestaban todo; pero yo seguía siendo abstracto. Al propietario, los bienes de este mundo le reflejan lo que él es: *yo no era* consistente ni permanente; *yo no era* el continuador futuro de la obra paterna, *yo no era* necesario para la producción del acero; en una palabra, no tenía alma.

Habría sido perfecto si yo hubiera formado una buena pareja con mi cuerpo. Pero la verdad es que éramos, él y yo, una pareja de lo más curiosa. En la miseria, el niño no se interroga: experimentada *corporalmente* por las necesidades y las enfermedades su injustificable condición justifica su existencia; son el hambre y el perpetuo peligro de muerte los que fundan su derecho a vivir: vive para no morir. Yo no era lo suficientemente rico para creerme predestinado ni lo bastante pobre para sentir mis deseos como exigencias. Cumplía con mis deberes alimenticios y Dios a veces —raras— me enviaba la gracia que permite comer sin desagrado y que se llama apetito. Respiraba, digería, defecaba con despreocupación y vivía porque había empezado a vivir. Ignoraba la violencia y las salvajes exigencias de mi cuerpo, ese compañero cebado que sólo se hacía conocer por una serie de malestares delicados, muy solicitados por las personas mayores. En aquellos tiempos, una familia ditinguida debía de tener por lo menos un hijo delicado. Yo era un buen sujeto, porque había pensado morir al nacer. Me acechaban, me tomaban el pulso, la temperatura, me obligaban a sacar la lengua: «¿No te parece que está un poco paliducho?» «Es la luz». «¡Te aseguro que está más delgado!» «Pero, papá, si le pesamos ayer». Yo, bajo esas miradas inquisidoras, sentía que me convertía en objeto, en la flor de un florero. Para terminar, me metían en la cama. Agobiado de calor, cocido bajo las sábanas, confundía a mi cuerpo con su malestar; de los dos, no sabía cuál era el indeseable.

El señor Simonnot, colaborador de mi abuelo, almorzaba los jueves con nosotros. Yo envidiaba a ese cin-

cuentón de mejillas de niña que se engomaba el bigote y se teñía el tupé. Cuando Anne-Marie, para que durase la conversación, le preguntaba si le gustaba Bach, si le gustaba el mar, la montaña, si tenía un buen recuerdo de su ciudad natal, se tomaba cierto tiempo para reflexionar y dirigía su mirada interior hacia el macizo granítico de sus gustos. Cuando había encontrado la información pedida, se la comunicaba a mi madre, con una voz objetiva, saludando con la cabeza. ¡Qué hombre feliz!; yo pensaba que todas las mañanas debía despertarse lleno de gozo, verificar, desde algún Punto Sublime, sus picos, sus crestas y sus valles, y luego estirarse voluptuosamente diciendo: «Sin duda soy yo, soy el señor Simonnot entero». Naturalmente, cuando me preguntaban a mí, yo era capaz de dar a conocer mis preferencias y hasta de afirmarlas; pero, en la soledad, se me escapaban; lejos de *verificarlas,* había que tenerlas y empujarlas, insuflarles vida; yo ni siquiera estaba ya seguro de preferir el filete de vaca al asado de ternera. Cuánto hubiera dado porque se instalase en mí un paisaje atormentado, unas obstinaciones rectas como acantilados. Cuando la señora Picard, usando con tacto un vocabulario de moda, decía de mi abuelo: «Charles es un ser exquisito», o «No se conoce a los seres», me sentía condenado sin recurso. Las piedras del Luxemburgo, el señor Simonnot, los castaños, Karlimami, eran seres. Yo, no Yo no tenía ni su inercia, ni su profundidad, ni su impenetrabilidad. Yo no era *nada:* una transparencia imborrable. Mis celos no tuvieron límites el día en que me dijeron que el señor Simonnot, esa estatua, ese bloque monolítico, era además indispensable para el universo.

Era fiesta. En el Instituto de Lenguas Vivas la gente aplaudía bajo la movediza llama de una lámpara Auer; mi madre tocaba Chopin, todo el mundo hablaba en francés por orden de mi abuelo, un francés lento, gutural, con gracias marchitas y la pompa de un oratorio. Yo volaba de mano en mano, sin tocar el suelo; me ahogaba contra el seno de una novelista alemana cuando

mi abuelo, desde lo alto de su gloria, dejó caer el veredicto que me llegó al corazón: «Aquí falta alguien, y es Simonnot». Yo me escapé de los brazos de la novelista, me refugié en un rincón, desaparecieron los invitados; en el centro de un anillo tumultuoso vi una columna: al señor Simonnot mismo, ausente de carne y hueso. Esta ausencia prodigiosa le transfiguró. El Instituto no estaba completo ni mucho menos: algunos alumnos estaban enfermos, otros se habían disculpado; pero sólo eran hechos accidentales y desdeñables. Sólo *faltaba* el señor Simonnot. Había bastado con pronunciar su nombre; en aquella sala repleta, el vacío había penetrado como un cuchillo. Yo me maravillaba de que un hombre tuviera su lugar establecido. Su lugar: una nada cavada por la espera universal, un vientre invisible del que, de pronto, parecía que se pudiera renacer. Sin embargo, si hubiera salido del suelo, en medio de una ovación, incluso si las mujeres se hubieran abalanzado para besarle la mano, yo me habría desembriagado; la presencia carnal es siempre excedentaria. Virgen, reducido a la pureza de una escena negativa, mantenía la transparencia incomprensible del diamante. Ya que me tocaba a mí estar en todo momento entre ciertas personas, en un determinado lugar de la tierra y además me sabía superfluo, quise faltar como el agua, como el pan, como el aire a todos los demás hombres en todos los demás lugares.

Este deseo volvió todos los días a mis labios. Charles Schweitzer ponía la necesidad por todas partes para tapar una angustia que nunca se me apareció mientras vivió y que apenas empiezo a adivinar. Todos sus colegas sostenían el cielo. Entre estos Atlas se contaban gramáticos, filólogos y lingüistas, el señor Lyon-Caen y el director de la *Revue Pédagogique*. Hablaba de ellos sentenciosamente, para que nos diéramos cuenta de su importancia: «Lyon-Caen sabe lo que se hace; su lugar está en el Instituto». O también, «Shurer se vuelve viejo; esperemos que no hagan la tontería de jubilarle; no sabe la Facultad lo que perdería». Rodeado de ancianos

irreemplazables cuya próxima desaparición iba a sumir a Europa en una situación de duelo y tal vez de barbarie, qué no hubiera dado yo por oír una voz fabulosa que diera a mi corazón la sentencia: «Este pequeño Sartre sabe lo que se hace; si llegase a desaparacer, ¡no sabe Francia lo que perdería!» La infancia burguesa vive en la eternidad del instante, es decir, en la inacción; yo quería ser Atlas en seguida, para siempre y desde siempre; ni siquiera concebía que se pudiera trabajar sin llegar a serlo; necesitaba una Corte Suprema, un decreto que me restableciese los derechos. ¿Pero dónde estaban los magistrados? Mis jueces naturales se habían descalificado por su histrionismo; yo los recusaba, pero no veía otros.

Insecto, parásito estupefacto, sin fe, sin ley, sin razón ni fin, yo me evadía en la comedia familiar, giraba, corría, volaba de impostura en impostura. Yo huía de mi cuerpo injustificable y de sus endebles confidencias; bastaba que el trompo tropezara con un obstáculo y se detuviera, para que el pequeño comediante huraño cayese en el estupor animal. Unas buenas amigas de mi madre le dijeron que yo estaba triste, que me habían visto soñando. Mi madre me apretó contra sí riéndose: «¡Tú que eres tan alegre, que siempre estás cantando! ¿De qué podrías quejarte? Si tienes todo lo que quieres». Tenía razón: un niño mimado no es triste; se aburre como un rey. Como un perro.

Yo soy un perro: bostezo, me corren las lágrimas, siento cómo me corren. Soy un árbol, el viento se engancha en mis ramas y las agita vagamente. Soy una mosca, trepo a lo largo de un cristal, me caigo y vuelvo a trepar. A veces siento la caricia del tiempo que pasa, otras veces —es lo más frecuente— siento que no pasa. Unos minutos temblorosos se dejan caer, me engullen y no acaban de agonizar; estancados pero vivos aún, son barridos, pero los sustituyen otros, más frescos, igualmente vanos; estas repugnancias se llaman felicidad; mi madre me repite que soy el niño más feliz de todos. *Puesto que es verdad,* ¿cómo no habría de creer-

la? En mi desamparo, nunca pienso; en primer lugar no hay ninguna palabra para nombrarlo; y además no lo veo: no dejan de rodearme. Es la trama de mi vida, el material de mis placeres, la carne de mis pensamientos.

Vi la muerte. A los cinco años me acechaba; por la noche andaba por el balcón, pegaba el hocico a los cristales, yo la veía pero no me atrevía a decir nada. Nos encontramos con ella una vez en el Quai Voltaire: era una señora vieja, alta y loca, vestida de negro, que, al pasar yo, murmuró: «A ese niño lo meteré en mi bolsillo». Otra vez adoptó la forma de una excavación; era en Arcachon: Karlimami y mi madre visitaban a la señora Dupont y a su hijo Gabriel, el compositor. Yo jugaba en el jardín de la villa, asustado porque me habían dicho que Gabriel estaba enfermo y se iba a morir. Yo jugaba a ser caballo, sin mucho entusiasmo, y caracoleaba alrededor de la casa. De pronto vi un agujero de tinieblas: habían abierto la bodega; me cegó no sé muy bien qué evidencia de soledad y de horror; di media vuelta y me escapé, cantando a voz en cuello. En aquellos tiempos tenía cita con ella todas las noches en mi cama. Era un rito: tenía que acostarme echado hacia la izquierda, de cara a la pared; yo esperaba, temblando, y ella aparecía, como un esqueleto muy conformista y con una guadaña; entonces tenía permiso para echarme hacia la derecha, ella se iba y yo podía dormir tranquilo. Durante el día la reconocía bajo los más diversos disfraces: si ocurría que mi madre cantase en francés *Le Roi des Aulnes,* yo me tapaba los oídos; por haber leído *L'Ivrogne et sa femme,* me quedé durante seis meses sin abrir las fábulas de La Fontaine. A la muy bribona no le importaba: se escondía en un cuento de Mérimée, *La Vénus d'Ille,* y esperaba a que lo leyese para saltarme al cuello. No me inquietaban ni los entierros ni las tumbas; por entonces mi abuela Sartre se puso enferma y murió; mi madre y yo llegamos a Thiviers, avisados por un telegrama, cuando aún vivía. Prefirieron separarme de los lugares en que aquella existencia desgraciada estaba deshaciéndose; unos amigos se ocupa-

ron de mí, me alojaron, para que estuviese ocupado, me dieron unos juegos de circunstancia, instructivos, enlutados de aburrimiento. Yo jugué, leí, me preocupé por mostrar un recogimiento ejemplar, pero no sentí nada. Tampoco sentí nada cuando seguimos al coche mortuorio hasta el cementerio. La muerte brillaba por su ausencia. Fallecer no era morir, la metamorfosis de aquella vieja en losa funeraria no me desagradaba; había una transubstanciación, una accesión al ser; en suma, todo ocurría como si yo me hubiese transformado pomposamente en el señor Simonnot. Por esta razón siempre me han gustado y me siguen gustando los cementerios italianos: en ellos la piedra está atormentada, es un hombre barroco, se incrusta un medallón, encuadrando una foto que recuerda al difunto en su primer estado. Cuando yo tenía siete años, encontraba a la verdadera Muerte, a la Descarnada, por todas partes, pero ahí nunca. ¿Qué era? Una persona y una amenaza. La persona estaba loca; en cuanto a la amenaza, las bocas de sombra se podían abrir en cualquier parte, en pleno día, bajo el sol más radiante, y atraparme. Las cosas tenían un reverso horrible, se veía cuando se perdía la razón, morir era llevar la locura hasta el extremo y ser tragado por ella. Viví en el terror, fue una verdadera neurosis. Si busco la razón de todo esto, encuentro lo siguiente: niño mimado, don providencial, mi profunda inutilidad se me manifestaba aún más porque el ritual familiar me adornaba constantemente con una necesidad forjada. Me sentía de más, luego tenía que desaparecer. Yo era un florecimiento insípido en perpetua abolición. Con otras palabras, estaba condenado y la sentencia podía aplicarse en cualquier momento. Sin embargo, la rechazaba con todas mis fuerzas, no porque quisiese mi existencia, sino, por el contrario, porque no me interesaba; cuanto más absurda es la vida, menos soportable es la muerte.

Dios me habría sacado de la pena: yo habría sido una obra maestra firmada; con la seguridad de tener mi parte en el concierto universal, habría esperado pa-

cientemente a que Él me revelase sus designios y mi necesidad. Yo presentía la religión, la esperaba, era el remedio. Si me la hubieran negado, la habría inventado yo mismo. No me la negaron: educado en la fe católica, supe que el Todopoderoso me había hecho para gloria suya: era más de lo que me atrevía a soñar. Pero después, en el Dios al uso que me enseñaron no encontré al que esperaba mi alma; necesitaba un Creador y me daban un Gran Patrón; los dos eran uno, pero yo lo ignoraba; yo servía sin calor al ídolo farisaico y la doctrina oficial hacía que se me quitasen las ganas de buscar mi propia fe. ¡Qué suerte! Confianza y desolación hacían de mi alma un terreno ideal para sembrar el cielo en él. Sin ese equívoco, yo habría sido fraile. Pero el lento movimiento de descristianización que había nacido en la alta burguesía volteriana y que había tardado un siglo en extenderse por todas las capas de la sociedad, había tocado a mi familia; sin ese debilitamiento general de la fe, Louise Guillemin, señorita católica de provincia, hubiera hecho más remilgos antes de casarse con un luterano. Naturalmente que en nuestra casa todo el mundo creía: por discreción. Siete u ocho años después del gobierno Combes, la incredulidad declarada conservaba la violencia y la indecencia de la pasión; un ateo era un original, un furioso a quien no se invitaba a comer, por temor a que «hiciera una de las suyas», un fanático lleno de tabúes que se negaba el derecho a arrodillarse en las iglesias, de casar en ella a sus hijas y de llorar deliciosamente, que se imponía probar la verdad de su doctrina por la pureza de sus costumbres, que se encarnizaba contra sí mismo y contra su felicidad hasta el punto de privarse del medio de morir consolado, un maniático de Dios, que veía Su ausencia por todas partes y que no podía abrir la boca sin pronunciar Su nombre; en una palabra, un señor con convicciones religiosas. El creyente no las tenía: las certidumbres cristianas habían tenido el tiempo suficiente de probarse en dos mil años, pertenecían a todos, se

les pedía que brillasen en la mirada de un sacerdote, en la penumbra de una iglesia, y que alumbrasen a las almas, pero nadie necesitaba tomarlas por su cuenta. Era el patrimonio común. La buena sociedad creía en Dios para no hablar de Él. ¡Qué tolerante parecía la religión! ¡Qué cómoda era! El cristiano podía faltar a misa y casar a sus hijos por la iglesia, sonreír ante las mojigaterías de Saint-Sulpice y derramar lágrimas al oír la *Marcha nupcial de Lohengrin;* no estaba obligado a llevar una vida ejemplar ni a morir desesperado; ni siquiera a hacerse incinerar. En nuestro medio, en mi familia, la fe no era más que un nombre de ostentación para la dulce libertad francesa; me habían bautizado, como a tantos otros, para preservar mi independencia; si me hubiesen negado el bautizo, habrían creído que violentaban mi alma; al ser católico inscrito, era libre, era normal. «Más adelante —decían— hará lo que quiera.» Entonces se juzgaba que era mucho más difícil lograr la fe que perderla.

Charles Schweitzer era demasiado comediante como para no necesitar un Gran Espectador, pero apenas si pensaba en Dios, salvo en los momentos supremos; como estaba seguro de encontrarlo en el momento de la muerte, lo mantenía fuera de su vida. Privadamente, por fidelidad a nuestras provincias perdidas, a la grosera alegría de los antipapistas, sus hermanos, no perdía una ocasión de poner al catolicismo en ridículo: las cosas que decía en la mesa se parecían a las de Lutero. Con Lourdes, nunca se cansaba: Bernadette había visto «a una buena mujer que se cambiaba de camisa»; habían sumergido a un paralítico en la piscina y al salir «veía con los dos ojos». Contaba la vida de san Labre, cubierto de piojos; la de santa María Alacoque, que recogía con la lengua las deyecciones de los enfermos. Esos cuentos me hicieron un favor: me inclinaba tanto más a elevarme por encima de los bienes de este mundo cuanto que no poseía ninguno, y habría encontrado sin esfuerzo mi vocación en mi confortable desnudez; el misticismo conviene a las personas desplazadas, a los

hijos supernumerarios; para precipitarme en él habría bastado con presentarme el asunto por la otra punta; yo corría el riesgo de ser una presa de la santidad. Mi abuelo me quitó las ganas para siempre; la vi por sus ojos, esa locura cruel me repugnó por la insipidez de sus éxtasis, me aterrorizó por su desprecio sádico del cuerpo; las excentricidades de los Santos apenas si tenían más sentido que las del inglés que se metió en el mar vestido de smoking. Al oír esos relatos, mi abuela hacía como que se indignaba, llamaba a su marido «descreído» y hereje, le pegaba en los dedos, pero la indulgencia de su sonrisa acababa de desengañarme: ella no creía en nada; sólo su escepticismo le impedía ser atea.

Mi madre tenía el cuidado de no intervenir; tenía «su Dios particular» y casi sólo le pedía que la consolase en secreto. El debate continuaba en mi cabeza, debilitado; otro yo mismo, mi doble oscuro, discutía lánguidamente todos los artículos de fe; era católico y protestante, unía el espíritu crítico al espíritu de sumisión. En el fondo, todo eso me aburría; me vi conducido a la incredulidad, no por el conflicto de los dogmas, sino por la indiferencia de mis abuelos. Sin embargo, creía; rezaba mis oraciones todos los días, en camisón, de rodillas en la cama, con las manos juntas, pero pensaba en Dios cada vez menos. Mi madre me llevaba los lunes a la Institución del abate Dibildos: seguía allí un curso de instrucción religiosa en medio de otros niños desconocidos. Mi abuelo había hecho las cosas tan bien que yo tenía a los curas por bichos curiosos: aunque fuesen los ministros de *mi* confesión, me eran más extraños que los pastores, por su manera de vestir y por su celibato. Charles Schweitzer respetaba al padre —«una buena persona»—, a quien conocía personalmente, pero era de un anticlericalismo tan declarado que yo pasaba la puerta con el sentimiento de penetrar en territorio enemigo. En cuanto a mí, yo no odiaba a los curas; cuando me hablaban ponían una cara tierna, afinada por la espiritualidad, con un aire de bondad maravillada, la mirada infinita que

apreciaba particularmente en la señora Picard y en otras músicas amigas de mi madre; el que los odiaba por mí era mi abuelo. Había sido el primero en tener la idea de que me llevasen a los cursos de su amigo el cura, pero miraba con inquietud al pequeño católico que le devolvían todos los jueves por la tarde, buscaba en mi mirada los progresos del papismo y no dejaba de bromear al respecto. Esta falsa situación no duró más de seis meses. Un día entregué al instructor una redacción sobre la *Pasión;* había encantado a toda la familia, v mi madre la había copiado de su puño y letra. Sólo obtuvo la medalla de plata. Esta decepción me hundió en la impiedad. Una enfermedad y las vacaciones impidieron que volviera a la Institución Dibildos; a la vuelta de las vacaciones exigí que no me llevasen más. Aún mantuve, durante varios años, relaciones públicas con el Todopoderoso, pero en privado dejé de frecuentarle. Sólo una vez tuve el sentimiento de que existía. Había jugado con unos fósforos y quemado una alfombrita. Estaba tratando de arreglar mi destrozo cuando, de pronto, Dios me vio, sentí Su mirada en el interior de mi cabeza y en las manos; estuve dando vueltas por el cuarto de baño, horriblemente visible, como un blanco vivo. Me salvó la indignación; me puse furioso contra tan grosera indiscreción, blasfemé, murmuré como mi abuelo: «Maldito Dios, maldito Dios, maldito Dios». No me volvió a mirar nunca más.

Acabo de contar la historia de una vocación fallida: yo necesitaba a Dios, me lo dieron, pero lo recibí sin comprender que lo buscaba. Al no poder enraizar en mi corazón, vegetó en mí durante algún tiempo y después se murió. Hoy, cuando me hablan de Él, digo con la diversión sin pena de un viejo que se encuentra con una vieja amiga: «Hace cincuenta años, sin ese malentendido, sin esa equivocación, sin el accidente que nos separó, podría haber habido algo entre nosotros».

No hubo nada. Sin embargo, mis asuntos iban de mal en peor. A mi abuelo le irritaba mi pelo largo. «Es un chico —le decía a mi madre—; vas a convertirlo en una

chica; ¡no quiero que mi nieto se vuelva un marica!» Anne-Marie seguía en sus trece; me parece que le hubiera gustado que yo fuese una niña de verdad; con qué felicidad habría colmado de dones a su triste infancia resucitada. Como el Cielo no la había oído, ella se las arregló así: yo tendría el sexo de los ángeles, indeterminado pero femenino por los bordes. Como era tierna, me enseñó la ternura; mi soledad hizo lo demás y me separó de los juegos violentos. Un día —tenía siete años—, mi abuelo no aguantó más: me cogió de la mano y dijo que me llevaba de paseo. Pero apenas doblamos la esquina, me metió en la peluquería y me dijo: «Vamos a dar una sorpresa a tu madre». A mí me encantaban las sorpresas. En nuestra casa todo el tiempo había sorpresas. Pequeños misterios, divertidos o virtuosos, regalos inesperados, revelaciones teatrales seguidas de abrazos; era el tono de nuestra vida. Cuando me quitaron el apéndice, mi madre no dijo nada a Karl, para que no tuviese una preocupación que de todas formas no hubiera sentido. Había dado el dinero mi tío Auguste; habíamos vuelto clandestinamente de Arcachon y nos habíamos ocultado en una clínica de Courbevoie. A los dos días de la operación, Augusto fue a ver a mi abuelo; le dijo: «Voy a darte una buena noticia». A Karl le engañó la afable solemnidad de la voz: «¡Te vuelves a casar!» «No —contestó mi tío sonriendo—, pero todo ha ido muy bien». «¿Cómo todo?», etc., etc. En resumen, que los efectos teatrales eran el pan nuestro de cada día, y miré con buenos ojos cómo caían mis bucles a lo largo de la toalla blanca que tenía alrededor del cuello y cómo llegaban al suelo, inexplicablemente deslucidos; volví glorioso y pelado.

Hubo gritos, pero no abrazos, y mi madre se encerró en su habitación para llorar: habían cambiado a su niñita en niñito. Pero había cosas peores: mientras mis preciosos tirabuzones revoloteaban alrededor de mis orejas, ella había podido negar la evidencia de mi fealdad. Sin embargo, mi ojo derecho entraba ya en el crepúsculo. Tuvo que confesarse la verdad. También mi abuelo

parecía desconcertado; le habían entregado su pequeña maravilla y él había devuelto un sapo: era minar por la base sus futuras maravillas. Mamie le miraba, divertida. Dijo simplemente: «Karl no está orgulloso; cómo se achica».

Anne-Marie tuvo la bondad de ocultarme la causa de su pena. Sólo me enteré a los doce años, de una manera brutal. Pero yo me encontraba mal con mi facha. Los amigos de la familia me echaban unas miradas preocupadas o perplejas que muchas veces sorprendía. Mi público se volvía más difícil día tras día; tuve que afanarme; insistí sobre mis efectos y llegué a desafinar. Conocí las angustias de una actriz que envejece: supe que otros podían gustar. Me quedaron dos recuerdos, un poco posteriores, pero sorprendentes.

Tenía nueve años; llovía. En el hotel de Noirétable éramos diez niños, diez gatos en la misma bolsa. Mi abuelo, para que hiciéramos algo, aceptó escribir y dirigir una pieza patriótica con diez personajes. Bernard, el mayor de la banda, hizo el papel del tío Struthoff, un hombre brusco pero bueno. Yo fui un joven alsaciano; mi padre había optado por Francia y yo cruzaba la frontera secretamente para reunirme con él. Me prepararon unas réplicas llenas de empaque: levantaba el brazo derecho, inclinaba la cabeza y murmuraba, ocultando mi mejilla de prelado en el hueco del hombro: «Adiós, adiós, querida Alsacia». En los ensayos decían que estaba comestible, lo que no me sorprendía. La representación se efectuó en el jardín; el escenario estaba limitado por dos macizos de boneteros y por la pared del hotel; los padres estaban sentados en unas sillas de rejilla. Los niños se divertían de lo lindo; menos yo. Convencido de que la suerte de la obra estaba entre mis manos, me esforzaba por gustar, entregado a la causa común; creía que todos los ojos estaban fijos en mí. Me excedí; las preferencias fueron para Bernard, menos amanerado que yo. ¿Lo entendí? Al terminar la representación, él pasaba la gorra; yo me deslicé detrás de él y tiré de su barba, que se me quedó entre las manos. Era una bro-

ma de *vedette,* para hacer gracia; me sentía exquisito, y saltaba sobre uno y otro pie mostrando mi trofeo. Nadie se rió. Mi madre me cogió de la mano y me alejó con presteza. «¿Qué has hecho? —me preguntó, afligida—. ¡Una barba tan bonita! Todo el mundo ha lanzado un ¡Oh! de estupefacción.» Mi abuela se reunió con nosotros y traía las últimas noticias: la madre de Bernard había hablado de celos. «Ya ves lo que se gana con querer destacar.» Yo me escapé, corrí a la habitación, me planté delante del armario de luna e hice muecas durante un rato.

La señora de Picard opinaba que un niño puede leerlo todo: «Un libro nunca hace daño si está bien escrito». Había pedido permiso, tiempo antes, delante de ella, para leer *Madame Bovary* y mi madre había adoptado su voz excesivamente musical: «Pero si mi hijito lee este género de libros a su edad, ¿qué va a hacer cuando sea mayor?» «¡Los viviré!» Esa contestación había conocido el éxito más franco y duradero. La señora de Picard hacía alusión a ella cada vez que nos visitaba, y mi madre exclamaba, regañándola, pero halagada: «Blanche, ¿se quiere callar? ¡Mire que me lo va a estropear!» Yo quería y despreciaba a esa vieja mujer pálida y gorda, que era mi mejor público; cuando me anunciaban su llegada, sentía que tenía genio: soñé que ella perdía las faldas y que le veía el trasero, lo que era una manera de rendir homenaje a su espiritualidad. En noviembre de 1915 me regaló una libreta de cuero rojo con cantos dorados. Como no estaba mi abuelo, nos habíamos instalado en su despacho; las mujeres hablaban animadamente, aunque en un tono más bajo que en 1914, porque estábamos en guerra; se pegaba a las ventanas una bruma sucia y amarilla, olía a tabaco rancio. Yo abrí la libreta y en un primer momento quedé decepcionado. Esperaba que fuera una novela, cuentos; leí el mismo cuestionario veinte veces en unas hojas multicolores. «Rellénalo —me dijo— y haz que lo rellenen tus amiguitos. Así vas a tener buenos recuerdos.» Comprendí que me ofrecían una oportunidad de

ser maravilloso; quise contestar en el acto, me senté en el sitio de mi abuelo, puse la libreta en el secante de la carpeta, cogí su pluma con mango de galalita, la hundí en el frasco de tinta roja y me puse a escribir mientras las personas mayores cambiaban entre sí miradas divertidas. De un salto yo me subí más arriba de mi alma, para cazar respuestas por encima de mi edad». Desgraciadamente, el cuestionario no ayudaba; me preguntaban por lo que me gustaba y lo que me desagradaba, cuál era mi color preferido, mi perfume favorito. Yo inventaba predilecciones sin entusiasmo, cuando se me presentó la ocasión de brillar: «¿Cuál es su mayor deseo?» Yo contesté sin dudar un momento: «Ser un soldado y vengar a los muertos». Después, demasiado excitado como para poder seguir, salté al suelo y llevé mi obra a las personas mayores. Se aguzaron las miradas, la señora de Picard se ajustó las gafas, mi madre se inclinó sobre su hombro; las dos avanzaban los labios con malicia. Las cabezas se levantaron al mismo tiempo: mi madre se había ruborizado, la señora de Picard me devolvió la libreta: «Hijo mío, sólo se es interesante cuando se es sincero». Yo creí morirme. Mi error salta a la vista: pedían un niño prodigio y yo había dado un niño sublime. Para desgracia mía aquellas señoras no tenían a nadie en el frente: lo sublime militar no tenía efecto en sus almas moderadas. Desaparecí, me fui a hacer muecas ante el espejo. Cuando hoy recuerdo aquellas muecas, comprendo que aseguraban mi protección: me defendía con un bloqueo muscular contra las fulgurantes descargas de la vergüenza. Y además, al llevar mi infortunio hasta el límite, me liberaban de él: me hundía en la humildad para esquivar la humillación, me privaba de los medios de gustar para olvidar que los había tenido y que los había usado mal; el espejo era para mí una gran ayuda: le encargaba de que me hiciera saber que yo era un monstruo; si lo lograba, mis agrios remordimientos se transformaban en piedad. Pero sobre todo, como el fracaso había descubierto mi servilismo, me volvía horroroso para hacerlo imposible, para

renegar de los hombres y para que renegasen de mí. Era la Comedia del Mal contra la Comedia del Bien; Eliacín hacía el papel de Quasimodo. Descomponía mi rostro por contorsiones y plegamientos combinados; me «echaba vitriolo» a la cara para borrar mis anteriores sonrisas.

El remedio era peor que la enfermedad: contra la gloria y el deshonor, había tratado de refugiarme en mi verdad solitaria; pero yo no tenía verdad: en mí sólo encontraba una insipidez asombrada. Una medusa chocaba antes mis ojos contra el cristal del acuario, arrugaba blandamente su umbrela y se deshilachaba en las tinieblas. Cayó la noche, se diluyeron en el espejo unas nubes de tinta, absorbiendo a mi última encarnación. Al carecer de coartada, caí sobre mí mismo. En la oscuridad, adivinaba una duda indefinida, un roce, unos latidos, todo un animal vivo —el más terrible y el único al que no podía temer—. Huí, volví a arrebatar a la luz mi papel de querubín ajado. En vano. El espejo me había enseñado lo que siempre había sabido: yo era horriblemente natural. Aún no me he repuesto.

Idolatrado por todos, negado por todos también, era un dejado-a-cuenta, y a los siete años sólo podía recurrir a mí mismo, que aún no existía, palacio de cristal vacío donde el siglo naciente contemplaba su aburrimiento. Nací para colmar la gran necesidad que tenía de mí mismo; hasta entonces sólo había conocido las vanidades de un perro de salón; empujado hacia el orgullo, me convertí en el Orgullo. Puesto que nadie me reivindicaba *seriamente,* elevé la pretensión de ser indispensable para el Universo. ¿Hay algo más soberbio? ¿Hay algo más tonto? La verdad es que no podía elegir. Viajero clandestino, me había dormido en el asiento, y el revisor me sacudía: «¡Su billete!» Debía reconocer que no lo tenía. Ni dinero para pagar en el acto el precio del viaje. Empezaba confesándome culpable: no llevaba encima mi documentación, ni siquiera recordaba cómo había burlado la vigilancia del guarda de la

estación, pero aceptaba que me había introducido fraudulentamente en el vagón. Lejos de discutir la autoridad del revisor, protestaba mucho diciendo el respeto que tenía por sus funciones y me sometía de antemano a su decisión. En ese punto extremo de la humildad, sólo podía salvar la situación invirtiéndola: revelaba, pues, que eran razones importantes y secretas las que me llevaban a Dijon, que interesaban a Francia y tal vez a la humanidad. Tomando las cosas con esa perspectiva, no se habría encontrado a nadie en todo el tren que tuviese tanto derecho como yo de ocupar un asiento. Naturalmente, se trataba de una ley superior que contradecía al reglamento, pero, si el revisor se hubiera apoyado en él para interrumpir mi viaje, habría incurrido en unas complicaciones muy graves cuyas consecuencias habría de pagar él mismo; yo le instaba a bien: ¿era razonable condenar a la especie entera al desorden bajo el pretexto de mantener el orden en un tren? Así es el orgullo; la defensa de los miserables. Sólo tienen el derecho de ser modestos los viajeros provistos de billetes. Yo seguía sin saber si tenía las de ganar: el revisor se mantenía en silencio; yo empezaba otra vez con mis explicaciones; mientras yo siguiera hablando estaba seguro de que él no me obligaría a bajarme. Quedamos frente a frente, el uno mudo, el otro inagotable, en el tren que nos llevaba a Dijon. Yo era a la vez el tren, el revisor y el delincuente. Y era también un cuarto personaje; éste, el organizador, sólo tenía un deseo: engañarse, olvidar, aunque sólo fuera durante un instante, que él había armado todo aquello. La comedia familiar me sirvió; me llamaban don del cielo, era en broma, y yo no lo ignoraba; como estaba cebado de ternura, lloraba fácilmente, pero tenía el corazón duro: quise llegar a ser un regalo útil en busca de sus destinatarios; ofrecía mi persona a Francia, al mundo. No me importaban los hombres, pero como había que pasar por ellos, sus lágrimas de alegría me harían saber que el universo me acogía con agradecimiento. Podría pensarse que era mucha mi presunción; no, era huérfa-

no de padre. Hijo de nadie, fui mi propia causa, el colmo del orgullo y el colmo de la miseria; me había echado al mundo el impulso que me llevaba hacia el bien. La relación parece clara: afeminado por la ternura materna, insípido por la ausencia del rudo Moisés que me había engendrado, infatuado por la adoración de mi abuelo yo era un puro objeto, destinado por excelencia al masoquismo si hubiese podido creer en la comedia familiar. Pero, no; sólo me agitaba en la superficie y el fondo quedaba frío, injustificado; el sistema me horrorizó, aborrecí los pasmos felices, el abandono, aquel cuerpo demasiado acariciado, demasiado restregado, me encontré oponiéndome, me arrojé al orgullo y al sadismo, o dicho de otra manera, a la generosidad. Ésta, como la avaricia o el racismo, no es más que un bálsamo secretado para curar nuestras llagas interiores y que acaba por envenenarnos; para escapar al abandono de la criatura, me preparaba la soledad burguesa más irremediable: la del creador. No se confunda este golpe de timón con una rebelión auténtica: las rebeliones se hacen contra los verdugos, y yo sólo tenía bienhechores. Durante mucho tiempo fui su cómplice. Por lo demás, ellos eran los que me habían bautizado don de la Providencia; yo no hice más que emplear con otros fines los instrumentos de que disponía.

Todo tuvo lugar en mi cabeza; como era un niño imaginario, me defendí con la imaginación. Cuando vuelvo a ver mi vida, de seis a nueve años, me llama la atención la continuidad de mis ejercicios espirituales. Cambiaron de contenido muchas veces, pero el programa no varió; había hecho una entrada en falso, me retiré detrás de un biombo y volví a empezar mi nacimiento en un punto dado, en el preciso momento en que el universo me reclamaba silenciosamente.

Mis primeras historias sólo fueron la repetición del Pájaro Azul, del Gato con Botas, de los cuentos de Maurice Bouchor. Se hablaban solas, tras mi frente, entre los arcos superciliares. Más adelante me atreví a retocarlas, a darme un papel en ellas. Cambiaron de na-

turaleza; no me gustaban las hadas: había demasiadas a mi alrededor; las proezas reemplazaron a la magia. Me convertí en héroe; desnudé mis encantos; ya no se trataba de gustar, sino de imponerse. Abandoné a mi familia: Karlimami y Anne-Marie fueron excluidos de mis fantasías. Harto de gestos y de actitudes, hice verdaderos actos en sueños. Inventé un universo difícil y mortal —el de Cri-Cri, de l'Epatant, de Paul d'Ivoi—; puse al peligro en el lugar de la necesidad y del trabajo, que ignoraba. Nunca estuve más lejos de discutir el orden establecido; como estaba seguro de vivir en el mejor de los mundos, me di la misión de purgarlo de sus monstruos: policía y linchador, cada noche sacrificaba a una banda de bandidos. Nunca hice guerras preventivas ni expediciones punitivas; mataba sin cólera ni placer, por arrancar de la muerte a unas muchachas. Estas frágiles criaturas me eran indispensables: me reclamaban. Desde luego que no podían contar con mi ayuda, ya que no me conocían. Pero las arrojaba a unos peligros tan grandes que nadie salvo yo hubiera podido sacarlas de ellos. Cuando blandían los jenízaros sus cimitarras curvas, recorría el desierto un gemido y las rocas decían a la arena: «Aquí falta alguien; es Sartre». Entonces yo corría el biombo, hacía volar las cabezas a sablazos, y nacía en un río de sangre. ¡Felicidad de acero! Estaba en mi sitio.

Yo nacía para morir: salvada, la hija se arrojaba en brazos del margrave, su padre; yo me alejaba, había que volverse de nuevo superfluo o buscar nuevos asesinos. Los encontraba. Como campeón del orden establecido, había puesto yo mi razón de ser en un perpetuo desorden; ahogaba al Mal en mis brazos, moría yo con su muerte y resucitaba con su resurrección; era un anarquista de derecha. Nada salió a la superficie de esas violencias; seguí siendo servil y diligente: no se pierde tan fácilmente la costumbre de la virtud; pero todas las noches esperaba impaciente la terminación de la bufonería cotidiana, corría a la cama, largaba mi oración, me metía entre las sábanas; tenía prisa por volver a en-

contrar mi loca temeridad. Envejecía en la oscuridad, me volvía un adulto solitario, sin padre ni madre, sin casa ni hogar, casi sin nombre. Iba por un tejado en llamas, llevando en mis brazos a una mujer desvanecida; abajo la gente gritaba: no había duda de que se iba a derrumbar el edificio. En ese momento pronunciaba las palabras fatídicas: «Seguirá en el próximo número». «¿Qué dices?», preguntaba mi madre. Yo contestaba prudentemente. «Me dejo en suspenso.» Y el hecho es que me dormía en medio de los peligros y de una deliciosa inseguridad. A la noche siguiente, fiel a la cita, volvía a encontrar el tejado, las llamas, la muerte segura. De pronto me daba cuenta de que había un canalón que no había visto la víspera. ¡Dios mío, salvados! ¿Pero cómo agarrarme a él sin soltar mi precioso fardo? Afortunadamente, la mujer recobraba el sentido, yo la cargaba a mis espaldas y ella me echaba los brazos al cuello. No, pensándolo bien, volvía a sumirla en la inconsciencia: por poco que ella misma contribuyese a su propia salvación, disminuía mi mérito. Por suerte, estaba la cuerda aquella a mis pies; ataba fuertemente la víctima a su salvador y lo demás no era más que un juego. Unos señores —el alcalde, el jefe de la policía, el capitán de los bomberos— me abrazaban, me besaban, me daban una medalla y yo perdía mi entereza y ya no sabía qué hacer: los abrazos de esos personajes importantes se parecían mucho a los de mi abuelo. Borraba todo y volvía a empezar: era de noche, una muchacha pedía socorro, yo me lanzaba... *Seguirá en el próximo número.* Arriesgaba mi vida por el momento sublime que cambiaría a un animal en transeúnte providencial, pero sentía que no podría sobrevivir a mi victoria, y me sentía feliz dejándola para el día siguiente.

Podrán parecer extraños estos sueños de peligro en un mocoso destinado al clero; las inquietudes de la infancia son metafísicas; para calmarlas no es necesario derramar sangre. ¿Nunca he deseado ser un médico heroico y salvar a mis conciudadanos de la peste o del cólera? Confieso que no. Sin embargo, yo no era feroz ni

guerrero, y no tengo la culpa si este siglo naciente me volvió épico. La Francia vencida estaba llena de héroes imaginarios cuyas hazañas curaban su amor propio. Ocho años antes de mi nacimiento, Cyrano de Bergerac había «estallado como una charanga con pantalones rojos». Un poco después, al Aguilucho orgulloso y magullado le bastó con aparecer para borrar a Fachoda. En 1912 yo ignoraba todo de estos altos personajes: me gustaba el Cyrano del Hampa, Arsène Lupin, sin saber que debía su fuerza hercúlea, su valor astuto, su inteligencia tan francesa, a nuestra derrota de 1870. La agresividad nacional y el espíritu de revancha convertía en vengadores a todos los niños. Yo me volví un vengador como todo el mundo; seducido por el sarcasmo y la pasión heroica, esos defectos insoportables de los vencidos, yo ridiculizaba a los truhanes antes de romperles los riñones. Pero me aburrían las guerras, me gustaban los pacíficos alemanes que visitaban a mi abuelo y sólo me interesaban las injusticias privadas; en mi corazón sin odio, se transformaron las fuerzas colectivas: yo las dediqué a alimentar mi heroísmo individual. No importa; estoy señalado; si en un siglo de hierro he cometido el loco yerro de tomar la vida como una epopeya, es que soy un nieto de la derrota. Materialista convencido, mi idealismo épico compensará hasta mi muerte una afrenta que no sufrí, una vergüenza que no padecí, la pérdida de dos provincias que volvieron a nosotros hace ya mucho tiempo.

Los burgueses del siglo pasado nunca olvidaron la primera noche que fueron al teatro, y sus escritores se encargaron de comunicarnos las circunstancias. Cuando se levantó el telón, los niños creyeron que estaban en la corte. Los oros y las púrpuras, las luces, las pinturas, el énfasis y los artificios ponían a lo sagrado hasta en el crimen; en el escenario vieron resucitar a la nobleza que habían asesinado sus abuelos. En los descansos, la distribución en pisos de las galerías les ofrecían la ima-

gen de la sociedad; les mostraron que en los palcos había espaldas desnudas y nobles vivos. Volvieron a sus casas estupefactos, ablandados, insidiosamente preparados a unos destinos ceremoniosos, a llegar a ser Jules Favre, Jules Ferry, Jules Grévy. Desafío a mis contemporáneos a que me den la fecha de su primer encuentro con el cine. Entrábamos a ciegas en un siglo sin tradiciones que tenía que resaltar entre los demás por sus malos modales y el nuevo arte, arte plebeyo que anticipaba a nuestra barbarie. Nacido en una cueva de ladrones, colocado por la administración entre las diversiones verbeneras, tenía unos modales populacheros que escandalizaban a las personas serias; era la diversión de las mujeres y de los niños; mi madre y yo lo adorábamos, pero apenas si pensábamos en ello y nunca lo comentábamos; ¿se habla del pan cuando no falta? Cuando nos dimos cuenta de su existencia, hacía ya mucho tiempo que se había convertido en nuestra principal necesidad.

Los días de lluvia, si Anne-Marie me preguntaba qué quería hacer, dudábamos mucho entre el circo, el Châtelet, la Maison Electrique y el Musée Grévin *; en el último momento, con una negligencia calculada, decidíamos entrar en una sala de proyecciones. Cuando abríamos la puerta de nuestro piso, mi abuelo aparecía en la de su despacho; preguntaba: «¿Adónde vais, hijos míos?» «Al cine», decía mi madre. Él fruncía las cejas y ella añadía rápidamente: «Al cine del Panthéon, que está al lado, no hay más que cruzar la calle Soufflot». Él nos dejaba ir encogiéndose de hombros; el jueves siguiente diría al señor Simonnot: «A ver, Simonnot, usted que es un hombre serio, ¿comprende esto? ¡Mi hija lleva al cine a mi nieto!», y el señor Simonnot diría con una voz conciliadora: «Yo no he ido nunca, pero mi mujer va a veces».

El espectáculo había empezado ya. Seguíamos a la acomodadora tropezando, y yo me sentía clandestino.

---

* Célebre museo de figuras de cera. *(N. del T.)*

Un haz de luz blanca atravesaba la sala por encima de nuestras cabezas, y se veía bailar en él el polvo y el humo; un piano relinchaba, unas peras violetas estaban encendidas en las paredes, el olor acre de un desinfectante me atacaba a la garganta. El olor y los frutos de aquella noche habitada se confundían en mí: yo me comía las lámparas auxiliares, me llenaba de su gusto acidulado. Tropezaba con la espalda contra unas rodillas, me sentaba en un asiento chirriante, mi madre deslizaba una manta doblada debajo de mis nalgas, para ponerme más alto; por fin miraba a la pantalla, descubría una tiza fluorescente, unos paisajes parpadeantes, rayados por las lluvias; llovía siempre, aunque hiciese un sol espléndido, aunque fuese dentro de las casas; a veces atravesaba el salón de una baronesa un asteroide en llamas, sin que ella pareciese extrañarse. Me gustaba esa lluvia, esa inquietud constante que aparecía en la pared. El pianista atacaba la obertura de las *Grutas de Fingal* y todo el mundo se daba cuenta de que iba a aparecer el criminal: la baronesa estaba muerta de miedo. Pero su hermoso rostro ennegrecido dejaba el lugar a un letrero malva: «Fin de la primera parte». Era la desintoxicación atropellada, la luz. ¿Dónde estaba yo? ¿En una escuela? ¿En una oficina? No había ni el menor adorno: unas filas de asientos plegables sin brazos que, por debajo, dejaban ver sus resortes, unas paredes pintadas de color ocre, un suelo sembrado de colillas y de escupitajos. Llenaban la sala unos rumores espesos, se reinventaba el lenguaje, la acomodadora vendía a gritos caramelos ingleses, mi madre me los compraba, yo me los metía en la boca, chupaba las lámparas auxiliares. La gente se frotaba los ojos, cada cual descubría a sus vecinos. Soldados, las mucamas del barrio; un viejo huesudo mascaba tabaco, unas obreras con la cabeza descubierta se reían muy fuerte: toda esa gente no era de nuestro mundo; afortunadamente, colocados de trecho en trecho en aquella platea de cabezas, había unos grandes sombreros palpitantes que tranquilizaban.

A mi difunto padre y a mi abuelo, acostumbrados a los palcos, la jerarquía social del teatro les había aficionado al ceremonial: cuando hay muchos hombres juntos, hay que separarlos por los ritos si se quiere evitar que se maten unos a otros. El cine probaba todo lo contrario: más que por una fiesta, aquel público tan mezclado parecía reunido por una catástrofe; muerta la etiqueta, se descubría por fin el verdadero lazo de unión entre los hombres: la adherencia. Me desagradaron las ceremonias y adoré a las multitudes; las he visto de todas clases, pero no he vuelto a encontrar en aquella desnudez, aquella presencia sin reserva de cada uno en todos, ese sueño despierto, esa conciencia oscura del peligro de ser hombre, como en 1940, en el Stalag XII D.

Mi madre se atrevió incluso a llevarme a las salas del Bulevar: al Kinérama, a las Folies Dramatiques, al Vaudeville, al Gaumont Palace, que se llamaba entonces Hippodrome. Vi *Zigomar y Fantomas, Las hazañas de Maciste, Los misterios de Nueva York;* los dorados me estropeaban el placer. El Vaudeville, teatro venido a menos, no quería abdicar de su antigua grandeza: había una cortina roja con borlas de oro que ocultaba la pantalla hasta el último momento; daban tres golpes para anunciar que la función iba a empezar, la orquesta tocaba una obertura, se levantaba el telón, las luces se apagaban. A mí me molestaba aquel ceremonial incongruente, aquellas pompas polvorientas que no tenían más resultado que el de alejar a los personajes; en el primer piso, en el gallinero, asombrados por la lámpara por las pinturas del techo, nuestros padres no podían ni querían creer que les perteneciese el teatro; eran simplemente recibidos. Yo quería ver la película *lo más cerca posible.* Aprendí con la incomodidad igualitaria de las salas de barrio, que este nuevo arte era tan mío como de todos. Éramos de la misma edad mental, yo tenía siete años y sabía leer, él tenía doce y no sabía hablar. Se decía que estaba en sus comienzos, que tenía que hacer muchos progresos; a mí me parecía que cre-

ceríamos juntos. No he olvidado nuestra infancia común; cuando me ofrecen un caramelo inglés, cuando una mujer, junto a mí, se pinta las uñas; cuando, en los retretes de cierto hotel de provincia, huelo determinado olor a desinfectante; cuando, en un tren nocturno, veo, suspendida del techo, la bombilla violeta, reencuentro en *mis ojos, en mi nariz, en mi lengua* las luces y los perfumes de aquellas salas hoy en día desaparecidas; hace cuatro años, navegando frente a las grutas de Fingal, con mar gruesa, oía un piano en el viento.

Yo, que soy inaccesible para lo sagrado, adoraba la magia; el cine era una apariencia sospechosa que me gustaba perversamente por lo que aún le faltaba. Ese fluir era todo, no era nada, era todo reducido a nada; yo asistía a los delirios de una muralla; a los cuerpos sólidos les habían quitado un aspecto macizo que me estorbaba en mi cuerpo y mi joven idealismo celebraba esta contracción infinita; más adelante, las rotaciones y las traslaciones de los triángulos me recordaron el deslizamiento de las imágenes por la pantalla; me gustó el cine hasta en la geometría plana. Yo hacía del negro y el blanco unos colores eminentes que resumían en ellos a todos los demás y que sólo los revelaban al iniciado; me encantaba ver lo invisible. Por encima de todo me gustaba el incurable mutismo de mis héroes. O más bien, no: no eran mudos, ya que sabían hacerse comprender. Nos comunicábamos por medio de la música; era el ruido de su vida interior. La inocencia perseguida hacía algo mejor que decir o mostrar su dolor, me impregnaba con esta melodía que salía de ella; yo leía las conversaciones, pero oía la esperanza y la amargura, sorprendía por medio del oído el orgulloso dolor que no se declara. Yo estaba comprometido; *yo no era* esa joven viuda que lloraba en la pantalla y, sin embargo, ella y yo teníamos una sola alma: la marcha fúnebre de Chopin; me bastaba para que sus lágrimas mojasen mis ojos. Me sentía profeta sin poder predecir nada: la mala acción del traidor entraba en mí aun antes de que la hubiese cometido; cuando parecía que en el castillo todo

estaba tranquilo, unos acordes siniestros denunciaban la presencia del asesino. Qué felices eran los cow-boys, los mosqueteros, los policías; su porvenir estaba allí, en aquella música premonitoria, y gobernaba su presente. Se confundía con sus vidas, era un canto ininterrumpido que los arrastraba hacia la victoria o hacia la muerte, avanzando hacia su propio fin. A ellos los esperaban: la muchacha que estaba en peligro, el general, el traidor emboscado, el compañero atado a un barril de pólvora y que veía tristemente cómo corría la llama a lo largo de la mecha. La carrera de esta llama, la lucha desesperada de la virgen contra su raptor, el galope del héroe por la estepa, el entrecruzamiento de todas esas imágenes, de todas esas velocidades y, por debajo, el movimiento infernal de la «carrera hacia el abismo» de *La condenación de Fausto,* adaptada para piano, todo eso no formaba nada más que una sola cosa: era el Destino. El héroe se bajaba del caballo, apagaba la mecha, el traidor se arrojaba sobre él, empezaba un duelo a cuchillo, pero las peripecias del duelo participaban también en el rigor del desarrollo musical: eran falsas peripecias que no llegaban a disimular el orden universal. ¡Qué alegría, cuando coincidían la última cuchillada y el último acorde! Me sentía pletórico, había encontrado el mundo en el que yo quería vivir, alcanzaba el absoluto. Qué malestar, también, cuando volvían a encenderse las lámparas: me había desgarrado de amor por aquellos personajes y habían desaparecido, llevándose su mundo; había sentido su victoria en mis huesos y, sin embargo, era la suya y no la mía; en la calle, volvía a ser un supernumerario.

Decidí dejar la palabra y vivir en la música. La ocasión se presentaba todas las tardes hacia las cinco. Mi abuelo daba sus clases en el Instituto de Lenguas Vivas; mi abuela, en su habitación, leía a Gyp; mi madre me había dado la merienda, había preparado la cena y dado los últimos consejos a la muchacha; ella se sentaba al piano y tocaba las Baladas de Chopin, una Sonata de Schumann, las variaciones sinfónicas de Franck

y a veces, a petición mía, la obertura de *Las grutas de Fingal*. Yo me colaba en el despacho; ya estaba oscuro y ardían dos velas en el piano. La penumbra me era útil, cogía la regla de mi abuelo, era mi tizona, y su cortapapeles era mi daga; me convertía en el acto en la imagen plana de un mosquetero. A veces la inspiración se hacía esperar; para ganar tiempo, decidía que, como era un espadachín importante, un asunto no menos importante me obligaba a guardar el incógnito. Tenía que recibir los golpes sin devolverlos y emplear mi valor en fingir la cobardía. Daba vueltas por la habitación, con la mirada torva, la cabeza baja, arrastrando los pies; con un sobresalto que tenía de vez en cuando, hacía ver que me habían pegado una bofetada o que me habían dado un puntapié en el trasero, pero yo no reaccionaba: anotaba el nombre de la persona que me había ofendido. La música, tomada en dosis masivas, actuaba al fin. El piano, como un tambor vudú, me imponía su ritmo. La Fantasía-Impromptu ocupaba el lugar de mi alma, me habitaba, me daba un pasado desconocido, un porvenir fulgurante y mortal; estaba poseído, me había agarrado el demonio y me sacudía como a un ciruelo. ¡A caballo! Era yegua y caballero; montando y montado, atravesaba al galope eriales, barbechos, el despacho, desde la puerta a la ventana. «Haces mucho ruido, se van a quejar los vecinos», decía mi madre sin dejar de tocar. Yo no le respondía, puesto que era mudo. Veo al duque, me bajo del caballo, le comunico por medio de los silenciosos movimientos de mis labios que le tengo por un bastardo. Manda a sus reitres contra mí. Mis molinetes levantan una muralla de acero; de vez en cuando atravieso un pecho. De pronto doy media vuelta, soy el Espadachín herido, caigo, muero en la alfombra. Luego me retiraba suavemente del cadáver, me levantaba, volvía a tomar mi papel de caballero errante. Animaba a todos los personajes: caballero, abofeteaba al duque; giraba sobre mí mismo; duque, recibía la bofetada. Pero no encarnaba a los malos durante mucho tiempo, impaciente siempre de volver al papel principal, a mí mis-

mo. Invencible, triunfaba contra todos. Pero, como hacía con mis relatos nocturnos, dejaba mi triunfo para las calendas por temor al marasmo que sobrevendría después.

Protejo a una joven condesa contra el propio hermano del rey. ¡Qué carnicería! Pero mi madre ha vuelto la hoja. Toca un tierno adagio en lugar del allegro; termino rápidamente la carnicería y sonrío a mi protegida. Me ama; me lo dice la música. Y tal vez la ame yo también; se instala en mí un corazón enamorado y lento. ¿Qué se hace cuando se ama? La cogía del brazo, la llevaba a una pradera, pero eso no podía bastar. Convocados a toda prisa, los truhanes y los reitres me sacaban del apuro: se lanzaban todos contra nosotros, cien contra uno; mataba a noventa, los otros diez raptaban a la condesa.

Es el momento de entrar en mis años sombríos: la mujer que me ama está cautiva, me persiguen todas las policías del reino; fuera de la ley, acosado, miserable, me quedan mi conciencia y mi espada. Andaba por el despacho con aire de abatimiento, me llenaba de la tristeza apasionada de Chopin. A veces hojeaba mi vida, saltaba dos o tres años para estar seguro de que todo había de acabar bien, que me devolverían mis títulos, mis tierras, una novia casi intacta y que el rey me pediría perdón. Pero saltaba hacia atrás en seguida y volvía a establecerme, dos o tres años antes, en la desgracia. Ese momento me encantaba: se confundían la ficción y la verdad; vagabundo desolado en pos de la justicia, me parecía como un hermano al niño desocupado, embarazado consigo mismo, en busca de una razón para vivir, que deambulaba dentro de la música por el despacho de su abuelo. Sin dejar el papel, me aprovechaba del parecido para amalgamar nuestros destinos; como estaba seguro de la victoria final, veía en mis tribulaciones el camino más seguro para llegar a ella; veía a través de mi abyección la gloria futura que era su causa verdadera. La sonata de Schumann acababa de convencerme: yo era la criatura que desespera y el Dios que la ha sal-

vado desde que el mundo es mundo. Qué alegría era poder amargarse de tal manera; tenía el derecho de enojarme con el universo entero. Cansado de éxitos demasiado fáciles, saboreaba las delicias de la melancolía, el áspero placer del resentimiento. Objeto de los más tiernos cuidados, ahíto, sin deseos, me precipitaba a una privación imaginaria; ocho años de felicidad sólo habían terminado por darme el gusto del martirio. Sustituía a mis jueces ordinarios, todos predispuestos en mi favor, por un tribunal ceñudo dispuesto a condenarme sin oírme: yo le arrancaría la absolución, sus felicitaciones, una recompensa ejemplar. Había leído cien veces, en la pasión, la historia de Grisélidis; sin embargo, no me gustaba sufrir y mis primeros deseos fueron crueles: al defensor de tantas princesas no le molestaba azotar mentalmente en el trasero a su vecinita. Lo que me gustaba en este relato poco recomendable era el sadismo de la víctima y la inflexible virtud que acaba por arrojar de rodillas al marido verdugo. Eso es lo que quería para mí: hacer que los magistrados se arrodillasen a la fuerza, obligarles a que me reverenciaran para castigarles por sus prevenciones. Pero siempre aplazaba la absolución al día siguiente: héroe siempre futuro, me moría de ganas de lograr una consagración que siempre dejaba para más adelante.

Esta doble melancolía, sentida e interpretada, creo que traducía mi decepción; mis proezas alineadas, no eran más que un rosario de azares; en cuanto mi madre tocaba los últimos acordes de la Fantasía-Impromptu, yo volvía a caer en el tiempo sin memoria de los huérfanos de padre, de los caballeros errantes privados de huérfanos; héroe o escolar, haciendo y rehaciendo los mismos dictados, las mismas proezas, seguía encerrado en la misma cárcel: la repetición. Sin embargo, existía el porvenir, el cine me lo había revelado: yo soñaba con tener un destino. Los enojos de Grisélidis acabaron por cansarme; por mucho que retrasase indefinidamente el minuto histórico de mi glorificación, no era un verdadero porvenir: sólo era un presente diferido.

Fue por entonces —1912 ó 1913— cuando leí *Miguel Strogoff.* Lloré de alegría: ¡qué vida ejemplar! Para mostrar su valor, este oficial no tuvo que esperar a que tuviesen ganas los bandidos; le había sacado de la oscuridad una orden superior, vivía para obedecerla y moría con su triunfo; pues esa gloria era una muerte: una vez vuelta la última página del libro, Miguel se encerraba vivo en su pequeño ataúd con cantos dorados. Ninguna inquietud: él estaba justificado desde su primera aparición. Ni el menor azar; verdad es que se desplazaba continuamente, pero grandes intereses, su valor, la vigilancia del enemigo, la naturaleza del terreno, los medios de comunicación y otros veinte factores, establecidos todos de antemano, permitían que en todo momento se pudiese señalar su situación en el mapa. Ninguna repetición; todo cambiaba, él tenía que cambiar sin cesar; le iluminaba su porvenir, se guiaba por una estrella. Tres meses después volví a leer esta novela con los mismos transportes; ahora bien, yo no quería a Miguel, le encontraba demasiado bueno: era su destino lo que yo envidiaba. Adoraba en él, oculto, al cristiano que me habían impedido que fuese. El zar de todas las Rusias era Dios Padre; salido de la nada por un decreto singular, Miguel, encargado, como todas las criaturas, de una misión única y capital, atravesaba nuestro valle de lágrimas, descartando las tentaciones y franqueando los obstáculos, probaba el martirio, se beneficiaba de la ayuda sobrenatural[1], glorificaba a su Creador, y luego, al cabo de su misión, entraba en la inmortalidad. Para mí, ese libro fue como un veneno: ¿entonces había elegidos? ¿Les trazaban el camino las más altas exigencias? Me repugnaba la santidad; en Miguel Strogoff me fascinó porque había tomado las apariencias del heroísmo.

Sin embargo, no cambié nada en mis pantomimas y la idea de misión quedó en el aire, como un fantasma inconsistente que no llegaba a tomar cuerpo y del cual no podía deshacerme. Sin duda que mis comparsas, los re-

[1] Salvado por el milagro de una lágrima.

yes de Francia, estaban a mis órdenes y sólo esperaban una señal para darme ellos a su vez las suyas. Yo no se las pedí. Si se arriesga la vida por obediencia, ¿en qué se convierte la generosidad? Marcel Dunot, boxeador con puños de hierro, me sorprendía todas las semanas, haciendo, graciosamente, más de lo que el deber le exigía: Miguel Strogoff, ciego, cubierto de heridas gloriosas, apenas si podía decir que había cumplido con el suyo. Yo admiraba su valor y condenaba su humildad. Ese valiente no tenía nada más que el cielo por encima de su cabeza, entonces, ¿por qué la curvaba ante el zar cuando era el zar quien hubiera debido besarle los pies? Pero, a no ser que uno se rebajase, ¿de dónde podría sacar el mandato de vivir? Esta contradicción me hizo caer en un profundo embarazo. Algunas veces traté de sortear la dificultad: niño desconocido, oía hablar de una misión peligrosa; me arrojaba a los pies del rey, le suplicaba que me la diese. Se negaba: yo era demasiado joven y el asunto demasiado grave. Yo me levantaba, provocaba a duelo y batía rápidamente a todos sus capitanes. El soberano se rendía a la evidencia: «¡Ya que lo quieres, ve!» Pero mi estratagema no me engañaba y me daba cuenta de que me había impuesto. Además, todos aquellos monigotes me desagradaban: yo era *sans-culotte* y regicida, mi abuelo me había prevenido contra los tiranos, ya se llamasen Luis XVI o Badinguet. Sobre todo, leía todos los días en *Le Matin* el folletín de Michel Zévaco; este genial autor había inventado, por influencia de Hugo, la novela de capa y espada republicana. Sus héroes representaban al pueblo; hacían y deshacían imperios, predecían desde el siglo XVI la Revolución Francesa, protegían por pura bondad a los reyes niños o a los reyes locos contra sus ministros, abofeteaban a los reyes malos. El más grande de todos, Pardaillan, era mi maestro; muchas veces, para imitarle, soberbiamente plantado sobre mis patitas de gallito, abofeteé a Enrique III y a Luis XIII. ¿Iba a ponerme a sus órdenes después de eso? En una palabra, no podía ni obtener de mí mismo el mandato imperativo que jus-

tificara mi presencia en la tierra ni reconocer a nadie el derecho de dármelo. Volví a mis cabalgatas, negligentemente, languidecí en la refriega; era un matador distraído, un mártir indolente, y seguí siendo Grisélidis, por no tener un zar, un Dios o simplemente un padre.

Yo llevaba dos vidas y ambas eran falsas. Públicamente, era un impostor, el famoso nieto del célebre Charles Schweitzer; solo, me hundía en un enojo imaginario. Corregía mi falsa gloria con un falso incógnito. No me costaba ningún trabajo pasar de uno a otro papel. Justo en el momento en que iba a dar mi estocada secreta, giraba la llave en la cerradura, las manos de mi madre, súbitamente paralizadas, se inmovilizaban en el teclado, yo dejaba la regla en la biblioteca e iba a arrojarme en brazos de mi abuelo, le adelantaba el sillón, le llevaba las zapatillas forradas, le hacía preguntas sobre lo que había hecho durante el día, llamando a sus alumnos por sus nombres. Nunca me perdí en mis sueños, por muy profundos que fuesen. Sin embargo, yo estaba amenazado: mi verdad corría el grave riesgo de ser para siempre la alternancia de mis mentiras.

Había otra verdad. En las terrazas del Luxemburgo jugaban unos niños, me acercaba a ellos, me rozaban sin verme, los miraba con ojos de pobre: ¡qué fuertes y rápidos eran! ¡Y qué hermosos! Por una palabra, brutalmente pronunciada por el jefe de la banda: «Avanza, Pardaillan, tu harás de prisionero», yo habría abandonado mis privilegios. Hasta un papel mudo me habría colmado; habría aceptado con entusiasmo hacer de herido en una camilla, hacer de muerto. Pero no me dieron la ocasión; había encontrado a mis verdaderos jueces, mis contemporáneos, mis pares, y su indiferencia me condenaba. Me sorprendía descubrirme a través de ellos: ni maravilla ni medusa, un mequetrefe que no interesaba a nadie. Mi madre no lograba ocultar su indignación; a esta alta y hermosa mujer le parecía muy bien mi corta estatura, para ella era de lo más natural: los Schweitzer son altos, los Sartre son bajos, y yo me

parecía a mi padre, eso era todo. A ella le gustaba que, a los ocho años, yo fuese aún portátil y de fácil manejo; mi formato reducido era para ella una primera edad prolongada. Pero, al ver que nadie me invitaba a jugar, llevaba su amor hasta adivinar que yo podía creerme enano —lo que no soy del todo— y sufrir por ello. Para salvarme de la desesperación, fingía la impaciencia: «¿Qué estás esperando, bobo? Pregúntales si quieren jugar contigo». Yo sacudía la cabeza. Podía aceptar las más bajas tareas, pero ponía todo mi orgullo en no solicitarlas. Ella señalaba a las mujeres que hacían punto sentadas en las sillas de hierro. «¿Quieres que hable con sus madres?» Yo le rogaba que no lo hiciera; me cogía de la mano e íbamos de árbol en árbol, de grupo en grupo, siempre implorantes y siempre excluidos. Al llegar el crepúsculo, volvía a encontrar mi alcándara, los altos lugares donde alentaba el espíritu, mis sueños; me vengaba de mis fracasos con seis palabras de niño y la muerte de cien reitres. No importa; las cosas no iban bien.

Me salvó mi abuelo; me lanzó, sin quererlo, a una nueva impostura que cambió mi vida.

II. Escribir

Charles Schweitzer nunca se había tomado por un escritor, pero la lengua francesa le maravillaba aún, a sus setenta años, porque la había aprendido con dificultad y no la poseía del todo; jugaba con ella, le gustaban las palabras, le gustaba también pronunciarlas, y su implacable dicción no perdonaba ni una sílaba; cuando tenía tiempo, su pluma las juntaba en ramilletes. Ilustraba de buena gana los acontecimientos de nuestra familia y de la Universidad con obras de circunstancias: felicitaciones de Año Nuevo, de cumpleaños, parabienes en las comidas de bodas, discursos en verso el día de San Carlomagno, sainetes, charadas, versos de pie forzado, trivialidades amables; en los congresos improvisaba cuartetas, en alemán y en francés.

Al principio del verano, antes de que mi abuelo hubiera terminado el curso, las dos mujeres y yo nos íbamos a Arcachon. Nos escribía tres veces por semana: dos páginas para Louise, un post-scriptum para Anne-Marie, y para mí una carta entera en verso. Para que mi felicidad fuese mayor, mi madre estudió y me enseñó

las reglas de la prosodia. Alguien me sorprendió garabateando una respuesta en verso, me animaron para que terminara, me ayudaron. Cuando las dos mujeres echaron la carta, se reían a más no poder, pensando en el estupor de mi abuelo. Recibí a vuelta de correo un poema a mi gloria; contesté con otro poema. Al convertirse en costumbre, abuelo y nieto estaban unidos con un nuevo lazo; se hablaban, como los indios, como los chulos de Montmartre, en una lengua prohibida para las mujeres. Me dieron un diccionario de rimas y me hice versificador; escribía madrigales para Vevé, una rubita que no dejaba su mecedora y que moriría unos años después. A la niña le tenían sin cuidado: era un ángel; pero me consolaba de esta indiferencia la admiración de un amplio público. He encontrado algunos de estos poemas. Cocteau dijo en 1955 que todos los niños menos Minou Drouet tienen ingenio. En 1912 lo tenían todos menos yo; escribía por imitación, por ritual, por hacerme el mayor; escribía sobre todo porque era el nieto de Charles Schweitzer. Me dieron las fábulas de La Fontaine. No me gustaron: el autor las hacía con excesiva facilidad; yo decidí reescribirlas en alejandrinos. La empresa superó a mis fuerzas y creí notar que hacía sonreír; fue mi última experiencia poética. Pero estaba lanzado; pasé de los versos a la prosa y no me costó ningún trabajo reinventar por escrito las apasionantes aventuras que leía en *Cri-Cri.* Ya era hora: iba a descubrir la inanidad de mis sueños. En mis cabalgatas fantásticas yo quería alcanzar la realidad. Cuando mi madre, sin dejar de mirar la partitura, me preguntaba: «Poulou, ¿qué estás haciendo?», a veces ocurría que rompiese mi voto de silencio y le contestase: «Estoy haciendo cine». En efecto, trataba de arrancar las imágenes de mi cabeza y de *realizarlas* fuera de mí, entre muebles y paredes verdaderos, tan brillantes y visibles como los que chorreaban en la pantalla. En vano, ya no podía ignorar mi doble impostura: fingía ser un actor, que fingía ser un héroe.

Apenas empecé a escribir, solté la pluma con gran júbilo. La impostura era la misma, pero ya he dicho que para mí las palabras eran la quintaesencia de las cosas. Nada me turbaba más que ver cómo mis patas de mosca perdían poco a poco su brillo de fuegos fatuos en la apagada consistencia de la materia. Era la realización de lo imaginario. Un león, un capitán del Segundo Imperio, un beduino, caídos en la trampa del nombramiento, entraban en el comedor; se quedaban allí para siempre, cautivos, incorporados por los signos, creía haber anclado a mis sueños en el mundo con los arañazos de una pluma de acero. Obtuve un cuaderno, un frasco de tinta violeta; escribí en la cubierta: «Cuaderno de novelas». La primera que terminé se llamaba *Para una mariposa.* Un sabio, su hija y un joven explorador atlético suben el curso del Amazonas en busca de una mariposa preciosa. El argumento, los personajes, el detalle de las aventuras e incluso el título estaban tomados de un relato ilustrado aparecido el trimestre anterior. Ese plagio deliberado me liberaba de mis últimas inquietudes: todo era verdad forzosamente, ya que no inventaba nada. No tenía la ambición de que se publicase, pero me las había arreglado para que me lo hubiesen impreso por adelantado y no trazaba ni una línea que no estuviese garantizada por mi modelo. ¿Me tenía por un copista? No. Por un autor original: retocaba, rejuvenecía; por ejemplo, había tenido el cuidado de cambiar los nombres de los personajes. Esas ligeras alteraciones me autorizaban a confundir la memoria y la imaginación. En mi cabeza se formaban unas frases nuevas y totalmente escritas con la implacable seguridad que se otorga a la inspiración. Yo las transcribía, ellas tomaban para mí la densidad de las cosas. Si, como comúnmente se cree, el autor inspirado es en lo más profundo de sí mismo, otro distinto de sí, yo conocí la inspiración entre los siete y los ocho años.

Nunca me engañó esta «escritura automática». Pero el juego me gustaba también por sí mismo; como era hijo único, podía jugar solo. A veces detenía la mano,

fingía que dudaba para sentirme, con la frente ceñuda, con la mirada alucinada, *un escritor*. Por lo demás, por *snobismo* adoraba el plagio, y como veremos, lo llevaba deliberadamente hasta el extremo.

Boussenard y Jules Verne no pierden la menor ocasión de instruir; en los instantes más críticos, cortan el hilo del relato para lanzarse a la descripción de una planta venenosa, de un poblado indígena. Como lector, me saltaba esos pasajes didácticos; como autor, atiborraba de ellos mis novelas; pretendía enseñar a mis contemporáneos todo lo que yo ignoraba: las costumbres de los fueguinos, la flora africana, el clima del desierto. Separados por el capricho de la suerte y luego embarcados sin saberlo en el mismo navío y víctimas del mismo naufragio, el coleccionista de mariposas y su hija se aferraban a la misma boya, levantaban la cabeza, los dos daban un grito: «¡Daisy!», «¡Papá!» Pero, ¡ay!, un tiburón merodeaba en busca de carne fresca, se acercaba, brillaba su vientre entre las olas. ¿Escaparían de la muerte los desgraciados? Iba a buscar el tomo «Pr-Z» del Larousse, lo llevaba penosamente hasta mi pupitre, lo abría en la página correspondiente y copiaba palabra por palabra pasando a la otra línea: «Los tiburones son comunes en el Atlántico tropical. Estos grandes peces marinos muy voraces, alcanzan hasta trece metros y pesan hasta ocho toneladas...» Yo me tomaba el tiempo de transcribir el artículo; me sentía deliciosamente aburrido, tan distinguido como Boussenard y, como aún no había encontrado el medio de salvar a mis héroes, lo planeaba entre exquisitas angustias.

Todo destinaba a esta nueva actividad a no ser más que una imitación más. Mi madre me prodigaba ánimos, metía a los visitantes en el comedor para que sorprendiesen al joven creador en su pupitre escolar; yo hacía como que estaba demasiado absorto para darme cuenta de la presencia de mis admiradores; se iban de puntillas murmurando que yo era monísimo, que era encantador. Mi tío Emile me regaló una máquina de escribir que no utilicé, la señora de Picard me com-

pró un mapamundi para que pudiese seguir sin equivocarme el itinerario de mis *globe-trotters.* Anne-Marie volvió a copiar mi segunda novela, *Le Marchand de bananes* en papel satinado y la hicieron circular. Mamie también me animaba: «Por lo menos —decía— se porta bien, no hace ruido». Afortunadamente la consagración se difirió por el descontento de mi abuelo.

Karl no había admitido nunca lo que él llamaba mis «malas lecturas». Cuando mi madre le anunció que había empezado a escribir, al principio le encantó, esperando, supongo yo, una crónica de nuestra familia con observaciones ingeniosas y con ingenuidades adorables. Cogió el cuaderno, lo hojeó, hizo una mueca y se fue del comedor, molesto por encontrar, escritas por mí, las «tonterías» de mis tebeos favoritos. Después mi obra dejó de interesarle. Mi madre, mortificada, trató de hacerle leer varias veces por sorpresa *Le Marchand de bananes.* Esperaba a que se hubiese puesto las zapatillas y sentado en el sillón: mientras descansaba en silencio, con la mirada fija y dura, con las manos en las rodillas, ella se apoderaba de mi manuscrito, lo hojeaba distraídamente y de pronto, cautivada, se echaba a reír sola. Para terminar, se lo daba a mi abuelo con un impulso irresistible: «¡Léelo, papá! ¡Es *tan* divertido!» Pero él rechazaba el cuaderno con la mano o, si le echaba un vistazo, era para notar, con mal humor, mis faltas de ortografía. A la larga intimidó a mi madre: como no se atrevía a felicitarme y temía apenarme, dejó de leer mis escritos para no tener que hablarme de ellos.

Mis actividades literarias, apenas toleradas, mantenidas en silencio, cayeron en una semiclandestinidad. Sin embargo, yo las proseguí asiduamente: en las horas de recreo, los jueves y los domingos y, cuando tenía la suerte de estar enfermo, en la cama; aún recuerdo las convalecencias felices, con un cuaderno negro de cantos rojos que yo tomaba y dejaba como una tapicería. Hice menos cine: mis novelas me servían para todo. En una palabra, escribí mi propia satisfacción.

Mis intrigas se complicaron, hice que en mis libros entrasen los más diversos episodios, volqué en ellos todas mis lecturas, las buenas y las malas, mezcladas en un batiburrillo. Se notó en los relatos; sin embargo, salieron ganando: hubo que inventar las junturas y, como consecuencia, me volví un poco menos plagiario. Y además me desdoblé. El año anterior, cuando «hacía cine», yo desempeñaba mi propio papel, me lanzaba sin trabas a lo imaginario y más de una vez hasta pensé hundirme en él totalmente. Como autor, el héroe seguía siendo yo, y seguía proyectando en él mis sueños épicos. Sin embargo, éramos dos: él no llevaba mi nombre y yo sólo hablaba de él en tercera persona. En vez de prestarle mis gestos, le hice con palabras un cuerpo que yo pretendía ver. Hubiera podido asustarme esta «distanciación» repentina, pero me encantó; me alegró ser *él* sin que fuese yo del todo. Era mi muñeco, lo doblegaba a mis caprichos, podía ponerlo a prueba, darle un lanzazo en el costado y cuidarle después como me cuidaba mi madre, curarle como ella me curaba. Mis autores favoritos, por un resto de vergüenza, se detenían a mitad de camino de lo sublime. Ni siquiera en Zévaco había un paladín que deshiciese a más de veinte truhanes a la vez. Yo quise radicalizar la novela de aventuras, eché por la borda la verosimilitud, multipliqué a los enemigos, los peligros: el joven explorador de *Para una mariposa* luchó durante tres días y tres noches con los tiburones para salvar a su futuro suegro y a su novia; al final el mar estaba rojo; él mismo, herido, se fugó de un rancho sitiado por los apaches, atravesó el desierto sosteniéndose las tripas con las manos y se negó a que se las cosieran hasta haber hablado con el general. Poco después, bajo el nombre de Goetz von Berlichingen, derrotó a todo un ejército. Uno contra todos: era mi regla; puede buscarse la fuente de este sueño triste y grandioso en el individualismo burgués y puritano que me rodeaba.

Héroe yo, luchaba contra las tiranías; demiurgo, me volví tirano yo mismo, conocí todas las tentaciones del

poder. Yo era inofensivo y me hice malvado. ¿Qué me impedía reventar los ojos de Daisy? Muerto de miedo, me contestaba: nada. Y se los reventaba como habría arrancado las alas a una mosca. Escribí, latiéndome el corazón: «Daisy se pasó la mano por los ojos: se había quedado ciega», y me quedé azorado, con la pluma en el aire; había producido en el absoluto un pequeño acontecimiento que me comprometía deliciosamente. Yo no era verdaderamente sádico; mi alegría perversa se cambiaba en seguida en pánico, yo anulaba todos mis decretos, los llenaba de tachaduras para que se volviesen indescifrables: la muchacha recobraba la vista, o más bien nunca la había perdido. Pero el recuerdo de mis caprichos me atormentaba durante mucho tiempo; me causaba muy serias inquietudes.

El mundo escrito me inquietaba también; a veces, cansado de las dulces matanzas para niños, me dejaba *naufragar, descubría en la angustia* unas posibilidades espantosas, un universo monstruoso que no era más que el reverso de mi omnipotencia; me decía: «¡todo puede ocurrir!», y eso quería decir: «puedo imaginar todo». Tembloroso, siempre a punto de romper la hoja, yo contaba atrocidades sobrenaturales. Cuando, a veces, mi madre leía por encima de mi hombro, lanzaba un grito de gloria y de alarma: «¡Qué imaginación!» Ella se mordía los labios, quería hablar, no encontraba qué decir y se iba bruscamente; su derrota me colmaba de angustia. Pero no se discutía la imaginación; yo no inventaba esos horrores, los encontraba, como lo demás, en mi memoria.

En esa época, Occidente moría de asfixia; es lo que se llamó «la dulzura de vivir». Como no tenía enemigos visibles, la burguesía se daba el gusto de asustarse de su propia sombra; cambiaba su aburrimiento por una inquietud dirigida. Se hablaba de espiritismo, de ectoplasmas; en la calle Le Goff, en el número 2, enfrente de nuestra casa, hacían que girasen las mesas. Eso ocurría en el cuarto piso, «en casa del mago», como decía mi abuela. A veces ella nos llamaba y llegábamos a tiem-

po para ver unos pares de manos en una mesita, pero alguien se acercaba a la ventana y echaba las cortinas. Louise pretendía que ese mago recibía todos los días a unos niños de mi edad, llevados por sus madres, «y lo veo —decía ella—; les hace la imposición de manos». Mi abuelo meneaba la cabeza pero, aunque condenase esas prácticas, no se atrevía a burlarse de ellas; a mi madre le daban miedo y mi abuela, por una vez, parecía más intrigada que escéptica. Al final se ponían de acuerdo: «Sobre todo no hay que ocuparse de eso, ¡es algo que enloquece!» Las historias fantásticas estaban de moda; los periódicos conservadores daban dos o tres por semana a ese público descristianizado que echaba de menos las elegancias de la fe. El narrador contaba con toda objetividad un hecho perturbador; dejaba una posibilidad al positivismo: por extraño que fuese, el suceso debía de tener una explicación racional. El autor buscaba esa explicación, la encontraba, nos la presentaba lealmente. Pero en seguida empleaba su arte para que nos diésemos cuenta de la insuficiencia y ligereza de tal explicación. Nada más: el cuento terminaba con una interrogación. Pero bastaba: el Otro Mundo estaba allí, aun más terrible porque no se lo nombraba.

Cuando yo abría *Le Matin,* me helaba el espanto. Entre todas esas historias, una me llamó la atención. Aún recuerdo su título: «Viento entre los árboles». Una noche de verano, una enferma, sola en el primer piso de una casa de campo, da vueltas y más vueltas en la cama; las ramas de un castaño llegan hasta la ventana abierta. En la planta baja hay varias personas reunidas que hablan y ven cómo la noche cae en el jardín. De pronto, alguien señala el castaño: «Vaya, vaya, parece que hay viento». Se extrañan, salen afuera; no se nota nada; sin embargo, las ramas se agitan. En ese momento, ¡un grito! El marido de la enferma corre por la escalera y encuentra a su joven esposa erguida en la cama, señalando el árbol con el dedo, y cae muerta; el castaño ha encontrado su estupor acostumbrado. ¿Qué es lo que ella ha visto? Del manicomio se ha escapado un loco:

será él, escondido en el árbol, quien haya mostrado su cara gesticulante. Es él, *tiene* que ser él por la única razón de que no hay ninguna otra explicación satisfactoria. Y, sin embargo... ¿Cómo no lo vieron subir? ¿Ni bajar? ¿Cómo no ladraron los perros? ¿Cómo pudieron detenerlo seis horas después, a cien kilómetros de la propiedad? Preguntas sin respuesta. El narrador pasaba a la línea siguiente y concluía negligentemente: «Si tenemos que creer a la gente del pueblo, quien sacudía las ramas del castaño era la muerte». Yo tiré el periódico, golpeé el suelo con el pie, dije en voz alta: «¡No! ¡No!» Me iba a estallar el corazón. Un día en que iba en el tren de Limoges creí que me iba a desmayar mientras hojeaba el almanaque de Hachette. Había visto un grabado que era como para poner los pelos de punta: un muelle a la luz de la luna, una larga pinza rugosa que salía del agua agarraba a un borracho y lo arrastraba al fondo del mar. El grabado ilustraba un texto que leí ávidamente y que terminaba, más o menos, con las siguientes palabras: «¿Era una alucinación de alcohólico? ¿Se había entreabierto el infierno?» Me dieron miedo el agua, los cangrejos, los árboles. Sobre todo me dieron miedo los libros; maldije a los verdugos que poblaban sus relatos con esas figuras atroces. Sin embargo, los imité.

Naturalmente, necesitaba una ocasión. Por ejemplo, al caer la tarde: la sombra invadía el comedor, yo empujaba el pupitre contra la ventana, renacía la angustia; la docilidad de mis héroes, inexorablemente sublimes, desconocidos y rehabilitados, revelaba su inconsistencia; entonces *eso* llegaba: me fascinaba un ser vertiginoso, invisible; para verlo, tenía que describirlo. Terminé rápidamente la aventura en curso, me llevé a los personajes a una parte del globo completamente distinta, en general submarina o subterránea, me apresuré a exponerlos a nuevos peligros: buzos o geólogos improvisados, seguían las huellas del Ser, las seguían y de repente las encontraban. Lo que entonces me venía a la pluma —pulpo con ojos de fuego, crustáceo de veinte

toneladas, araña gigante y que hablaba— era yo mismo, monstruo infantil, era mi aburrimiento de vivir, mi miedo a morir, mi insulsez y mi perversidad. No me reconocía; la criatura inmunda apenas engendrada se alzaba contra mí, contra mis valientes espeleólogos, yo temía por su vida, se me embalaba el corazón, me olvidaba de la mano y trazando palabras creía que las leía. Muchas veces, ahí quedaban las cosas; yo no entregaba los hombres a la Bestia, pero tampoco los sacaba de apuros; en suma, bastaba con que los hubiera puesto en contacto; me levantaba, me iba a la cocina, a la biblioteca; al día siguiente dejaba una o dos páginas en blanco y lanzaba a mis personajes a una nueva empresa. Extrañas «novelas», siempre inconclusas, siempre recomenzadas o continuadas, como se quiera, con otros títulos, revoltijo de cuentos negros y de aventuras blancas, de acontecimientos fantásticos y de artículos de diccionario; las he perdido y a veces me digo que es una lástima: si hubiera pensado en guardarlas con llave, ahora me entregarían toda mi infancia.

Empezaba a descubrirme. Yo no era casi nada; a lo sumo, una actividad sin contenido, pero no hacía falta más. Me escapaba de la comedia; aún no trabajaba, pero ya no jugaba, el mentiroso encontraba su verdad en la elaboración de sus mentiras. Yo he nacido de la escritura; antes de ella, sólo había un juego de espejos; desde que hice mi primera novela supe que en el palacio de los espejos se había introducido un niño. Al escribir, existía, me escapaba de las personas mayores; pero sólo existía para escribir, y si decía «yo», eso significaba: «yo que escribo». No importa: conocí la alegría; el niño público se dio citas privadas.

Era demasiado hermoso para durar: habría seguido siendo sincero si me hubiera mantenido en la clandestinidad; me arrancaron de ella. Llegaba a la edad en la que se conviene que los niños burgueses dan las primeras muestras de su vocación; nos habían hecho saber

desde hacía tiempo que mis primos Schweitzer, de Guérigny, serían ingenieros como su padre. Ya no había ni un minuto que perder. La señora de Picard quiso ser la primera en descubrir la marca que yo llevaba en la frente. «Este pequeño escribirá», dijo con convicción. Louise, irritada, respondió con su sonrisita seca. Blanche Picard se volvió hacia ella y repitió severamente: «¡Escribirá! Está hecho para escribir». Mi madre sabía que Charles no me animaba mucho, temía las complicaciones y me consideró con sus ojos miopes. «¿Le parece, Blanche, le parece?» Pero a la noche, al saltar yo a mi cama, en camisón me apretó los hombros fuertemente y me dijo sonriendo: «Mi hombrecito va a ser escritor.» A mi abuelo le informaron prudentemente, temían un estallido. Se contentó con mover la cabeza y el jueves siguiente oí cómo decía al señor Simonnot que, en el crepúsculo de la vida, nadie asistía sin emoción al despertar de un talento. Siguió ignorando mis garrapateos, pero cuando sus alumnos alemanes iban a cenar a casa, me ponía la mano en la cabeza y repetía, separando las sílabas para no perder una ocasión de enseñarles locuciones francesas con el método directo: «Tiene el bulto de la literatura».

No creía ni una palabra de lo que decía, ¿pero qué importa? El mal ya estaba hecho. Si lo combatían de frente, lo podían agravar: tal vez me obstinase. Karl proclamó mi vocación para tener la posibilidad de desviarme de ella. Era lo contrario de un cínico, pero envejecía; sus entusiasmos le cansaban; en el fondo de su pensamiento, en un frío desierto poco visitado, estoy seguro de que sabía a qué atenerse sobre mí, sobre la familia, sobre él mismo. Un día en que yo leía, echado entre sus pies, en medio de uno de los interminables silencios petrificados que nos imponía, tuvo una idea que hizo que se olvidase de mi presencia; miró a mi madre con reproche: «¿Y si se empeñase en vivir de la pluma?» Mi abuelo apreciaba a Verlaine, de quien tenía una selección de poemas. Pero creía haberlo visto, en 1894, entrando «borracho como un cerdo» en una

taberna de la calle Saint-Jacques; ese encuentro le había llenado de desprecio por los escritores profesionales, taumaturgos risibles que pedían un luis de oro para mostrar la luna y que, por un franco acababan por enseñar el trasero. Mi madre puso cara de susto, pero no contestó, ella sabía que Charles tenía otras aspiraciones para mí. En la mayor parte de los institutos, las cátedras de lengua alemana estaban ocupadas por alsacianos que habían optado por Francia y cuyo patriotismo se había querido recompensar; pero como se encontraban entre dos naciones, entre dos lenguas, habían hecho estudios irregulares y su cultura tenía lagunas; sufrían por ello; se quejaban también de que la hostilidad de sus colegas les tuviera al margen de la comunidad docente. Yo sería su vengador, vengaría a mi abuelo; yo era nieto de alsaciano y al mismo tiempo francés de Francia; Karl me haría adquirir un saber universal, yo seguiría la vía real; con mi persona, la Alsacia mártir entraría en la Escuela Normal Superior, ganaría brillantemente las oposiciones a cátedra y me convertiría en ese príncipe que es un profesor de letras. Una noche anunció que me quería hablar de hombre a hombre; las mujeres se retiraron, me sentó en sus rodillas y me habló gravemente. Desde luego que escribiría, no había ni la menor duda; debía conocerle lo bastante como para no temer que contrariase mis deseos. Pero había que ver las cosas de frente, con lucidez: la literatura no daba de comer. ¿Sabía yo que algunos escritores famosos se habían muerto de hambre? ¿Que otros, para comer, se habían vendido? Si yo quería mantener mi independencia, debía de elegir una segunda profesión. El profesorado dejaba tiempo libre; las preocupaciones de los universitarios convergen con las de los literatos; yo pasaría constantemente de uno a otro sacerdocio; viviría en el comercio de los grandes autores; revelaría sus obras a mis alumnos y al mismo tiempo me inspiraría en ellas. Me distraería de mi soledad provincial componiendo poemas, una traducción de Horacio en versos libres; daría a los periódicos locales breves notas litera-

rias, a la *Revue Pédagogique* un ensayo brillante sobre la enseñanza del griego, otro sobre la psicología de los adolescentes; tras de mí muerte encontrarían trabajos inéditos en mis cajones, una meditación sobre el mar, una comedia en un acto, algunas páginas eruditas y sensibles sobre los monumentos de Aurillac, el material suficiente para hacer un pequeño volumen que se encargarían de publicar mis antiguos alumnos.

Desde hacía algún tiempo, cuando mi abuelo se extasiaba con mis virtudes, yo me sentía de hielo; fingía que escuchaba aún la voz que temblaba de amor al llamarme «regalo del Cielo», pero había acabado por no oírla. ¿Por qué la escuché aquel día, en el momento en que más deliberadamente mentía? ¿Por qué malentendido le hice decir lo contrario de lo que pretendía enseñarme? Es que esa voz había cambiado; se había secado, endurecido, y la tomé por la del ausente que me había dado la vida. Charles tenía dos caras: cuando jugaba al abuelo, yo lo tomaba por un bufón de mi especie y no le respetaba. Pero si hablaba al señor Simonnot, a sus hijos, si en la mesa se hacía servir por las mujeres, señalando, sin decir ni una palabra, la aceitera o el cestillo del pan, entonces admiraba su autoridad. Me impresionaba sobre todo el gesto que hacía con el índice; tenía el cuidado de no extenderlo, de pasearlo vagamente por el aire, medio doblado, para que fuese más impreciso lo señalado y que las dos sirvientas tuviesen que adivinar sus órdenes; a veces, mi abuela, exasperada, se equivocaba y le ofrecía la compotera cuando él había pedido de beber. Yo censuraba a mi abuela y me inclinaba ante esos deseos regios que más querían ser prevenidos que colmados. Si Charles hubiese gritado a lo lejos, abriendo los brazos: «¡Aquí está el nuevo Hugo, el Shakespeare en flor!», yo sería hoy dibujante industrial o profesor de letras. Pero se cuidó muy bien de hacerlo; tuve que habérmelas con el patriarca por primera vez, parecía triste y aún más venerable porque se había olvidado de adorarme. Era Moisés dictando la nueva ley. Mi ley. No había mencionado mi vocación

más que para insistir sobre sus desventajas; deduje de su actitud que me la daba por sentada. Si me hubiera predicho que mojaría el papel con mis lágrimas o que rodaría por la alfombra, mi moderación burguesa se habría espantado. Me convenció de mi vocación al hacerme comprender que esos fastuosos desórdenes no me estaban reservados; para tratar de Aurillac o de pedagogía, desgraciadamente, no eran necesarios ni la fiebre ni el tumulto. Otros se encargarían de lanzar los inmortales sollozos del siglo XX. Yo me resigné a no ser nunca ni rayo ni tempestad, a brillar en la literatura por cualidades domésticas, por mi amabilidad y por mi aplicación. El oficio de escribir se me apareció como una actividad de persona mayor, tan pesadamente seria, tan fútil y, en el fondo, tan desprovista de interés que no dudé ni un instante que me estuviera reservado; me dije a la vez: «No es más que eso» y «tengo condiciones». Confundí, como los quiméricos, el desencanto con la verdad.

Karl me había dado la vuelta como a una piel de conejo: yo había creído que sólo escribía para fijar mis sueños cuando sólo soñaba, si le creía, para ejercitar la pluma; mis angustias y mis pasiones imaginarias no eran más que ardides de mi talento, no tenían más razón de ser que la de hacerme volver cada día al pupitre y darme el tema de narración que convenía a mi edad esperando los grandes dictados de la experiencia y la madurez. Perdí mis fabulosas ilusiones: «Ah —decía mi abuelo—, no basta con tener ojos; hay que aprender a usarlos. ¿Sabes qué hacía Flaubert cuando Maupassant era pequeño? Le instalaba delante de un árbol y le daba dos horas para que lo describiera». Entonces aprendí a ver. Predestinado a ser chantre de los edificios de Aurillac, miraba con melancolía esos otros monumentos: la carpeta, el piano, el reloj, que serían también —¿por qué no?— inmortalizados por mis futuros deberes de castigo. Observé. Era un juego fúnebre y decepcionante: había que plantarse delante del sillón de terciopelo e inspeccionarlo. ¿Qué se podía decir? Pues bien, que

estaba cubierto por una tela verde y burda, que tenía dos brazos, cuatro patas, un respaldo con dos pequeñas piñas de madera en lo alto. De momento eso era todo, pero volvería, lo haría mejor la próxima vez, acabaría por conocerlo de memoria; después lo describiría y dirían los lectores: «¡Qué bien observado está, qué bien visto! ¡Es realmente eso! ¡Son unos rasgos que no se inventan!» Si pintaba objetos verdaderos con palabras verdaderas trazadas por una pluma verdadera, o se metía por en medio el diablo o yo también me volvería verdadero. En una palabra, sabía de una vez por todas lo que había que contestar a los revisores que me pidieran el billete.

Desde luego que apreciaba mi felicidad. Lo malo es que no la gozaba. Estaba titularizado, habían tenido la bondad de darme un porvenir y lo proclamaban encantador, pero, disimuladamente, lo aborrecía. ¿Había pedido yo este cargo de escribano? La relación con los grandes hombres me había convencido de que no se puede ser escritor sin llegar a ser ilustre; pero cuando comparaba la gloria que me correspondía con los pocos opúsculos que dejaría detrás de mí, me sentía mistificado; ¿podía creer realmente que mis sobrinos-nietos me seguirían leyendo y que se entusiasmarían con una obra tan pequeña y con unos temas que me aburrían por adelantado? A veces me decía que me salvaría del olvido gracias a mi «estilo», esa enigmática virtud que mi abuelo negaba a Stendhal y que reconocía a Renan; pero estas palabras desprovistas de sentido no llegaban a tranquilizarme.

Sobre todo, tenía que renunciar a mí mismo. Dos meses antes yo era un espadachín, un atleta; ¡se acabó! Se me obligaba a elegir entre Pierre Corneille y Pardaillan. Descarté a Pardaillan, a quien quería con toda mi alma; opté por Corneille, por humildad. En el Luxemburgo había visto a los héroes correr y luchar; abatido por su belleza, comprendí que yo pertenecía a la especie inferior. Hubo que proclamarlo, envainar la espada, volver al rebaño común, hacer las paces con los

grandes escritores, esos chiflados que no me intimidaban; habían sido unos niños raquíticos, por lo menos en eso me parecía a ellos; se habían vuelto adultos enfermizos, viejos catarrosos, en eso yo me parecería a ellos. Un noble había hecho que pegasen a Voltaire, tal vez me azotase a mí un capitán, antiguo fierabras de los jardines públicos.

Me creí dotado por resignación; en el despacho de Charles Schweitzer, en medio de los libros deslomados, desencuadernados, desparejos, el talento era la cosa menos apreciada del mundo. Es así como, bajo el Antiguo Régimen, muchos segundones, que por nacimiento tenían que dedicarse a la clericatura, se habrían condenado por mandar un batallón. Hay una imagen que durante mucho tiempo resumió para mí los fastos siniestros de la notoriedad: una mesa larga, cubierta por un mantel blanco y con botellones de naranjada y botellas de espumoso encima; yo tomaba una copa, unos hombres de etiqueta que me rodeaban —eran por lo menos quince— brindaban a mi salud, yo adivinaba que detrás de nosotros estaba la polvorienta y desierta inmensidad de una sala de alquiler. Ya se ve que de la vida sólo esperaba que resucitase para mí, con los años, la fiesta anual del Instituto de Lenguas Vivas.

Así se forjó mi destino, en el número uno de la calle Le Goff, en un piso de la quinta planta, debajo de Goethe y de Schiller, encima de Molière, de Racine, de La Fontaine, enfrente de Henri Heine, de Víctor Hugo, durante unas conversaciones recomenzadas cien veces: Karl y yo echábamos a las mujeres, nos abrazábamos, proseguíamos al oído esos diálogos de sordos, de los que cada palabra me dejaba marcado. Con pequeños toques bien colocados, Charles me persuadía de que yo no tenía talento. Y en efecto, no lo tenía, pero ya lo sabía y me tenía sin cuidado; el heroísmo, ausente, imposible, era el único objeto de mi pasión; es la llama de las almas pobres, y mi miseria interior y el sentimiento de gratitud me impedían que renunciase a él del todo. Ya no me atrevía a encantarme con mi gesta fu-

tura, pero en el fondo estaba aterrorizado: habían debido equivocarse o de niño o de vocación. Perdido, por obedecer a Karl acepté la aplicada carrera de un escritor menor. En una palabra, me lanzó a la literatura por el cuidado que puso en separarme de ella; hasta el punto de que aún hoy me ocurre preguntarme, cuando estoy de mal humor, si no he consumido tantos días y tantas noches, llenado tantas hojas de papel con mi tinta, lanzado al mercado tantos libros que nadie deseaba con la única y loca esperanza de gustar a mi abuelo. Sería una farsa: con más de cincuenta años, me encontraría embarcado, para cumplir la voluntad de un hombre muerto hace mucho tiempo, en una empresa que él no dejaría de condenar.

La verdad es que me parezco a Swann curado de su amor y suspirando: «¡Y pensar que he estropeado mi vida por una mujer que no era de mi estilo!» A veces soy grosero en secreto: es una higiene rudimentaria. Ahora bien, el grosero siempre tiene razón, pero sólo hasta cierto punto. Cierto es que no estoy dotado para escribir; me lo han hecho saber, me han tratado de empollón y lo soy; mis libros huelen a sudor y esfuerzo, y admito que apestan para la nariz de nuestros aristócratas; muchas veces los he hecho contra mí, lo que quiere decir contra todos [1], con una contención de espíritu que ha acabado por volverse hipertensión de mis arterias. Me han cosido los mandamientos debajo de la piel; si me paso un día sin escribir, me quema la cicatriz; si escribo con demasiada facilidad, me quema también. Esta ruda exigencia aún me choca hoy por su rigidez, por su torpeza: se parece a esos cangrejos prehistóricos y solemnes que lleva el mar a las playas de Long Island; sobrevive como ellos a unos tiempos muertos. Envidié durante mucho tiempo a los porteros de la calle Lacépède, cuando la noche y el verano les ha-

[1] Sed complacientes con vosotros mismos y los otros complacientes os amarán; desgarrad a vuestro vecino y los otros vecinos reirán. Pero si azotáis a vuestra alma, todas las almas gritarán.

cen salir a las aceras, sentados en sus sillas a horcajadas; sus ojos inocentes veían sin tener la misión de mirar.

Sólo que ocurre que aparte de algunos ancianos que mojan sus plumas en agua de colonia y de algunos pequeños *dandys* que escriben como carniceros, la escritura fácil no existe. Se debe a la naturaleza del Verbo: se habla en la propia lengua y se escribe en lengua extranjera. Concluyo de aquí que en nuestro oficio somos todos iguales: todos presidiarios, todos tatuados. Y además el lector ha comprendido que detesto mi infancia y todo lo que sigue existiendo de ella; la voz de mi abuelo, esa voz grabada que me despierta sobresaltado y que me hace ir a la mesa, es algo que no escucharía si no fuera la mía, si no hubiera tomado por mi cuenta, entre los ocho y los diez años, la arrogancia, el mandato supuestamente imperativo que había recibido con humildad.

> *«Sé muy bien que no soy más que una máquina de hacer libros.»*
>
> (Chateaubriand)

Estuve a punto de renunciar. En los dones que Karl me reconocía, con la boca pequeña, por considerar que negarlos completamente sería una torpeza, yo no veía, en el fondo, más que un azar incapaz de legitimar otro azar: yo mismo. Mi madre tenía una voz hermosa, *luego* cantaba. No por eso dejaba de viajar sin billete. Yo tenía la joroba de la literatura, luego escribiría, explotaría ese filón durante toda mi vida. De acuerdo. Pero el Arte perdía —por lo menos para mí— sus poderes sagrados y yo sería un vagabundo, un poco mejor provisto que lo usual, pero nada más. Para sentirme necesario habría hecho falta que me reclamasen. Mi familia me había mantenido durante algún tiempo en esta ilusión; me habían repetido que yo era un don del Cielo, muy

esperado, indispensable para mi abuelo, para mi madre; yo ya no lo creía, pero había conservado el sentimiento de que se nace superfluo, a menos de que a uno se le eche al mundo especialmente para colmar una espera. Eran tales mi orgullo y mi desamparo por entonces que quería o morir o ser requerido por todo el mundo.

Ya no escribía; las declaraciones de la señora de Picard habían dado tal importancia a los soliloquios de mi pluma que no me atrevía a proseguirlos. Cuando quise reanudar mi novela, y salvar por lo menos a la joven pareja a la que había dejado sin provisiones ni casco colonial en mitad del Sahara, conocí las angustias de la impotencia. En cuanto me sentaba, se me llenaba la cabeza de niebla, me mordía las uñas haciendo muecas: había perdido la inocencia. Me levantaba, daba vueltas por la casa con alma de incendiario; desgraciadamente, nunca prendí el fuego; dócil por condición, por gusto y por costumbre, si más tarde llegué a la rebelión fue por haber llevado la sumisión hasta el extremo. Me compraron un «cuaderno de deberes» forrado con una tela negra y con los cantos rojos; no había ningún signo exterior que lo distinguiese de mi «cuaderno de novelas»; apenas lo miré, se fusionaron mis deberes escolares y mis obligaciones personales, identifiqué al autor con el alumno, al alumno con el futuro profesor y era lo mismo escribir que enseñar gramática. La pluma, socializada, se me cayó de las manos y durante varios meses no volví a cogerla. Mi abuelo sonreía detrás de la barba cuando llevaba mi mal humor hasta su despacho; sin duda se decía que su política estaba dando sus primeros frutos.

Su política fracasó porque ya tenía la cabeza épica. Rota mi espada, caído de nuevo en el estado llano soñé ansiosamente muchas noches que estaba en el Luxemburgo, junto al estanque, frente al Senado; tenía que proteger de un peligro desconocido a una niña rubia que se parecía a Vevé, muerta el año anterior. La pequeña, tranquila y confiada, levantaba hacia mí sus ojos graves; muchas veces ella tenía un aro. El que tenía miedo era

yo, temía abandonarla a unas fuerzas invisibles. Sin embargo, ¡cuánto la quería, y con qué amor desolado! Aún la quiero: la he buscado, perdido, vuelto a encontrar, tenido en mis brazos, perdido de nuevo: es la Epopeya. A los ocho años, en el momento de resignarme, tuve un sobresalto violento: para salvar a esta pequeña muerta me lancé a una operación simple y demente que desvió el curso de mi vida: entregué al escritor los poderes sagrados del héroe.

En un principio hubo un descubrimiento, o más bien una reminiscencia, porque había tenido el presentimiento dos años antes: los grandes autores se parecen a los caballeros errantes en que *tanto unos como otros* suscitan muestras apasionadas de gratitud. Para Pardaillan ya no tenía que hacerse la prueba: las lágrimas de las huérfanas agradecidas habían resquebrajado el dorso de su mano. Pero si creemos al Larousse y las noticias necrológicas que yo leía en los periódicos, el escritor no era menos favorecido: a poco que viviese mucho tiempo invariablemente acababa por recibir una carta de un desconocido que le daba las gracias; a partir de ese momento los mensajes de agradecimiento ya no se detenían, se amontonaban en su mesa, llenaban su casa; los extranjeros llegaban de más allá de los mares para saludarle; sus compatriotas cotizaban, después de su muerte, para erigirle un monumento; unas calles llevaban su nombre en su ciudad natal, y a veces en la capital de su país. Esos honores no me interesaban por sí mismos: me recordaban demasiado la comedia familiar. Sin embargo, hubo un grabado que me conmovió: el célebre novelista Dickens va a desembarcar dentro de unas horas en Nueva York; a lo lejos se ve el barco que lo trae: la multitud se amontona en el muelle para recibirle, abre todas sus bocas y agita mil gorras; es tan densa que se asfixian los niños y, sin embargo, está solitaria, huérfana y viuda, despoblada por la sola ausencia del hombre al que espera. Yo murmuré: «¡Aquí falta alguien: es Dickens!», y se me saltaron las lágrimas. Sin embargo, rechacé estos efectos, fui derecho a su causa:

para ser tan enloquecidamente aclamados, me dije, los hombres de letras tenían que arrostrar los peores peligros y rendir a la humanidad los servicios más eminentes. Yo había asistido una vez a un desencadenamiento de entusiasmo semejante: volaban los sombreros, las mujeres y los hombres gritaban «¡Bravo! ¡Hurra!»: era el 14 de julio y desfilaba la infantería argelina. Este recuerdo acabó de convencerme; a pesar de sus taras físicas, de sus melindres, de su aparente feminidad, mis colegas eran como soldados, arriesgaban la vida como francotiradores en unos combates misteriosos; más aún que su talento, se aplaudía su valor militar. ¡Entonces es verdad!, me dije. ¡Se tiene *necesidad de ellos!* Se les espera en París, en Nueva York, en Moscú, con angustia o con éxtasis, antes de que hayan publicado el primer libro, antes de que hayan empezado a escribir, incluso antes de que hayan nacido.

Pero entonces... ¿yo? ¿Yo, que tenía la misión de escribir? Pues bien, me esperaban. Transformé a Corneille en Pardaillan; conservó las piernas torcidas, el pecho estrecho y la cara de cuaresma, pero le quité su avaricia y su apetito de ganancia; confundí deliberadamente el arte de escribir y la generosidad. Después de lo cual para mí fue un juego convertirme en Corneille y darme este mandato: proteger a la especie. Mi nueva impostura me preparaba un porvenir de lo más curioso; lo gané todo en el acto. Como había nacido mal, ya he dicho los esfuerzos que hice para renacer: las súplicas de la inocencia en peligro me habían suscitado mil veces. Pero era en broma; como era un falso caballero, hacía falsas proezas cuya inconsistencia había acabado por desagradarme. Pero ocurría que me devolvían mis sueños y que éstos se realizaban. Pues mi vocación era real, no podía dudarlo, ya que lo garantizaba el gran sacerdote. Niño imaginario, me convertía en un verdadero paladín cuyas hazañas serían verdaderos libros. ¡Yo era requerido! Se esperaba mi obra, cuyo primer tomo, a pesar de mis esfuerzos, no aparecería antes de 1935. Hacia 1930 la gente empezaría a impacientar-

se, comentaría: «¡Cuánto tarda éste!» «¡Hace veinticinco años que le alimentamos para que no haga nada! ¿Nos vamos a morir sin haberle leído?» Yo les contestaba con mi voz de 1913: «¡Eh, dejadme el tiempo de trabajar!» Pero amablemente; veía que necesitaban —sólo Dios sabe por qué— mi ayuda y que esa necesidad me había engendrado a mí, único medio de satisfacerla. Me dediqué a sorprender en el fondo de mí mismo esta espera universal, mi fuente viva y mi razón de ser; a veces me creía a punto de lograrlo y luego, al cabo de algún tiempo, dejaba todo. No importa: me bastaban esas falsas iluminaciones. Una vez tranquilizado, miraba afuera: tal vez faltase ya en algunos lugares. Pero no, era demasiado pronto. Hermoso objeto como era de un deseo que aún se ignoraba, aceptaba alegremente mantener el *incógnito* por algún tiempo. A veces mi abuela me llevaba a su gabinete de lectura y veía divertido a unas señoras altas, pensativas, insatisfechas, deslizarse de una a otra pared buscando un autor que las saciase: seguía siendo inencontrable porque era yo, aquel niño que estaba entre sus faldas y que ellas ni siquiera miraban.

Me reía maliciosamente, lloraba enternecidamente; me había pasado mi corta vida inventando gustos y teniendo opiniones preconcebidas que se diluían en seguida. Ahora bien, me habían sondeado y la sonda había encontrado la roca; yo era escritor como Charles Schweitzer era abuelo: de nacimiento y para siempre. Sin embargo, ocurría que bajo el entusiasmo apareciese cierta inquietud: yo rehusaba ver un accidente en mi talento, que yo creía avalado por Karl, y me las había arreglado para convertirlo en mandato, pero a falta de estímulos y de un verdadero requerimiento, no podía olvidar que me lo otorgaba yo mismo. Surgido de un mundo antediluviano, en el instante en que yo escapaba a la Naturaleza para llegar, al fin, a ser yo, ese Otro que yo pretendía ser para los demás; miraba a mi Destino de frente y lo reconocía: no era más que mi libertad, erguida ante mí por medio de mí mismo como un

poder extraño. En una palabra, no llegaba a engañarme del todo. Ni a desengañarme tampoco del todo. Oscilaba. Mis vacilaciones resucitaron un viejo problema: ¿cómo unir las certidumbres de Miguel Strogoff con la generosidad de Pardaillan? Yo era caballero, pero nunca había tomado las órdenes del rey; ¿había que aceptar ser autor por orden? El malestar nunca duraba mucho; yo era presa de dos místicas opuestas, pero me las arreglaba muy bien con sus contradicciones. No me venía mal incluso ser a la vez regalo del Cielo e hijo de mis obras. Los días de buen humor, todo provenía de mí, yo me había sacado de la nada por mis propias fuerzas para llevar a los hombres las lecturas que ellos deseaban: niño sumiso, obedecería hasta la muerte, pero a mí. En las horas desoladas, cuando sentía la repugnante insipidez de mi disponibilidad, sólo podía calmarme forzando a la predestinación: convocaba a la especie y le endosaba la responsabilidad de mi vida; yo no era más que el producto de una exigencia colectiva. La mayor parte del tiempo administraba la paz de mi corazón teniendo siempre el cuidado de no excluir del todo ni la libertad que exalta ni la necesidad que justifica.

Pardaillan y Strogoff podían llevarse bien: el peligro estaba en otra parte y se me hizo testigo de una confrontación desagradable, que después me obligó a tomar precauciones. El gran responsable es Zévaco, de quien yo no desconfiaba; ¿quiso molestarme o prevenirme? El hecho es que un buen día, en Madrid, en una *posada* *, cuando sólo tenía ojos para Pardaillan, que descansaba el pobre, tomando una copa de vino bien ganada, este autor atrajo mi atención sobre un consumidor que era nada menos que Cervantes. Se conocen los dos hombres, sienten una estimación recíproca y van a intentar juntos un virtuoso golpe de mano. Y aún peor. Cervantes, feliz, dice a su nuevo amigo que quiere escribir un libro; hasta ese momento el persona-

* En castellano, en el original.

je principal estaba borroso, pero, a Dios gracias, Pardaillan había aparecido y le serviría de modelo. Me embargó la indignación, estuve a punto de arrojar el libro: ¡qué falta de tacto! Yo era escritor-caballero, me cortaban en dos, cada mitad se convertía en un hombre entero, encontraba a la otra y la ponía en duda. Pardaillan no era tonto, pero no habría escrito el *Quijote;* Cervantes se batía bien, pero no había ni que pensar que él solo hiciera huir a veinte reitres. Su amistad subrayaba sus límites. El primero pensaba: «Está un poco flacucho este pedante, pero no deja de ser valiente». Y el segundo: «Caramba, para ser soldado, este hombre no razona demasiado mal». Además, no me gustaba nada que mi héroe sirviera de modelo al Caballero de la Triste Figura. En los tiempos del «cine» me habían regalado un *Don Quijote* expurgado, pero no había leído más de cincuenta páginas; ¡ridiculizaban mis proezas públicamente! Y ahora, el propio Zévaco... ¿En quién confiar? La verdad es que yo era una ribalda, una mujerzuela para la soldadesca: mi corazón, mi cobarde corazón prefería el aventurero al intelectual; me avergonzaba ser sólo Cervantes. Para impedirme la traición hice reinar el terror en mi cabeza y en mi vocabulario, perseguía a la palabra heroísmo y a sus sucedáneos, rechacé a los caballeros errantes, me hablé sin cesar de los hombres de letras, de los peligros que corrían, de su pluma acerada que ensartaba a los malos. Proseguí la lectura de *Pardaillan y Fausta,* de *Los miserables,* de *La leyenda de los siglos,* lloré por Jean Valjean, por Eviradnus, pero una vez cerrado el libro, borraba sus nombres de mi memoria y pasaba lista a mi verdadero regimiento. Silvio Pellico: encarcelado para toda la vida. André Chénier: guillotinado. Etienne Dolet: quemado vivo. Byron: muerto por Grecia. Me dediqué con una pasión fría a transfigurar mi vocación vertiendo en ella mis viejos sueños; nada me hizo retroceder; retorcí las ideas, falseé el sentido de las palabras, me aparté del mundo por temor a los malos encuentros y a las malas comparaciones. A la vacante de mi alma sucedió la mo-

vilización total y permanente: me volví una dictadura militar.

El malestar persistió bajo otra forma: afilé mi talento, nada mejor. Pero ¿para qué serviría? Me necesitaban los hombres, *¿para qué?* Tuve la desgracia de interrogarme sobre mi papel y mi destino. Pregunté: «Finalmente, ¿de qué se trata?», y, de momento, lo creí todo perdido. Se trataba de *nada.* No es héroe quien quiere; no bastan ni el valor ni el don, es necesario que haya hidras y dragones. Y no los veía por ninguna parte. Voltaire y Rousseau habían peleado duramente en su tiempo: es que aún había tiranos. Hugo, desde Guernesey, había fulminado a Badinguet, a quien mi abuelo me había enseñado a detestar. Pero yo no encontraba ningún mérito en proclamar mi odio, porque este emperador se había muerto hacía ya cuarenta años. Charles Schweitzer permanecía mudo ante la historia contemporánea. Partidario de Dreyfus, jamás habló de él. ¡Qué lástima! Con qué entusiasmo habría desempeñado yo el papel de Zola: me maltratan a la salida del Tribunal, me vuelvo en el estribo de mi calesa, les sacudo la badana a los más excitados —no, no, encuentro una palabra terrible que les hace retroceder—. Y naturalmente, *yo* me niego a huir a Inglaterra; desconocido, abandonado, qué delicia es ser de nuevo Grisélidis, andar por París sin dudar un solo momento que me espera el Panteón *.

Mi abuela recibía todos los días *Le Matin* y, si no me equivoco, *l'Excelsior;* me enteré así de la existencia del hampa a la que odié, como le ocurre a toda la gente que es como es debido. Pero esos tigres con cara humana no eran cosa mía; bastaba con el intrépido señor Lépine para dominarlos. Los obreros se enfadaban a veces, los capitales volaban en el acto, pero no supe nada de eso y aún ignoro lo que pensaba mi abuelo. Él cumplía puntualmente con sus deberes de elector, salía rejuvenecido

* En el Panteón sepultan en Francia a los hombres ilustres. *(N. del T.)*

del cuarto oscuro, un poco fatuo y cuando le incomodaban nuestras mujeres diciéndole: «¡Bueno, pero dinos por quién has votado!», contestaba secamente: «¡Eso es cosa de hombres!» Sin embargo, cuando se eligió al nuevo Presidente de la República, nos dio a entender, en un momento de abandono, que deploraba la presentación de la candidatura de Pams. «Es un vendedor de cigarrillos», gritó, enfurecido. Este intelectual pequeño burgués quería que el primer funcionario de Francia fuese uno de sus pares, un pequeño burgués intelectual, Poincaré. Mi madre me asegura hoy que votaba por los radicales y que ella lo sabía muy bien. No me extraña: había elegido el partido de los funcionarios; además, los radicales se sobrevivían ya a ellos mismos: Charles tenía la satisfacción de votar por un partido de orden al dar su voto al partido del movimiento. En resumen, según él, la política francesa no andaba nada mal.

Todo esto me afligía; me había armado para defender a la humanidad contra unos peligros terribles y todo el mundo me aseguraba que aquella se encaminaba tranquilamente hacia la perfección. Abuelo me había educado en el respeto a la democracia burguesa: yo habría desenfundado por ella mi pluma muy gustosamente, pero bajo la presidencia de Fallière votaron los campesinos también: ¿qué más se podía pedir? ¿Y qué hace un republicano si tiene la dicha de vivir en república? No da golpe o enseña el griego y describe los monumentos de Aurillac en sus ratos libres. Yo había vuelto al punto de partida y creía una vez más que me iba a asfixiar en este mundo sin conflictos que reducía al escritor al paro.

Fue Charles también quien me sacó del apuro. Sin darse cuenta, naturalmente. Dos años antes, para abrirme los ojos al humanismo, me había expuesto unas ideas de las que ya no decía nada, por temor a animar mi locura, pero que se habían grabado en mi mente. Recuperaron su virulencia silentemente y, para salvar lo esencial, transformaron poco a poco al escritor-caballero en

escritor-mártir. Ya he dicho cómo este pastor malogrado, fiel a la voluntad de su padre, había guardado lo Divino para verterlo en la Cultura. De esta amalgama había nacido el Espíritu Santo, atributo de la Substancia infinita, patrono de las letras y de las artes, de las lenguas muertas o vivas y del Método Directo, blanca paloma que colmaba a la familia Schweitzer con sus apariciones, revoloteaba el domingo por encima de los órganos, de las orquestas, y se posaba, los días laborables, en el cráneo de mi abuelo. Las viejas palabras de Karl, reunidas, compusieron en mi cabeza un discurso: el mundo era la presa del Mal: una sola salvación posible: morir en sí mismo, en la Tierra, contemplar las imposibles Ideas desde el fondo de un naufragio. Como no podía lograrse sin un enfrentamiento difícil y peligroso, se había confiado la tarea a un cuerpo de especialistas. La intelectualidad tomaba a su cargo a la humanidad y la salvaba por la reversibilidad de los méritos: las fieras de lo temporal, pequeñas y grandes, tenían el tiempo de matarse entre sí o de llevar estúpidamente una existencia sin verdad, ya que los escritores y los artistas meditaban sobre la Belleza y el Bien en su lugar. Sólo hacían falta dos condiciones para arrancar a la especie de la animalidad: que se conservasen en locales vigilados las reliquias —telas, libros, estatuas— de los intelectuales muertos: que quedase uno vivo por lo menos para seguir la labor y fabricar las reliquias futuras.

Puras bobadas que me tragué sin comprenderlas demasiado y aún creía en ellas a los veinte años. Por su causa he tenido durante mucho tiempo a la obra de arte por un acontecimiento metafísico cuyo nacimiento interesaba al universo. Desenterré esta feroz religión y la hice mía para dorar mi poco lustrosa vocación: absorbí rencores y acritudes que no me pertenecían, ni tampoco a mi abuelo; las viejas bilis de Flaubert, de los Goncourt, de Gautier, me envenenaron; su odio abstracto al hombre introducido en mí bajo la máscara del amor, me infectó de nuevas pretensiones. Me volví cátaro, confundí la literatura con la oración, hice de ella

un sacrificio humano. Decidí que mis hermanos me pedían sencillamente, que dedicase mi pluma a su rescate; padecían una insuficiencia de ser que, sin la intercesión de los Santos, les habría destinado permanentemente a la aniquilación; si abría los ojos cada mañana, si al correr a la ventana veía pasar por la calle a unos Señores y a unas Señoras aún vivos, era porque, desde el crepúsculo hasta el alba, un trabajador había luchado en su habitación para escribir una página inmortal que nos suponía la prórroga de un día. Volvería a empezar al caer la tarde, hoy, mañana, hasta morir agotado; yo tomaría el relevo, yo también mantendría a la especie al borde del abismo con mi ofrenda mística, con mi obra; el militar cedía su lugar al sacerdote: Parsifal trágico, yo me ofrecía de víctima expiatoria. El día en que descubrí a Chantecler, se me hizo un nudo en el corazón, un nudo de víboras que me costaría treinta años deshacer: desgarrado, sangrante, apaleado, este gallo encuentra el medio de proteger a todo el gallinero, basta con su canto para derrotar a un gavilán y la multitud abyecta lo incensa después de haberse burlado de él; desaparecido el gavilán, vuelve al combate el poeta, la Belleza le inspira, duplica sus fuerzas, acomete al adversario y lo derriba. Yo lloré; encontraba reunidos en uno a Grisélidis, Corneille y Pardaillan: Chantecler sería yo. Todo me pareció simple: escribir es aumentar con una perla el collar de las Musas, dejar a la posteridad el recuerdo de una vida ejemplar, defender al pueblo contra sí mismo y contra sus enemigos, atraer sobre los hombres la bendición del Cielo por una misa solemne. No se me ocurrió la idea de que se pudiera escribir para ser leído.

Se escribe para sus vecinos o para Dios. Yo tomé el partido de escribir para Dios con la intención de salvar a mis vecinos. No quería lectores, sino agradecidos. El desprecio corrompía a mi generosidad. Ya, en la época en que protegía a las huérfanas, empezaba por quitármelas de encima haciendo que se escondiesen. Como escritor, no cambié; antes de salvar a la humanidad em-

pezaría por vendarle los ojos; sólo entonces me volvería contra los pequeños reitres negros y veloces, contra las palabras; cuando mi nueva huérfana se atreviese a quitarse la venda, yo ya estaría lejos; salvada por una proeza solitaria, ella no se daría cuenta del flamante pequeño volumen que estaría en un estante de la Biblioteca Nacional y que llevaría mi nombre.

Invoco en mi defensa las circunstancias atenuantes. Hay tres. En primer lugar, ponía en tela de juicio mi derecho a vivir, a través de un fantasma límpido. En esta humanidad sin visado que espera el capricho del Artista se habrá reconocido al niño cebado de felicidad que se aburría en su alcándara; acepté el mito odioso del Santo que salva al populacho porque después de todo el populacho era yo; me declaré salvador patentado de las multitudes para salvarme de paso yo también y, como dicen los jesuitas, además.

Y tenía nueve años. Hijo único y sin amigos; no me imaginaba que pudiera terminar mi aislamiento. Hay que reconocer que yo era un autor muy ignorado. Me había puesto a escribir de nuevo. Mis nuevas novelas, como no podía por menos de ser, se parecían a las anteriores línea por línea, pero no se enteraba nadie. Ni siquiera yo, porque me fastidiaba releerme; iba tan rápida la pluma que a menudo me dolía la muñeca; tiraba al suelo los cuadernos llenos, acababa por olvidarlos, desaparecían; no acababa nada por esta razón: ¿para qué contar cómo termina una historia si se ha perdido el comienzo? Además, si Karl se hubiera dignado echar un vistazo a esas páginas, para mí no habría sido *lector,* sino juez supremo, y yo habría temido que me condenase. La escritura, mi trabajo forzado, no llevaba a nada y, por lo mismo, se tomaba a sí misma por fin. Yo escribía por escribir. No lo lamento: si me hubiesen leído, habría tratado de gustar y de volver a ser maravilloso. Clandestino, era verdadero.

Por último, el idealismo del intelectual se fundaba en el realismo del niño. Ya lo he dicho antes; por haber descubierto el mundo a través del lenguaje, durante

mucho tiempo tomé al lenguaje por el mundo. Existir era poseer una marca controlada en alguna parte de las Tablas infinitas del Verbo; escribir era grabar en ellas a seres nuevos o —fue mi más tenaz ilusión— tomar las cosas, vivas, en la trampa de la frase: si yo combinaba ingeniosamente las palabras, el objeto se enredaba en los signos, y quedaba en mi poder. En el Luxemburgo empecé fascinándome con un brillante simulacro de plátano; yo no lo observaba, sino que, por el contrario, confiaba en el vacío, esperaba; al cabo de un rato surgía su verdadero follaje bajo el aspecto de un simple adjetivo o, a veces, de toda una frase: había enriquecido al universo con un tembloroso verdor. Nunca deposité mis hallazgos en el papel; pensaba que se acumulaban en mi memoria. La verdad es que los olvidaba. Pero me daban un presentimiento de mi función futura: yo impondría nombres. En Aurillac, desde hacía varios siglos, unos vanos y confusos montones de blancura exigían contornos fijos, un sentido; yo haría de ellos verdaderos monumentos. Terrorista, yo no apuntaba más que a su ser: lo constituiría por el lenguaje; retórico, sólo me gustaban las palabras: yo erigiría catedrales de palabras bajo el ojo azul de la palabra cielo. Construiría para varios milenios. Cuando cogía un libro, por mucho que lo abriese y lo cerrase veinte veces, veía que no se alteraba. Al deslizarse sobre esa substancia incorruptible que es el *texto,* mi mirada no era más que un minúsculo accidente superficial, no desordenaba nada, no desgastaba en absoluto. Yo, por el contrario, pasivo, efímero, era un mosquito deslumbrado, atravesado por las luces de un faro. Salía del despacho, apagaba; el libro, invisible en las tinieblas, seguía brillando; para él solo. Yo daría a mis libros la violencia de esos chorros de luz corrosivos y más tarde, en las bibliotecas en ruinas, sobrevivirían al hombre.

Me complacía en la oscuridad, deseé prolongarla, hacer de ella un mérito. Envidié a los detenidos célebres que escribieron en los calabozos en papel de estraza. Habían mantenido la obligación de rescatar a sus contem-

poráneos y perdido la de frecuentarlos. Naturalmente, el progreso de las costumbres disminuía mis posibilidades de mostrar mi talento en la reclusión, pero no desesperaba del todo: la Providencia, asombrada por la modestia de mis ambiciones, anhelaría que se realizaran. Mientras tanto, me secuestraba por anticipado.

Mi madre, engañada por mi abuelo, no perdía una ocasión de describirme mis alegrías futuras; para seducirme, ella ponía en mi vida lo que faltaba en la suya: la tranquilidad, el tiempo libre, la concordia; sería un joven profesor, soltero todavía, y una señora de edad me alquilaría una habitación muy cómoda que olería a lavanda y a ropa fresca; iría al colegio en dos zancadas y así volvería: por la noche, me quedaría en el umbral, charlando con la dueña de la casa, que estaría encantada conmigo; además me querría todo el mundo, porque yo sería cortés y bien educado. Yo sólo oía una palabra: tu habitación, olvidaba el colegio, la viuda del oficial superior, el olor de provincia, ya sólo veía un círculo de luz en mi mesa; en el centro de una habitación sumida en la oscuridad, con las cortinas corridas, me inclinaba sobre un cuaderno de tela negra. Mi madre seguía su relato, saltaba diez años: me protegía un inspector general, me recibía la alta sociedad de Aurillac, mi mujer me quería tiernamente, yo le hacía unos hijos sanos, dos hijos y una hija, ella recibía una herencia, yo compraba un terreno junto a la ciudad, edificábamos y la familia entera iba todos los domingos a inspeccionar las obras. Yo no escuchaba durante esos diez años, no había abandonado mi mesa; bajo, bigotudo como mi padre, encaramado sobre un montón de diccionarios, mi bigote encanecía, mi muñeca seguía moviéndose, los cuadernos caían al suelo uno tras otro. La humanidad dormía, era de noche, mi mujer y mis hijos dormían, a menos que estuviesen muertos, mi huéspeda también dormía; el sueño me había abolido en todas las memorias. Qué soledad: dos mil millones de hombres a lo largo y yo, por encima de ellos, como único vigía.

El Espíritu Santo me miraba. Precisamente acababa de tomar la decisión de abandonar a los hombres y subir al Cielo; a mí sólo me quedaba el tiempo de ofrecerme, le enseñaba las llagas de mi alma, las lágrimas que empapaban el papel, él leía por encima de mi hombro y su cólera desaparecía. ¿Se había apaciguado por la profundidad de los sufrimientos o por la magnificencia de la obra? Yo me decía que por la obra; y a hurtadillas añadía que por los sufrimientos. Claro está que el Espíritu Santo sólo apreciaba los escritos *verdaderamente* artísticos, pero yo había leído a Musset, sabía que «los cantos más hermosos son los más desesperados» y había decidido captar a la Belleza con una desesperación que fuera una trampa. La palabra genio siempre me había parecido sospechosa; llegué a tenerle realmente asco. Si yo tuviera el don, ¿dónde estaría la angustia, la prueba, la tentación frustrada o el mérito? Soportaba mal tener un cuerpo y la misma cara siempre, no me dejaría encerrar todo el tiempo en el mismo equipo. Aceptaba mi designación a condición de que no se apoyase en nada, que brillase gratuitamente en el vacío absoluto. Sostenía conciliábulos con el Espíritu Santo. «Escribirás», me decía. Y yo me retorcía las manos: «Señor, ¿qué tengo yo para que me hayas elegido?». «Nada de particular». «Entonces, ¿por qué yo?». «Sin ninguna razón». «¿Tengo al menos alguna facilidad de pluma?». «Ninguna. ¿Crees acaso que las grandes obras nacen de las plumas fáciles?». «Señor, si soy tan nulo, ¿cómo podría hacer un libro?». «Aplicándote». «Entonces, ¿cualquiera puede escribir?». «Cualquiera, pero te he elegido a ti». Este truco me resultaba muy cómodo; me permitía proclamar mi insignificancia y al mismo tiempo venerar en mí al autor de futuras obras maestras. Yo estaba elegido, señalado, pero no tenía talento, todo llegaría por mi paciencia sin fin y mis sufrimientos; me negaba toda singularidad: los rasgos de carácter embarazan; yo no era fiel a nada, excepto al compromiso regio que me conducía a la gloria por el suplicio. Pero había que encontrar los suplicios: era el único problema,

pero parecía insoluble, porque me habían privado de la esperanza de vivir miserablemente. Oscuro o famoso, yo cobraría del presupuesto de la Enseñanza y nunca pasaría hambre. Me prometí unas penas de amor atroces, aunque sin entusiasmo, porque detestaba a los amantes traspasados; Cyrano me escandalizaba, era un falso Pardaillan que se volvía tonto con las mujeres: el verdadero arrastraba a todos los corazones detrás de él sin ni siquiera darse cuenta; aunque es justo reconocer que la muerte de Violetta, su amante, le había deshecho el corazón para siempre. Una viudez, una llaga incurable: por la causa de una mujer, pero no por su culpa; eso me permitiría rechazar las insinuaciones de todas las demás. A profundizar. Pero de todas formas, aun admitiendo que mi joven mujer aurillaciense desapareciese a causa de un accidente, esa desgracia no bastaría para elegirme; era a la vez fortuito y demasiado común. Mi furia superó todos los obstáculos; algunos autores, burlados, maltratados, se habían estancado en el oprobio y en la noche hasta exhalar el último aliento, y la gloria sólo había coronado a sus cadáveres. Esto es lo que yo sería. Escribiría concienzudamente sobre Aurillac y sobre sus estatuas. Incapaz de odiar, no trataría más que de reconciliar y servir. Sin embargo, mi primer libro provocaría un escándalo en cuanto apareciera, yo sería un enemigo público; los periódicos de Auvergne me insultarían, los comerciantes se negarían a despacharme, unos exaltados tirarían piedras contra mis ventanas; tendría que huir para escapar al linchamiento. Aterrado al principio, pasaría meses enteros imbecilizado, repitiendo constantemente: «¡Sólo es un malentendido, hombre! Si todo el mundo es bueno...» Y, en efecto, sólo sería un malentendido, pero el Espíritu Santo no permitiría que se disipase. Yo me curaría; un día me sentaría ante mi mesa y empezaría un nuevo libro, sobre el mar o sobre la montaña. Éste no encontraría editor. Perseguido, disfrazado, tal vez proscrito, haría más, muchos más, traduciría a Horacio en verso, expondría ideas modestas y razonables sobre la pedagogía. Pero no habría nada que

hacer: mis cuadernos se amontonarían en un baúl, inéditos.

La historia tenía dos conclusiones; según el humor que tuviera, elegía una u otra. En mis días malhumorados, me veía morir en una cama de hierro, odiado por todos, desesperado, justo en el momento en que la Gloria embocaba su trompeta. Otras veces me concedía un poco de felicidad. A los cincuenta años, escribía mi nombre en un manuscrito para probar una pluma nueva, pero el manuscrito se perdía poco después. Lo encontraba alguien, en un granero, en el arroyo, en una alacena de la casa que acababa de dejar, y lo leía, lo llevaba, conmovido, a Arthème Fayard, el célebre editor de Michel Zévaco. Era el triunfo: diez mil ejemplares vendidos en dos días. ¡Cuántos remordimientos en los corazones! Cien reporteros se lanzaban en mi búsqueda, pero no me encontraban. Recluido, ignoraba durante mucho tiempo ese cambio de opinión. Un día, por fin, entro en un café para protegerme de la lluvia, cojo un periódico abandonado y ¿qué veo?: «Jean-Paul Sartre, el escritor oculto, el chantre de Aurillac, el poeta del mar». En la página tres, a seis columnas, con letras mayúsculas. Exulto. No, me siento voluptuosamente melancólico. De todas formas, vuelvo a casa y, con la ayuda de mi huéspeda, cierro y ato el baúl de los cuadernos y lo mando a Arthème Fayard, sin darle mi dirección. Me interrumpía en ese momento del relato para lanzarme a unas combinaciones deliciosas: si enviaba el paquete desde la ciudad donde vivía, los periodistas encontrarían mi refugio en seguida. Entonces me llevaba el baúl a París y hacía que lo llevase un recadero a la editorial; antes de tomar el tren, regresaba a los lugares donde había transcurrido mi infancia: calle Le Goff, calle Soufflot, Luxemburgo. Me atraía el Balzar; recordaba que mi abuelo —muerto después— me había llevado allí algunas veces, en 1913; nos sentábamos uno junto al otro, nos miraba todo el mundo con aire de connivencia, él pedía un jarro de cerveza y, para mí, una caña; yo me sentía querido. Cincuentón y nostálgico, yo empujaba la puer-

ta de la cervecería y pedía una caña. En la mesa de al lado unas mujeres jóvenes y hermosas hablaban con viveza, pronunciaban mi nombre. «¡Ah! —decía una de ellas—, puede ser que sea viejo, que sea feo, pero qué importa: yo daría treinta años de mi vida por casarme con él». Yo le dirigía una mirada triste y orgullosa, ella me contestaba con una sonrisa de extrañeza, yo me levantaba, me iba.

Pasé mucho tiempo arreglando con esmero este episodio y cien más de que hago gracia al lector. Pueden reconocerse en él, proyectadas en un mundo futuro, mi misma infancia, los inventos de mis seis años, los enfados de mis paladines desconocidos. A los nueve años seguía enfadándome, cosa que me gustaba mucho; por enfado, yo mantenía, mártir inexorable, un malentendido que parecía cansar hasta al Espíritu Santo. ¿Por qué no decir mi nombre a esa deliciosa admiradora? «¡Ah!, me decía ella, llega demasiado tarde». «¿Pero puesto que de todos modos me acepta?». «Es que soy demasiado pobre». «¡Demasiado pobre! ¿Y los derechos de autor?». Esta objeción no me detenía: había escrito a Fayard que distribuyera entre los pobres el dinero que me correspondía. Sin embargo, había que terminar; pues bien, me apagaba en mi habitación, abandonado por todos pero sereno; misión cumplida.

Me llama la atención algo en este relato mil veces repetido: el día en que veo mi nombre en un periódico, se rompe un resorte, estoy terminado; gozo tristemente de mi renombre, pero ya no escribo más. Los dos desenlaces se confunden en uno: el apetito de escribir encierra una negativa a vivir, ya sea muriendo para nacer a la gloria, ya sea llegando la gloria primero pero matándome. Por aquel tiempo me había conmovido una anécdota leída no sé dónde: era en el siglo pasado; en una estación siberiana, un escritor anda de un lado para otro mientras espera el tren. En el horizonte, ni una casa, ni un ser vivo. Al escritor le cuesta trabajo sostener su gruesa cabeza melancólica. Es miope, soltero, grosero, está siempre furioso, se aburre, piensa en su prós-

tata, en sus dientes. Surge una joven condesa, en su coche, por la carretera paralela a las vías del tren: salta del coche, corre hacia el viajero, a quien nunca ha visto, pero al que cree reconocer por un daguerrotipo que le han mostrado; la condesa se inclina, le coge la mano derecha y se la besa. La historia se detenía ahí y no sé qué es lo que quería darnos a entender. A los nueve años me maravillaba que ese autor refunfuñón encontrara lectoras en la estepa y que una mujer tan hermosa le recordara la gloria que tenía olvidada: era nacer. Mas en el fondo, era morir; yo lo sentía, lo quería así; un plebeyo vivo no podía recibir de una aristócrata semejante testimonio de admiración. La condesa parecía decirle: «Si he podido llegar hasta usted y tocarle, es que ya ni siquiera hace falta mantener la superioridad del rango; no me importa lo que usted piense de mi gesto, ya no le tengo por un hombre, sino por el símbolo de su obra». Muerto por un besamanos, a mil verstas de San Petersburgo, a los cincuenta años de su nacimiento, un viajero ardía, su gloria le consumía y no dejaba de él, con letras de llamas, más que el catálogo de sus obras. Yo veía a la condesa subiéndose al coche, desapareciendo, y a la estepa cayendo de nuevo en la soledad; en el crepúsculo, el tren pasaba de largo por la estación para recuperar el tiempo perdido; yo sentía, en el hueco de los riñones, el estremecimiento del miedo, recordaba *Viento entre los árboles* y me decía: «La condesa era la muerte». Ella vendría: un día, en un camino desierto, me besaría los dedos.

La muerte era mi vértigo porque no me gustaba vivir; es lo que explica el terror que me inspiraba. Al identificarla con la gloria, hice de ella mi destino. Quise morir; a veces el horror congelaba mi impaciencia, aunque nunca por mucho tiempo; volvía a renacer mi santa alegría, yo esperaba el instante fulgurante en que ardería hasta los huesos. Nuestras intenciones profundas son proyectos y fugas inseparablemente ligados; veo que la loca empresa de escribir para que se me perdonase la existencia, a pesar de las fanfarronadas y de las menti-

ras, tenía alguna realidad; la prueba de ello es que cincuenta años después sigo escribiendo. Pero si me remonto a los orígenes, veo una fuga por delante, un suicidio a lo Gribouille *. Sí, más que la epopeya, más que el martirio, era la muerte lo que yo buscaba. Temí durante mucho tiempo terminar como había empezado, en cualquier lugar, de cualquier modo, y que esa vaga defunción no fuese más que el reflejo de mi vago nacimiento. Mi vocación lo cambió todo: los mandobles desaparecen pero los escritos quedan; descubrí que en las Bellas Letras el Donante puede transformarse en su propia Donación, es decir, en objeto puro. El azar me había hecho hombre, la generosidad me haría libro; podría fundir a mi parlanchina, a mi conciencia, en letras de bronce, sustituir los ruidos de mi vida por inscripciones imborrables, mi carne por un estilo, las blandas espirales del tiempo por la eternidad, aparecer al Espíritu Santo como un precipitado del lenguaje, volverme una obsesión para la especie, ser *otro* finalmente, ser otro distinto de mí, otro distinto de los otros, otro distinto de todo. Empezaría por darme un cuerpo inquebrantable y después me entregaría a los consumidores. No escribiría por el placer de escribir, sino para tallar a ese cuerpo de gloria en las palabras. Considerándolo desde lo alto de mi tumba, mi nacimiento se me apareció como un mal necesario, como una encarnación completamente provisional que preparaba mi transfiguración; para renacer había que escribir, para escribir hacía falta un cerebro, ojos, brazos; una vez terminado el trabajo, esos órganos se reabsorberían solos; en los alrededores de 1955 estallaría una larva, se escaparían veinticinco mariposas in-folio batiendo todas sus páginas para ir a posarse en un estante de la Biblioteca Nacional. Esas mariposas no serían nada más que yo. Yo: veinticinco tomos, dieciocho mil páginas de texto, trescientos grabados y entre ellos el retrato del autor. Mis huesos son de cuero y de car-

---

* Nombre popular, similar al de Abundio, en España, con que se designa al tonto o ingenuo.

tón, mi carne apergaminada huele a cola y a moho, me contoneo muy a gusto a través de sesenta kilos de papel. Renazco, por fin llego a ser todo un hombre, pensante, hablante, cantante, estruendoso, que se afirma con la inercia perentoria de la materia. Me toman, me abren, me extienden en la mesa, me alisan con la palma de la mano y a veces me hacen crujir. Yo me dejo y de pronto fulguro, deslumbro, me impongo a distancia, mis poderes atraviesan el espacio y el tiempo, fulminan a los malos, protegen a los buenos. Nadie puede olvidarme ni silenciarme; soy un gran fetiche, manejable y terrible. Mi conciencia está hecha migas; mejor. Me han tomado a su cargo otras conciencias. Se *me* lee, salto a la vista; *me* hablan, estoy en todas las bocas, lengua universal y singular; me convierto en curiosidad prospectiva en millones de miradas; para el que sabe quererme, soy su inquietud más íntima, pero si quieren tocarme, me borro y desaparezco; no existo en ninguna parte, ¡*soy*, por fin!, estoy en todas partes; parásito de la humanidad, mis servicios la corroen y la obligan incesantemente a resucitar mi ausencia.

Este juego de manos tuvo éxito; envolví a la muerte en el sudario de la gloria, ya sólo pensé en ésta, nunca en aquélla, sin darme cuenta de que las dos eran la misma. En el momento en que escribo estas líneas sé que, años más o menos, ya he cumplido mi tiempo. Ahora bien, me represento claramente, sin mucha alegría, la vejez que se anuncia y mi futura decrepitud, y la muerte de los que amo; mi muerte, jamás. Me ocurre a veces dar a entender a mis íntimos —algunos de los cuales tienen diez, veinte, treinta años menos que yo— cuánto sentiré sobrevivirles; se burlan de mí, y me río con ellos, pero nada lo consigue ni lo conseguirá; a los nueve años una operación me privó de los medios de sentir cierto patetismo propio de nuestra condición, según se dice. Diez años después, en la Escuela Normal, ese patetismo despertaba y sobresaltaba con espanto o con rabia, a algunos de mis mejores amigos; yo roncaba como un campanero. Después de una grave enfer-

medad, uno de ellos nos aseguró que había conocido las angustias de la agonía, incluso la del último suspiro; el más obeso era Nizan: a veces, en estado de vela, se veía cadáver; se levantaba, con los ojos llenos de gusanos, cogía a tientas su sombrero y desaparecía; lo encontrábamos dos días después, borracho, con unos desconocidos: A veces, en la habitación de un hotelucho, esos condenados se contaban las noches que habían pasado en vela, sus experiencias anticipadas de la nada; se entendían con medias palabras. Yo los escuchaba, les quería lo bastante para desear apasionadamente parecerme a ellos, pero por mucho que hiciese, no asía ni retenía más que lugares comunes de entierro: se vive, se muere, no se sabe ni quién vive ni quién muere; aún se está vivo una hora antes de la muerte. Yo no dudaba de que en sus palabras hubiese un sentido que se me escapaba, me callaba, celoso, exiliado. Al final, se volvían contra mí, irritados de antemano: «¿A ti eso te deja frío?» Yo abría los brazos en señal de impotencia y de humildad. Se reían de rabia, deslumbrados por la evidencia fulminante que no lograban comunicarme: «¿No te has dicho nunca al dormirte que había gente que se moría mientras estaba durmiendo? ¿No has pensado nunca, al limpiarte los dientes: esta vez ya está, es mi último día? ¿No has sentido nunca que había que ir rápido, rápido, rápido y que faltaba el tiempo? ¿Te crees inmortal?» Yo contestaba mitad por desafío y mitad por excitación: «Eso es, me creo inmortal». Nada más falso: yo me había prevenido contra las muertes accidentales y nada más; el Espíritu Santo me había encargado una obra de largo aliento y tenía que dejarme el tiempo de realizarla. Muerte de honor, era mi muerte la que me protegía contra los descarrilamientos, las congestiones, la peritonitis: ella y yo teníamos una fecha fijada; si yo me presentaba a la cita demasiado pronto, no la encontraría; me reprochaban mis amigos que no pensase en ella: ignoraban que no dejaba de vivirla ni un minuto.

Hoy les doy la razón: ellos habían aceptado todo de nuestra condición, incluso la inquietud; yo había elegido

tranquilizarme; y la verdad es que en el fondo me creía inmortal: me había matado por adelantado porque sólo los difuntos gozan de la inmortalidad. Nizan y Maheu sabían que serían objeto de una agresión salvaje, que los arrancarían del mundo vivos, llenos de sangre. Yo me mentía. Para quitar su barbarie a la muerte, había hecho de ella mi fin y de mi vida el único medio conocido de morir; yo iba lentamente hacia mi fin, sin más esperanza ni deseos que los necesarios para llenar mis libros, seguro de que el último impulso de mi corazón se inscribiría en la última página del último tomo de mis obras y que la muerte sólo se llevaría a un muerto. Nizan, a los veinte años, miraba a las mujeres y a los coches, a todos los bienes de este mundo, con una precipitación desesperada: había que verlo todo, había que tomarlo todo en seguida. Yo también miraba, pero con más celo que avidez; yo no estaba en la tierra para gozar, sino para hacer un balance. Era demasiado cómodo; por timidez de niño excesivamente bueno, por cobardía, había reculado ante los riesgos de una existencia abierta, libre y sin garantía providencial, me había persuadido de que todo estaba escrito por adelantado, y aún más, concluido.

Evidentemente, esta operación fraudulenta me evitaba la tentación de quererme. Cada uno de mis amigos, amenazado de abolición, se parapetaba en el presente, descubría la irremplazable calidad de su vida mortal y se juzgaba conmovedor, precioso, único; cada uno se complacía consigo mismo; yo, el muerto, no me complacía, me encontraba muy ordinario, más aburrido que el gran Corneille y mi singularidad de sujeto no ofrecía para mí más interés que preparar el momento que me cambiaría en objeto. ¿Era yo más modesto? No, sino más astuto: encargaba a mis descendientes que me quisiesen en mi lugar; algún día yo ejercería una seducción, un no sé qué, sobre hombres y mujeres que aún no habían nacido, les haría felices. Pero mi malicia y mi disimulo iban aun más allá: volvía en secreto, y para salvarla, a esa vida que me parecía fastidiosa y de la que

yo no había sabido hacer otra cosa que el instrumento de mi muerte; la miraba a través de los ojos futuros y me parecía una historia conmovedora y maravillosa que yo había vivido para todos, que, gracias a mí, nadie tendría que revivir y que bastaría con contarla. Puse en ello un auténtico frenesí: elegí como porvenir un pasado de muerto y traté de vivir al revés. Entre los nueve y los diez años llegué a ser totalmente póstumo.

La culpa no es del todo mía: mi abuelo me había educado en la ilusión retrospectiva. Por lo demás, tampoco él tiene la culpa y estoy muy lejos de guardarle rencor: ese espejismo nace espontáneamente de la cultura. Cuando han desaparecido los testigos, la muerte de un gran hombre deja de ser para siempre un rayo, el tiempo la convierte en un rasgo de carácter. Un viejo difunto está muerto por constitución, lo está igual, ni más ni menos, en el bautizo que en la extremaunción, su vida nos pertenece, entramos en ella por una punta, por la otra, por en medio, descendemos o remontamos su curso a voluntad; es que ha saltado el orden cronológico, imposible restituirlo; ese personaje no corre ya ningún riesgo ni siquiera espera que los cosquilleos de su nariz acaben en un estornudo. Su existencia ofrece las apariencias de un desarrollo, pero en cuanto se le quiere dar un poco de vida, recae en la simultaneidad. Por mucho que uno quiera ponerse en lugar del desaparecido, fingir que comparte sus pasiones, sus ignorancias, sus prejuicios, resucitar resistencias abolidas, una pizca de impaciencia o de aprensión, no podrá dejar de apreciar su conducta a la luz de resultados que no eran previsibles y de informaciones que él no poseía, ni de dar una particular solemnidad a unos acontecimientos cuyos efectos los marcaron más tarde pero que él vivió con negligencia. Ése es el espejismo: el porvenir más real que el presente. No es sorprendente: en una vida terminada es el fin lo que se tiene por la verdad del comienzo. El difunto queda a mitad de camino entre el ser y el valor, entre el hecho bruto y la reconstrucción; su historia se vuelve una especie de esencia circular que se

resume en cada uno de sus momentos. En los salones de Arras, un joven abogado frío y melindroso lleva la cabeza bajo el brazo porque es el difunto Robespierre; esa cabeza gotea sangre pero no mancha la alfombra; ni un solo invitado se da cuenta, pero nosotros no podemos ver otra cosa; faltan cinco años para que haya caído al cesto y, sin embargo, ahí está, cortada, diciendo madrigales a pesar de su mandíbula colgante. Reconocido el error de óptica, no molesta; hay medios para corregirlo; pero los letrados de la época lo ocultaban, alimentando así su idealismo. Insinuaban que cuando quiere nacer un gran pensamiento, éste requisa en el vientre de una mujer al gran hombre que lo sostendrá; elige su condición, su medio, dosifica exactamente la inteligencia y la incomprensión de sus parientes, regula su educación, lo somete a las pruebas necesarias, le compone por toques sucesivos un carácter inestable cuyos desequilibrios gobierna hasta que estalla el objeto de tantos cuidados, pariéndolo. Esto no estaba declarado en ninguna parte; pero todo sugería que el encadenamiento de las causas cubre un orden inverso y secreto.

Yo utilicé este espejismo con entusiasmo para acabar de garantizar mi destino. Tomé el tiempo, lo invertí y todo se aclaró. Todo empezó con un librito azul oscuro con guarniciones de oro un poco oscurecidas, cuyas espesas hojas olían a cadáver y que tenía por título *L'Enfance des hommes illustres;* una etiqueta demostraba que lo había recibido mi tío Georges en 1885 como segundo premio de aritmética. Yo lo había descubierto en los tiempos de mis viajes excéntricos, lo había hojeado y lo había dejado, molesto, porque aquellos jóvenes elegidos no se parecían en nada a los niños prodigios; a mí sólo se me parecían por la insulsez de sus virtudes y yo me preguntaba por qué se hablaba de ellos. Finalmente el libro desapareció; había decidido castigarlo escondiéndolo. Un año después revolví todos los estantes buscándolo; yo había cambiado, el niño prodigio se había convertido en gran hombre presa de la infancia. ¡Qué sorpresa!: también el libro había cambiado. Eran las

mismas palabras, pero me hablaban de mí. Yo presentí que esta obra me iba a perder, la detesté, me dio miedo. Cada día, antes de abrirlo, me sentaba junto a la ventana: en caso de peligro haría que me entrase por los ojos la verdadera luz del sol. Hoy me hacen reír los que deploran la influencia de Fantomas o de André Gide; ¿acaso puede creerse que los niños no eligen ellos mismos sus venenos? Yo me tragué el mío con la ansiosa austeridad de los drogados. Sin embargo, parecía de lo más inofensivo. Se animaba a los jóvenes lectores: la bondad y la piedad filial llevan a todo, incluso a convertirse en Rembrandt o en Mozart; se trazaban en unas narraciones breves las ocupaciones ordinarias de niños no menos ordinarios, pero sensibles y piadosos que se llamaban Jean-Sébastien, Jean-Jacques o Jean-Baptiste y que constituían la felicidad de sus familias como yo de la mía. Pero aquí está el veneno: sin pronunciar nunca el nombre de Rousseau, de Bach o de Molière, el autor se las ingeniaba para deslizar en todas partes alusiones a su futura grandeza, a recordar descuidadamente, por un detalle, sus obras o sus acciones más famosas, armando tan bien sus relatos que no podría comprenderse el incidente más trivial sin referirlo a acontecimientos posteriores; en el tumulto cotidiano hacía descender un gran silencio fabuloso que transfiguraba todo: el provenir. Un tal Sanzio se moría de ganas de ver al Papa, y se las arreglaba tan bien que le llevaron a la plaza pública un día en que pasaba por allí el Santo Padre; el niño palidecía, abría mucho los ojos, le decían por fin: «¿Creo que estarás contento, Raffaello? ¿Le has visto bien a nuestro Santo Padre?» Pero él contestaba, huraño: «¿Qué Santo Padre? ¡Yo sólo he visto colores!» Otro día, el pequeño Miguel, que quería seguir la carrera de las armas, sentado bajo un árbol, se deleitaba con una novela de caballería, cuando de pronto le hizo sobresaltarse un entrechocar de hierros viejos; era un viejo loco de la vecindad, un noble arruinado que caracoleaba en un jamelgo y apuntaba con su lanza herrumbrosa a un molino. Durante la cena, Miguel contaba el incidente con unos ges-

tos tan divertidos que hizo reír mucho a todos; pero más tarde, solo en su habitación, tiró la novela al suelo, la pisoteó y lloró mucho.

Estos niños vivían en el error; creían que actuaban y hablaban por azar cuando sus menores palabras tenían como auténtico fin anunciar su Destino. El autor y yo cambiábamos sonrisas enternecidas por encima de sus cabezas. Yo leía la vida de esos falsos mediocres como la había concebido Dios: empezando por el fin. Al principio estaba contentísimo: eran mis hermanos y su gloria sería la mía. Y después todo cambiaba: me encontraba a otro lado de la página, *en el libro;* la infancia de Jean-Paul se parecía a las de Jean-Jacques y Jean-Sébastien y no le ocurría nada que no fuese ampliamente premonitorio. Sólo que esta vez el autor hacía guiños de ojo a mis sobrinos-nietos. A mí me veían, desde mi infancia hasta mi muerte, esos niños futuros que yo no podía imaginar y yo no paraba de enviarles mensajes indescifrables para mí. Me estremecía, transido por mi muerte, verdadero sentido de todos mis gestos, desposeído de mí mismo, y trataba de volver a atravesar la página en sentido contrario para encontrarme de nuevo del lado de los lectores, levantaba la cabeza, pedía socorro a la luz; ahora bien, *también eso* era un mensaje; esa inquietud repentina, esa duda, ese movimiento de los ojos y del cuello, ¿cómo los interpretarían en 2013, cuando tuvieran las dos llaves que habían de abrirme: la obra y la muerte? No pude salir del libro: había terminado su lectura hacía tiempo, pero quedé siendo uno de sus personajes. Yo me espiaba: una hora antes había estado charlando con mi madre: ¿qué era lo que yo había anunciado? Recordaba algunas de mis palabras, me las repetí en voz alta, pero no logré nada. Las frases se deslizaban impenetrables; mi voz resonaba en mis propios oídos como una extraña, un ángel fullero me robaba los pensamientos hasta en mi cabeza y ese ángel no era más que un rubito del siglo XXX, que estaba sentado junto a la ventana y me observaba a través de un libro. Sentí con amor y horror cómo me clavaba su mirada a

mi milenario. Hice trampas por él: fabriqué frases con doble sentido que soltaba ante la gente. Anne-Marie me encontraba en mi pupitre, escribiendo, y me decía: «Está muy oscuro, ¡vas a quedarte ciego!» Era lo ocasión de contestar inocentemente: «Podría escribir aun en la oscuridad.» Ella se reía, me llamaba tontuelo, encendía la luz y ya estaba hecha la trampa; ignorábamos los dos que acababa de informar al año tres mil sobre mi futura ceguera. En efecto, al final de mi vida, aún más ciego que sordo era Beethoven, escribiría a tientas mi última obra; se encontraría el manuscrito entre mis papeles, la gente diría, descepcionada: «¡Pero es ilegible!» Hasta se hablaría de tirarlo a la basura. Al final, lo reclamaría por pura piedad la Biblioteca Municipal de Aurillac, y allí quedaría durante cien años, olvidado. Y luego, un día, unos jóvenes eruditos, por amor a mí tratarían de descifrarlo; no les bastaría toda su vida para reconstituir lo que, naturalmente, sería mi obra maestra. Mi madre había salido de la habitación, yo estaba solo, repetía para mí, lentamente, sin pensarlo sobre todo: «¡En la oscuridad!». Se oía un ruido, era mi sobrino-biznieto que cerraba su libro, allá arriba; pensaba en la infancia de su tío-bisabuelo y le corrían las lágrimas por las mejillas: «Es verdad —suspiraba—, ¡lo escribió en las tinieblas!»

Yo me exhibía ante niños que tenían que nacer y que se me parecían en todos los detalles; me arrancaba lágrimas evocando las que les haría verter. Veía mi muerte con sus ojos; había muerto, mi muerte era mi verdad: me convertí en mi noticia necrológica.

Tras haber leído lo que precede, un amigo me miró con aire inquieto: «Estaba usted —me dijo— más loco de lo que me imaginaba.» ¿Loco? No sé muy bien. Mi delirio era indudablemente forzado. Para mí la cuestión principal sería más bien la de la sinceridad. A los nueve años estaba más acá de ella; después me fui mucho más allá.

Al principio yo era sano como una manzana: un pequeño tramposo que sabía detenerse a tiempo. Pero me

apliqué; hasta en el bluf seguía siendo un empollón; hoy tengo aún mis bufonerías por ejercicios espirituales, y mi insinceridad por la caricatura de una sinceridad total que me rozaba sin cesar y se me escapaba. Yo no había *elegido* mi vocación; me la habían impuesto otros. De hecho no había habido nada: palabras en el aire, lanzadas por una vieja y el maquiavelismo de Charles. Pero bastaba que yo estuviese convencido. Las personas mayores, establecidas en mi alma, señalaban mi estrella con el dedo; yo no lo veía, pero veía el dedo, creía en ellas, que pretendían creer en mí. Ellas me habían enseñado la existencia de los grandes muertos —uno de ellos futuro— Napoleón, Temístocles, Felipe-Augusto, Jean-Paul Sartre. Yo no lo dudaba: hubiera sido dudar de ellas. Al último, sencillamente, me hubiera gustado encontrármelo cara a cara. Yo me embobaba, me contorsionaba para provocar la intuición que me hubiera colmado, era como una mujer fría cuyas convulsiones solicitan y después tratan de sustituir al orgasmo. ¿Se la llamará simuladora o tan sólo demasiado aplicada? De todas formas, yo no obtenía nada, estaba siempre antes o después de la imposible visión que me habría descubierto a mí mismo y al final de mis ejercicios me encontraba dudoso y sin haber ganado nada, excepto algunos enervamientos. Fundado en el principio de autoridad y en la innegable bondad de las personas mayores, nada podía confirmar mi mandato: fuera de alcance, sellado, seguía en mí pero me pertenecía tan poco que, aunque fuese un instante, jamás había podido ponerlo en duda; era incapaz de disolverlo y de asimilarlo.

La fe nunca es entera por profunda que sea. Hay que sostenerla sin cesar o al menos hay que impedir que se arruine. Yo estaba predestinado, era ilustre, *tenía* mi tumba en el Père-Lachaise y tal vez en el Panteón, mi avenida en París, mis plazas y mis jardines en provincias, en el extranjero: sin embargo, en el seno del optimismo, invisible, innominado, mantenía la sospecha de mi inconsistencia. En Sainte-Anne, un enfermo gritaba desde su cama: «¡Soy príncipe! ¡Que detengan al Gran Duque!»

Se acercaban a él, le decían al oído: «¿Suénate la nariz!», y se sonaba; le preguntaban: «¿Qué oficio tienes?», y contestaba en voz baja: «Zapatero», y después se ponía a gritar otra vez. Nos parecemos todos a ese hombre, creo yo; por lo menos yo me parecía a él en los comienzos de mi noveno año; era príncipe y zapatero.

Dos años después me habrían dado por curado; el príncipe había desaparecido, el zapatero no creía en nada y yo ni siquiera escribía ya; arrojados a la basura, extraviados o quemados, los cuadernos de las novelas habían dejado su lugar a los de análisis lógico, dictado y cálculo. Si alguien se hubiera metido en mi cabeza, abierta a todos los vientos, habría encontrado algunos bustos, una tabla de multiplicar aberrante y la regla de tres, treinta y dos departamentos con las cabezas de partido pero sin las subprefecturas, una rosa llamada rosarosarosamorosaoerosaerosa, monumentos históricos y literarios, algunas máximas de urbanidad grabadas en estelas y a veces, como chal de bruma arrastrándose por ese triste jardín, un sueño sádico. De huérfanas, nada. De esforzados guerreros, ni la menor huella. Las palabras héroe, mártir y santo no estaban inscritas en ninguna parte, ni repetidas por ninguna voz. El ex Pardaillan recibía todos los trimestres unas notas satisfactorias: niño de inteligencia media y de mucha moral, poco dotado para las ciencias exactas, imaginativo pero no demasiado, sensible: normalidad perfecta a pesar de cierto amaneramiento cada vez más reducido. En suma, buena salud. Y sin embargo, me había vuelto loco del todo. Dos acontecimientos, uno público y otro privado, me habían birlado la poca razón que me quedaba.

El primero fue una verdadera sorpresa: en el mes de julio de 1914, aún había algunos malos; pero el 2 de agosto, bruscamente, la virtud tomó el poder y reinó: todos los franceses se volvieron buenos. Los enemigos de mi abuelo le abrazaban, unos editores se enrolaron, la gente sin importancia profetizaba: nuestros amigos recogían las grandes frases simples de su portero, del cartero, del fontanero, y nos las contaban y todo el mundo

se entusiasmaba, excepto mi abuela, que decididamente era sospechosa. Yo estaba encantado: Francia me ofrecía una comedia, yo interpreté la comedia para Francia. Sin embargo, la guerra me aburrió pronto: afectaba tan poco a mi vida que sin duda la hubiera olvidado; pero me desagradó cuando me di cuenta de que arruinaba mis lecturas. Mis publicaciones preferidas desaparecieron de los quioscos: Arnould Galopin, Jo Valle, Jean de la Hire abandonaron a sus héroes familiares, esos adolescentes, mis hermanos, que daban la vuelta al mundo en biplano, en hidroavión y que luchaban en número de dos o tres contra cien; las novelas colonialistas de la preguerra dejaron el lugar a las novelas guerreras pobladas de grumetes, de jóvenes alsacianos y de huérfanos, mascotas de regimiento. Yo odiaba a esos recién llegados. Tenía a los pequeños aventureros de la jungla por niños prodigios porque mataban a los indígenas, que después de todo son adultos; como yo también era un niño prodigio, me reconocía en ellos. Pero con estos niños soldados, todo ocurría al margen de ellos. Vaciló el heroísmo individual: contra los salvajes estaba sostenido por la superioridad del armamento; pero ¿qué hacer contra los cañones de los alemanes? Hacían falta otros cañones, artilleros, un ejército. Entre los valientes soldados que le acariciaban la cabeza y que le protegían, el niño prodigio volvía a caer en la infancia; yo caía con él. De vez en cuando, el autor, por lástima, me encargaba llevar un mensaje, me capturaban los alemanes, les decía unas cuantas frases orgullosas y luego me evadía, volvía a nuestras líneas y cumplía con mi misión. Naturalmente, me felicitaban, pero sin mostrar mucho entusiasmo; yo no encontraba en los ojos paternales del general la mirada de agradecimiento de las viudas y de los huérfanos. Yo había perdido la iniciativa: se ganaban las batallas y se ganaría la guerra sin mí; las personas mayores recuperaban el monopolio del heroísmo, yo podía, sí, recoger el fusil de un muerto y disparar unos cuantos tiros, pero Arnould Galopin y Jean de la Hire jamás me permitieron cargar a la bayoneta. Aprendiz de héroe, yo

esperaba con impaciencia la edad necesaria para enrolarme. O más bien no, era la mascota de la tropa el que esperaba, era el huérfano de Alsacia. Me separaba de ellos, cerraba el libro. Escribir sería un largo trabajo ingrato, lo sabía, tendría toda la paciencia necesaria. Pero la lectura era una fiesta: quería todas las glorias en seguida. ¿Y qué porvenir se me ofrecía? ¿Soldado? ¡Vaya cosa! Aislado, el soldado no cuenta más que un niño. Se lanzaba al asalto con los demás, pero el que ganaba la batalla era el regimiento. No me interesaba participar en victorias comunitarias. Cuando Arnould Galopin quería distinguir a un soldado, lo mejor que se le ocurría era mandarlo a auxiliar a un capitán herido. Esa oscura abnegación me molestaba; el esclavo salvaba al amo. Y además era una proeza momentánea; en tiempos de guerra el valor es la cosa más compartida; con un poco de suerte, cualquier soldado habría hecho lo mismo. Yo estaba furioso; lo que prefería del heroísmo de antes de la guerra era su soledad y su gratuidad: dejaba tras mí las pálidas virtudes cotidianas, inventaba al hombre yo solo, por generosidad; *Le Tour du Monde en Hydravion, Les Aventures d'un gamin de Paris, Les Trois Boy-scouts* eran textos sagrados que me guiaban por el camino de la muerte y la resurrección. Y de pronto sus autores me habían traicionado; habían puesto el heroísmo al alcance de cualquiera; el valor y el don de sí se volvían virtudes cotidianas; aún peor, se les degradaba al rango de los deberes más elementales. El cambio del decorado correspondía a la metamorfosis: el gran sol único y la luz individualista del Ecuador habían sido reemplazados por las brumas colectivas de la Argonne.

Tras una interrupción de varios meses, resolví tomar de nuevo la pluma para escribir una novela como me dictaba el corazón y dar una buena lección a esos Señores. Era en octubre de 1914 y no nos habíamos ido todavía de Arcachon. Mi madre me compró unos cuadernos todos iguales; en la tapa malva había una figura de Juana de Arco con casco, signo de los tiempos. Bajo

los auspicios de la Doncella, empecé la historia del soldado Perrin, que raptaba al Kaiser, y se lo llevaba amarrado hasta nuestras líneas; luego, ante el regimiento reunido, le provocaba a un combate singular, le vencía y, poniéndole la punta del cuchillo en la garganta, le obligaba a firmar una paz infamante y a devolvernos Alsacia-Lorena. Al cabo de una semana me harté de mi relato. Había tomado la idea del duelo de las novelas de capa y espada: Stoerte-Becker, hijo de familia acomodada y proscrito, entraba en una taberna de bandidos; insultado por un hércules, el jefe de la banda, le mataba a puñetazos, ocupaba su lugar y salía, como jefe de los truhanes, justo a tiempo para embarcar a sus tropas en un barco pirata. Leyes inmutables y estrictas regían la ceremonia: necesario era que el campeón del Mal pasase por invencible y que el del Bien se batiese bajo los abucheos hasta que su inesperada victoria helase de espanto a sus detractores. Pero yo, con mi inexperiencia, había infringido todas las reglas y hecho lo contrario de lo que deseaba: el Kaiser, por robusto que fuese, no tenía un brazo muy fuerte; se sabía de antemano que Perrin, magnífico atleta, le haría papilla. Además, el público le era hostil, nuestros soldados le expresaban el odio que sentían por él; por una inversión que me dejó estupefacto, Guillermo II, criminal pero solo, cubierto de insultos y de escupitajos, usurpó ante mis ojos el robusto desamparo de mis héroes.

Y aún peor. Hasta entonces, nada había confirmado ni desmentido lo que Louise llamaba mis «elucubraciones»: África era vasta, lejana, poco poblada, faltaban las informaciones, nadie podía probar que no estuviesen allí mis exploradores, que no disparasen contra los pigmeos justo en el momento en que yo contaba su combate. No llegaba hasta el punto de tomarme por su historiógrafo, pero me habían hablado tanto de la realidad de las obras novelescas que pensaba decir la verdad a través de mis fábulas, de una manera que aún se me escapaba pero que saltaría a la vista de mis futuros lectores. Ahora bien, en ese desdichado mes de octubre

asistí, impotente, al choque de la ficción y de la realidad: el Kaiser nacido de mi pluma, vencido, ordenaba el alto del fuego; era *preciso,* pues, en buena lógica, que ese otoño viese el retorno de la paz; pero los periódicos y los adultos repetían precisamente a todas horas que nos instalábamos en la guerra y que iba a durar. Yo me sentí engañado; yo era un impostor, contaba bobadas que nadie querría creer; en una palabra descubrí la imaginación. Me releí por primera vez en mi vida. Avergonzado. ¿Era yo, *yo* quien se había complacido con esos fantasmas pueriles? Poco faltó para que renunciase a la literatura. Al final, me llevé el cuaderno a la playa y lo enterré en la arena. Se me pasó el malestar; recuperé la confianza: no había duda de que estaba predestinado: lo que ocurría era, sencillamente, que las Bellas Letras tenían un secreto, que algún día me revelarían. Entre tanto, la edad me imponía una reserva extrema. No volví a escribir.

Regresamos a París. Yo abandoné para siempre a Arnould Galopin y a Jean de la Hire: no podía perdonar a esos oportunistas que hubiesen tenido razón a mis expensas. Me disgustó la guerra, epopeya de la mediocridad; agriado, deserté de mi época y me refugié en el pasado. Unos meses antes, a fin de 1913, había descubierto a *Nick Carter, Buffalo Bill, Texas Jack, Sitting Bull;* estas publicaciones desaparecieron en cuanto empezaron las hostilidades: mi abuelo pretendía que el editor era alemán. Afortunadamente, casi todas las entregas aparecidas se encontraban en los puestos de reventa de los muelles. Y arrastré a mi madre hasta las orillas del Sena, nos pusimos a registrar los cajones uno por uno desde la estación de Orsay hasta la de Austerlitz; algunas veces conseguimos quince fascículos a la vez; llegué muy pronto a tener quinientos. Los colocaba en pilas regulares; no me cansaba de contarlos, de pronunciar en voz alta sus títulos misteriosos: *Un crime en ballon, Le Pacte avec le Diable, Les Esclaves du Baron Moutoushimi, La Résurrection de Dazaar.* Me gustaba que estuviesen amarillentos, manchados, endurecidos con

un extraño olor a hojas muertas: *eran* hojas muertas, ruinas, ya que la guerra había detenido todo; yo sabía que nunca conocería la última aventura del hombre de la luenga cabellera, que ignoraría siempre la última investigación del rey de los detectives; esos héroes solitarios eran, como yo, víctimas del conflicto mundial y por eso los quería aún más. Para delirar de alegría me bastaba con contemplar los grabados en colores que adornaban las portadas. Buffalo Bill, a caballo, galopaba por la pradera, unas veces persiguiendo a los indios y otras huyendo de ellos. Prefería las ilustraciones de Nick Carter. Pueden parecer monótonas: en casi todas el gran detective tira a alguien de un puñetazo, o le tiran a él. Pero esas peleas tenían lugar en las calles de Manhattan, en los solares, rodeados por empalizadas oscuras o por frágiles edificios cúbicos con color de sangre seca; me fascinaba, imaginaba una ciudad puritana y sangrienta devorada por el espacio y disimulando apenas la sabana sobre la cual estaba construida: en un sitio así estaban fuera de la ley el crimen y la virtud; el asesino y el justiciero, uno y otro libres y soberanos, se las entendían a navajazos por la noche. En esta ciudad, como en África, bajo el mismo sol de fuego, el heroísmo volvía a ser una perpetua improvisación; de ahí proviene mi pasión por Nueva York.

Olvidé al mismo tiempo la guerra y mi mandato. Cuando me preguntaban: «¿Qué harás cuando seas mayor?», yo contestaba amablemente, modestamente, que escribiría, pero había abandonado mis sueños de gloria y los ejercicios espirituales. Tal vez gracias a esto fueran aquellos años los más felices de mi infancia. Mi madre y yo teníamos la mismo edad y no nos dejábamos. Ella me llamaba su caballero, su hombrecito; yo le decía todo. Más que todo: la escritura, metida dentro, se me volvió cháchara y volvió a salir por mi boca; describía lo que veía, lo que Anne-Marie veía tan bien como yo, las casas, los árboles, la gente; me otorgaba sentimientos por la satisfacción de comunicárselos, me volví un transformador de energía: el mundo me usaba para vol-

verse palabra. Esto empezaba como una charla anónima en mi cabeza; alguien decía: «Ando, me siento, bebo un vaso de agua, como una almendra garrapiñada». Yo repetía en alta voz este comentario perpetuo: «Ando, mamá, bebo un vaso de agua, me siento». Creí tener dos voces, una de las cuales —que apenas me pertenecía y no dependía de mi voluntad— dictaba a la otra lo que tenía que decir; decidí que yo era doble. Estas ligeras confusiones persistieron hasta el verano; me agotaban, me irritaban y llegaron a asustarme. «En mi cabeza hay alguien que habla», dije a mi madre, que, por suerte, no se preocupó.

Eso no estropeaba ni mi felicidad ni nuestra unión. Tuvimos nuestros mitos, nuestros tics de lenguaje, nuestras bromas rituales. Durante casi un año terminé por lo menos una de cada diez frases con estas palabras pronunciadas con una resignación irónica: «Pero no importa». Decía: «Ahí va un perrazo blanco. No es blanco, es gris, pero no importa». Tomamos la costumbre de contarnos los incidentes menudos de nuestra vida con un estilo épico a medida que se iban produciendo; hablábamos de nosotros en la tercera persona del plural. Esperábamos el autobús, pasaba delante de nosotros sin detenerse; uno de nosotros decía entonces: «Dieron una patada en el suelo maldiciendo al cielo», y nos echábamos a reír. Cuando había gente delante, teníamos nuestras connivencia; nos bastaba con un guiño. En un almacén, en un salón de té, la vendedora nos parecía cómica; mi madre me decía al salir: «No te he mirado porque me daba miedo echarme a reír en sus narices». Y yo me sentía orgulloso de mi poder; no hay tantos niños capaces de hacer soltar el trapo a su madre con una sola mirada. Éramos tímidos y teníamos miedo juntos; un día, en los muelles, había descubierto doce números de Buffalo Bill que no tenía aún; mi madre iba a pagarlos cuando se acercó un hombre, gordo y pálido, con unos ojos muy negros, bigotes engomados, sombrero de paja y ese aspecto comestible que procuraban tener las bellezas masculinas de la época. Miraba fijamen-

te a mi madre, pero se dirigió a mí: «Cómo te miman, pequeño, cómo te miman», repetía precipitadamente. Primero no hice más que ofenderme: no se me tuteaba tan rápido; pero comprendí su mirada maníaca y Anne-Marie y yo no fuimos más que una muchacha asustada que salta hacia atrás. El hombre, desconcertado, se alejó; he olvidado miles de rostros pero aún recuerdo esa cara de manteca; yo ignoraba todo de la carne y no imaginaba lo que ese hombre quería de nosotros, pero es tal la evidencia del deseo que me parecía comprender, y que, en cierta forma, todo me había sido desvelado. Había sentido ese deseo a través de Anne-Marie; a través de ella aprendía a husmear al macho, a temerle, a odiarlo. Este incidente reforzó nuestros lazos; yo trotaba, con un gesto duro, de la mano de mi madre, y estaba seguro de que la protegía. ¿Es el recuerdo de aquellos años? Aún hoy me gusta ver a un niño excesivamente serio que habla con su madre-niña gravemente, tiernamente; me gustan esas dulces amistades salvajes que nacen lejos de los hombres y contra ellos. Contemplo largamente a esas parejas pueriles y después recuerdo que soy un hombre y vuelvo la cabeza.

El segundo acontecimiento se produjo en octubre de 1915. Yo tenía diez años y tres meses, y ya no podían tenerme más tiempo bajo secuestro. Charles Schweitzer se guardó sus rencores y me inscribió en el Liceo Henri IV en calidad de alumno externo.

En la primera composición, fui el último. Joven feudal, para mí la enseñanza era un lazo personal: la señorita Marie-Louise me había dado su saber por amor, yo lo había recibido por bondad, por amor a ella. Me desconcertaron esos cursos *ex cathedra* que se dirigían a todos, la frialdad democrática de la ley. Sometido a continuas comparaciones, mis superioridades soñadas se desvanecieron: siempre había alguien que contestase mejor y más rápido que yo. Demasiado querido para ponerme en tela de juicio, yo admiraba de buena gana a mis compañeros y no los envidiaba; ya me llegaría el turno. A los cincuenta años. En una suma, me perdía sin

sufrir; embargado por la turbación del mal discípulo, entregaba con mucho celo unos deberes execrables. Mi abuelo empezaba a fruncir el entrecejo; mi madre se apresuró a pedir una cita al señor Ollivier, mi principal profesor. Nos recibió en su pequeño departamento de soltero; mi madre había adoptado su voz cantarina; yo estaba de pie junto a su sillón y le escuchaba mientras miraba al sol a través del polvo de los cristales de la ventana. Ella trató de probar que yo valía más que mis deberes: había aprendido a leer solo, escribía novelas; a falta de más argumentos reveló que había nacido de diez meses: más hecho que los demás, más dorado, más churruscado por haberme estado más tiempo en el horno. El señor Ollivier, más sensible a sus encantos que a mis méritos, la escuchaba atentamente. Era un hombre alto, descarnado, calvo, todo cabeza, con ojos hundidos, tez de cera y algunos pelos rojos bajo su arqueada nariz. Se negó a darme clases particulares, pero prometió «seguirme». Yo no pedía nada mejor; acechaba su mirada durante las clases, estaba seguro de que sólo hablaba para mí; creí que me quería, yo le quería a él y algunas palabras amables lograron el resto; me volví buen alumno sin mucho esfuerzo. Mi abuelo razonaba cuando leía las notas trimestrales, pero ya no pensaba retirarme del colegio. En segundo, tuve otro profesor, perdí el trato de favor, pero ya me había acostumbrado a la democracia.

Los trabajos escolares no me dejaban tiempo para escribir; mis nuevas amistades me quitaron hasta las ganas de hacerlo. ¡Por fin tenía camaradas! Me habían adoptado desde el primer día, a mí, el excluido de los jardines públicos, y de la manera más natural del mundo; no cabía en mí de gozo. A decir verdad, me parecía que mis amigos estaban más cerca de mí que los jóvenes Pardaillanes que me habían roto el corazón; eran externos, hijos de mamá, alumnos aplicados. No importa; yo exultaba. Tuve dos vidas. En casa seguía remedando al hombre. Pero entre ellos, los niños detestan el infantilismo; son hombres de verdad. Hombre entre

hombres, yo salía todos los días del colegio en compañía de los tres Malaquin, Jean, René, André, de Paul y de Norbert Meyre, de Brun, de Max Bercot, de Grégoire, corríamos gritando por la plaza del Panteón, era un momento de grave felicidad; me lavaba de la comedia familiar; lejos de querer brillar, me reía como un eco, repetía las consignas y las palabras chistosas, me callaba, obedecía, imitaba los gestos de mis vecinos, no tenía más que una pasión: integrarme. Seco, duro y alegre, me sentía de acero, liberado por fin del pecado de existir; jugábamos a la pelota entre el Hôtel des Grands Hommes y la estatua de Jean-Jacques Rousseau; yo era indispensable, *the right man in the right place.* Ya no envidiaba nada al señor Simonnot; ¿a quién habría hecho su pase Meyre, tras haber regateado a Grégoire, si no hubiera estado *yo, presente aquí, ahora?* Qué insípidos y lúgubres parecían mis sueños de gloria al lado de esas intuiciones fulgurantes que me descubrían mi necesidad.

Desgraciadamente tardaban menos en apagarse que en encenderse. Nuestros juegos nos «sobreexcitaban», como decían nuestras madres, y a veces transformaban nuestros grupos en una pequeña multitud unánime que me tragaba; pero nunca pudimos olvidar mucho rato a nuestros padres, cuya invisible presencia nos hacía recaer en seguida en la soledad en común de las colonias animales. Nuestra sociedad, sin finalidad, sin meta, sin jerarquía, oscilaba entre la fusión total y la yuxtaposición. Cuando estábamos juntos, vivíamos en la verdad, pero no podíamos defendernos del sentimiento que nos prestaban los unos a los otros y de que pertenecíamos cada uno de nosotros a colectividades estrechas, poderosas y muy primitivas, que forjaban mitos fascinantes, se alimentaban con el error y nos imponían su arbitrariedad. Mimados y bien pensantes, sensibles, razonadores, espantados por el desorden, odiando la violencia y la injusticia, unidos y separados por la tácita convicción de que el mundo había sido creado para nuestro uso y que nuestros respectivos progenitores eran los mejores

del mundo, tomábamos a pecho no ofender a nadie y ser corteses hasta en nuestros juegos. Las bromas y las burlas estaban severamente proscritas; si alguno se dejaba llevar por el malhumor, los demás le rodeaban, le calmaban, le obligaban a disculparse, era su propia madre quien le reprendía por boca de Jean Malaquin o de Norbert Meyre. Por lo demás, todas esas señoras se conocían y se trataban cruelmente; se contaban nuestros dichos, nuestras críticas, los juicios de cada uno sobre todos; nosotros, los hijos, nos ocultábamos los de ellas. Mi madre volvió irritada de una visita a la señora de Malaquin, quien le había dicho a las primeras de cambio: «A André le parece que Poulou se da mucho pisto». No le di importancia; así hablan las madres entre ellas; yo no guardé ningún rencor a André ni le dije nada. En suma, respetábamos a todo el mundo, a ricos y pobres, a soldados y paisanos, a jóvenes y viejos, a hombres y animales; sólo despreciábamos a los mediopensionistas y a los internos; tenían que ser muy culpables para que los hubiesen abandonado sus familias; tal vez tuviesen malos padres, pero eso no solucionaba nada, porque los niños tienen los padres que se merecen. Por la tarde, después de las cuatro, cuando se habían ido los externos, el colegio se volvía un lugar peligroso.

Unas amistades tan precavidas no dejan de tener cierta frialdad. Al llegar las vacaciones, nos separábamos sin pena. Sin embargo, yo quería a Bercot. Hijo de viuda, era mi hermano. Era guapo, frágil y amable, no me cansaba de contemplar sus largos cabellos negros peinados a lo Juana de Arco. Pero sobre todo nos enorgullecíamos ambos de haber leído todo y nos aislábamos en un rincón del patio para hablar de literatura, es decir, para volver a empezar cien veces, siempre con el mismo gusto, la enumeración de las obras que habían pasado por nuestras manos. Un día me miró con aire maníaco y me dijo que quería escribir. Volví a encontrármelo más tarde en retórica, tan guapo como siempre, pero tuberculoso; murió a los dieciocho años.

Todos, incluso Bercot, admirábamos a Bénard, un muchacho friolero y redondo que parecía un pollito. La fama de sus méritos había llegado a oídos de nuestras madres, a quienes no dejaba de molestarles, aunque no se cansaban de ponérnoslo como ejemplo, sin que por ello lograran que le cogiésemos rabia. Júzguese de nuestra parcialidad: era mediopensionista y por eso le queríamos más; para nosotros era un externo honorario. Por la noche, bajo la lámpara familiar, pensábamos en ese misionero que se había quedado en la jungla para convertir a los caníbales del internado y sentíamos menos miedo. Es justo decir que hasta los propios internos le respetaban. Ya no veo muy claramente las razones de esa aceptación unánime. Bénard era tierno, amable, sensible; y era el primero en todo. Y además, su madre se sacrificaba por él. Nuestras madres no visitaban a esa costurera, pero nos hablaban mucho de ella para que midiésemos la grandeza del amor materno; nosotros sólo pensábamos en Bénard, que era la luz, la alegría de esa desgraciada; medíamos la grandeza del amor filial; todo el mundo se enternecía con esos buenos pobres. Sin embargo, eso no habría bastado; la verdad era que Bénard vivía sólo a medias; nunca le vi sin una gran bufanda de lana; nos sonría amablemente, pero hablaba poco, y recuerdo que le habían prohibido jugar con nosotros. Por mi parte, le veneraba tanto más cuanto que su fragilidad nos separaba de él: le habían puesto bajo una campana de cristal: nos saludaba y hacía señas desde detrás del cristal, pero no nos acercábamos a él; le queríamos de lejos porque su vida tenía la discreción de los símbolos. La infancia es conformista: le agradecíamos que llevase la perfección hasta la impersonalidad. Si hablaba con nosotros, la insignificancia de sus palabras nos llenaba de satisfacción; nunca le vimos enfadado o excesivamente alegre; en clase, nunca levantaba el dedo, pero cuando le preguntaban, por su boca hablaba la Verdad, sin ninguna duda, sin exceso, justo como debe de hablar la Verdad. Sorprendía mucho a nuestra banda de niños prodigios porque era

el mejor sin ser prodigioso. En aquellos tiempos todos éramos más o menos huérfanos de padres; esos señores, o se habían muerto, o estaban en el frente los que quedaban, disminuídos o desvirilizados, trataban de que sus hijos los olvidasen; era el reino de las madres: Bénard nos reflejaba las virtudes negativas de ese matriarcado.

Se murió al final del invierno. Los niños y los soldados apenas si se preocupan por los muertos; sin embargo, lloramos los cuarenta detrás de su ataúd. Nuestras madres velaban: las flores colmaron el abismo; lo hicieron tan bien que tomamos su desaparición por un superpremio de excelencia concedido a lo largo del curso. Y además Bénard vivía tan poco que realmente no murió; quedó entre nosotros como una presencia difusa y sagrada. Nuestra moralidad dio un salto: teníamos a nuestro querido difunto, hablábamos de él en voz baja, con una satisfacción melancólica, también nos ocurriere a nosotros desaparecer prematuramente. Tal vez. Nos imaginábamos las lágrimas de nuestras madres y nos sentíamos preciosos. ¿No he soñado, sin embargo? Guardo confusamente el recuerdo de una atroz evidencia: esa costurera, esa viuda, había perdido *todo.* ¿Me horrorizó verdaderamente ese pensamiento? ¿Entreví realmente el Mal, la ausencia de Dios, un mundo inhabitable? Creo que sí; ¿por qué, si no, en mi infancia renegada, olvidada, perdida, conservó la imagen de Bénard su dolorosa nitidez?

Una semana después, el segundo curso A I fue escenario de un acontecimiento singular: estábamos en clase de latín cuando se abrió la puerta, entró Bénard escoltado por el portero, saludó al señor Durry, nuestro profesor, y se sentó. Todos reconocimos sus gafas de alambre, su bufanda, su nariz un poco arqueada, su aire de pollito friolero; yo creí que nos lo devolvía Dios. El señor Durry pareció compartir nuestro estupor: se interrumpió, respiró muy fuerte y preguntó: «Apellido, nombre, condición, profesión de los padres». Bénard contestó que era mediopensionista e hijo de ingeniero,

y que se llamaba Paul-Yves Nizan. Yo era el más sorprendido de todos; en el recreo me acerqué a él y él contestó: estábamos unidos. Sin embargo, hubo un detalle que me hizo presentir que no se trataba de Bénard, sino de un simulacro satánico: Nizan era bizco. Ya era demasiado tarde para tenerlo en cuenta: en esa cara yo no había amado la encarnación del Bien: acabé queriéndole por sí mismo. Había caído en la trampa, mi inclinación por la virtud me había llevado a querer al Diablo. A decir verdad, el seudo-Bénard no era malo: vivía y nada más; tenía todas las cualidades de su sosías, pero marchitas. En él, la reserva de Bénard se volvía disimulo; cuando estaba dominado por las emociones violentas y pasivas, no gritaba, pero le vimos ponerse blanco de ira, tartamudear; lo que tomábamos por dulzura no era más que una parálisis momentánea; no era la verdad lo que se expresaba por su boca, sino una especie de objetividad cínica y ligera que nos ponía incómodos porque no estábamos acostumbrados a ella, y, aunque naturalmente adorase a sus padres era el único que hablaba de ellos con ironía. En clase brillaba menos que Bénard; pero había leído mucho y quería escribir. En suma, era una persona completa y nada me extrañaba más que ver una persona bajo los rasgos de Bénard. Obsesionado con este parecido, nunca sabía yo si había que elogiarle por tener la apariencia de la virtud, o si había que condenarle por no tener nada más que la apariencia y entonces pasaba sin cesar de la confianza ciega a la desconfianza irrazonable. Sólo nos hicimos auténticos amigos mucho más tarde, tras una larga separación.

Durante dos años estos acontecimientos y estos encuentros suspendieron mis pensamientos habituales sin eliminar su causa. En realidad, en el fondo nada había cambiado; ya no pensaba en ese mandato depositado en mí por los adultos bajo pliego lacrado, pero subsistía. Se apoderó de mi persona. Me vigilaba, a los nueve años, hasta en mis mayores excesos. A los diez, me perdí de vista. Corría con Brun, charlaba con Bercot, con Nizan;

durante ese tiempo, mi falsa misión, abandonada a sí misma, tomó cuerpo y al final cayó en mi noche; no volví a verla más, pero ella me hizo; ejercía su fuerza de atracción sobre todo, curvando árboles y muros, arqueando el cielo por encima de mi cabeza. Me había tomado por un príncipe y mi locura consistió en serlo. Neurosis caracterológica, dice un analista amigo mío. Tiene razón; entre el verano de 1914 y el otoño de 1916 mi mandato se convirtió en mi carácter; mi delirio dejó mi cabeza para meterse en mis huesos.

No me ocurría nada nuevo; volvía a encontrar intacto lo que había representado, profetizado. Había una sola diferencia: *realicé* todo sin conocimiento, sin palabras, a ciegas. Antes, me representaba mi vida por medio de imágenes: era mi muerte provocando mi nacimiento, era mi nacimiento lanzándome hacia la muerte; en cuanto renuncié a verla me volví yo mismo esta reciprocidad, me tensé hasta romperme entre estos dos extremos, naciendo y muriendo con cada latido. Mi eternidad futura se convirtió en mi porvenir concreto; hacía sentir cada instante de frivolidad, estuvo en el centro de la más profunda atención, una distracción aún más profunda, el vacío de toda plenitud, la irrealidad ligera de la realidad; me mataba, de lejos, el gusto de un caramelo en la boca, las penas y los placeres en mi corazón; pero salvaba al momento más nulo por la única razón de que llegaba al final y de que me acercaba a ella; me dio la paciencia de vivir; nunca volví a desear saltar veinte años, a hojear otros veinte más, nunca volví a imaginar los lejanos días de mi triunfo; esperé. Después de cada minuto esperaba al próximo, porque atraía al siguiente. Viví serenamente con extrema urgencia: siempre delante de mí mismo, todo me absorbía, nada me retenía. ¡Qué alivio! Antes mis días se parecían tanto que a veces me preguntaba si no estaba condenado a sufrir el eterno retorno del mismo. No habían cambiado mucho, seguían teniendo la mala costumbre de derrumbarse temblando; pero *yo* había cambiado en ellos; ya no era el tiempo que volvía a fluir sobre mi

infancia inmóvil, sino que era yo, flecha disparada por orden, quien agujereaba al tiempo y corría derecho hacia el blanco. En 1948, en Utrecht, el profesor Van Lennep me mostraba unos tests proyectivos. Una tarjeta me llamó la atención; representaba un caballo al galope, un hombre andando, un águila en pleno vuelo, una canoa motora saltando; el sujeto debía decir qué viñeta le daba la mayor sensación de velocidad. Yo dije: «Es la canoa». Después miré curiosamente el dibujo que se había impuesto tan brutalmente: la canoa parecía que se iba a despegar del lago, un instante después planearía por encima de aquel marasmo ondulante. En seguida vi la razón de mi elección: a los diez años había tenido la impresión de que mi roda hendía el presente y me arrancaba de él; corrí desde entonces y sigo corriendo aún. Para mí, la velocidad no estriba tanto en la distancia recorrida en un lapso determinado, como en el poder de arranque.

Hace más de veinte años, una noche Giacometti cruzaba la plaza de Italie y un auto le atropelló. Herido, con una pierna torcida, en el desvanecimiento lúcido en que había caído, lo primero que sintió fue una especie de alegría. «¡Por fin me ocurre algo!» Conozco su radicalismo: él esperaba lo peor; esta vida que le gustaba tanto como para no desear ninguna otra, se halla derribada, rota tal vez por la estúpida violencia del azar: «Luego, se decía, yo no estaba hecho para esculpir, ni siquiera para vivir; no estaba hecho para nada». Lo que le exaltaba era el orden amenazante de las causas súbitamente desenmascarado y también fijar en las luces de la ciudad, en los hombres, en su propio cuerpo tirado en el barro, la mirada petrificante de un cataclismo; para un escultor nunca está lejos el reino mineral. Yo admiro esa voluntad de acoger todo. Al que le gusten las sorpresas, tiene que quererlas hasta ahí, hasta esos raros destellos que revelan a los aficionados que la tierra no está hecha para ellos.

A los diez años yo pretendía que sólo me gustaban las sorpresas. Cada eslabón de mi vida debía de ser

imprevisto, oler a pintura fresca. Aceptaba de antemano los contratiempos, las desventuras y, para ser justo, debo decir que les ponía buena cara. Una noche se cortó la electricidad: una avería; me llamaron desde otra habitación, yo avancé con los brazos separados y me golpeé tan fuerte en la cara contra una puerta que se me rompió un diente. A pesar del dolor, me divirtió, me reía. Como más tarde, aunque por razones diametralmente opuestas, debía reírse Giacometti de su pierna. Ya que había decidido que mi historia tendría un desenlace feliz, lo imprevisto no podía ser más que un señuelo y la novedad, una apariencia; al hacerme nacer, la exigencia de los pueblos había regulado todo; en ese diente roto vi un signo, una oscura premonición que comprendería más adelante. Dicho de otra manera, conservaba el orden de los fines en cualquier circunstancia, a cualquier precio; contemplaba mi vida a través de mi defunción y no veía más que una memoria cerrada de la que nada podía salir, donde nada entraba. ¿Se imaginan mi seguridad? El azar no existía; no tenía que habérmelas más que con sus imitaciones providenciales. Los periódicos hacían creer que por las calles se arrastraban unas fuerzas dispersas que segaban a la gente menuda; yo, el predestinado, no las encontraría. Tal vez perdiera un brazo, una pierna, ambos ojos. Pero todo consistía en la manera: mis infortunios siempre serían pruebas, medios para hacer un libro. Aprendí a soportar las penas y las enfermedades; vi en ellas las primicias de mi muerte, los escalones que ésta iba esculpiendo para elevarme hasta ella. No me disgustaba esta solicitud un tanto brutal, y estaba muy interesado en mostrarme digno de ella. Para mí lo peor era la condición de lo mejor; servían hasta mis faltas, lo que quiere decir que nunca las cometía. A los diez años, estaba seguro de mí mismo: modesto, intolerable, veía en mis derrotas las condiciones de mi victoria póstuma. Ciego o sin piernas, descarriado, ganaría la guerra a fuerza de perder las batallas. No veía diferencia entre las pruebas reservadas a los elegidos y los fracasos cuya respon-

sabilidad me concernía, lo que significa que, en el fondo, mis crímenes me parecían infortunios y que reivindicaba mis desgracias como faltas; de hecho, yo no podía contraer una enfermedad, ya fuese el sarampión o un resfrío, sin declararme culpable: había descuidado la vigilancia, había olvidado ponerme el abrigo o la bufanda. Siempre he preferido acusarme que acusar al universo; y no por bondad, sino para no depender más que de mí. Esta arrogancia no excluía la humildad; aceptaba ser falible sin resistirme porque mis fallos eran forzosamente el camino más corto para llegar al Bien. Me las arreglaba para sentir en el movimiento de mi vida una atracción irresistible que, aunque fuese a pesar de mí, me obligase a hacer nuevos progresos.

Todos los niños saben que progresan. Además, no se les permite que lo ignoren: «Progresos por hacer, progresando, progresos serios y regulares...» Las personas mayores nos contaban la historia de Francia, después de la primera República, la incierta, estuvo la segunda, y luego la tercera, que era la buena: nunca hay dos sin tres. El optimismo burgués se resumía entonces en el programa de los radicales: abundancia creciente de bienes, supresión del pauperismo por la multiplicación de las luces y de la pequeña propiedad. A nosotros, jóvenes señores, nos lo habían puesto a nuestro alcance, y descubríamos, satisfechos, que nuestros progresos individuales reproducían los de la nación. Sin embargo, eran raros los que se querían elevar por encima de sus padres; la mayor parte sólo quería alcanzar la edad de ser hombre; después dejarían de crecer y de desarrollarse: era el mundo que estaba a su alrededor lo que se volvería espontáneamente mejor y más confortable. Algunos de nosotros esperaban ese momento con impaciencia, otros con miedo y otros con pesar. En cuanto a mí, hasta entonces, creía en la indiferencia, me tenía sin cuidado la pretexta. Mi abuelo me encontraba minúsculo y se desconsolaba: «Tendrá la estatura de los Sartre», decía mi abuela para molestarle. El hacía como que no lo oía, se plantaba delante de mí, me miraba de

arriba a abajo: «¡Está creciendo!», decía por fin sin demasiada convicción. Yo no compartía ni sus inquietudes ni sus esperanzas; también crecen las malas hierbas; la prueba es que se puede llegar a ser alto sin dejar de ser malo. Mi problema, entonces, era ser bueno *in aeternum*. Todo cambió cuando mi vida se aceleró: no bastaba hacerlo bien, sino que había que hacerlo *mejor* en todo momento. Ya no tuve más que una ley: trepar. Para alimentar mis pretensiones y para ocultar su desmesura, recurrí a la experiencia común: me empeñé en ver en los progresos vacilantes de mi infancia los primeros efectos de mi destino. Estas mejoras auténticas, aunque pequeñas y de lo más ordinarias, me dieron la ilusión de probar mi fuerza ascendente. Niño público, adopté en público el mito de mi clase y de mi generación: se aprovecha lo adquirido, se capitaliza la experiencia, el presente se enriquece con todo el pasado. En la soledad, distaba mucho de sentirme satisfecho. No podía admitir que se recibiese el ser desde fuera, que se conservase por inercia ni que los movimientos del alma fuesen los efectos de movimientos anteriores. Nacido de una espera futura, saltaba, luminoso, total, y cada instante repetía la ceremonia de mi nacimiento: quería ver en los afectos de mi corazón un crepitar de chispas. ¿Por qué había de enriquecerme el pasado? El no me había hecho, era yo, por el contrario, resucitado de mis cenizas, el que arrancaba de la nada a mi memoria por una creación siempre recomenzada. Renacía mejor y utilizaba mejor las inertes reservas de mi alma por la simple razón de que cada vez la muerte, más próxima, me iluminaba más fuerte con su oscura luz. Me decían muchas veces: el pasado nos empuja, pero yo estaba convencido de que me atraía el porvenir; habría detestado sentir en mí fuerzas flojas para la labor, el lento despliegue de mis disposiciones. Había metido en mi alma el progreso continuo de los burgueses y hacía de él un motor de explosión; rebajé el pasado ante el presente y a éste ante el porvenir, transformé un evolucionismo tranquilo en un catastrofismo revolucionario

y discontinuo. Hace algunos años me hicieron ver que los personajes de mis obras de teatro y de mis novelas toman sus decisiones bruscamente y por crisis, que, por ejemplo, basta un instante para que el Orestes de *Las moscas* lleve a cabo su conversión. Caramba, es que los hago a mi imagen y semejanza; desde luego no como yo soy, sino como he querido ser.

Me volví traidor y no he dejado de serlo. Por mucho que me meta por entero en lo que haga, que me entregue sin reservas al trabajo, a la ira, a la amistad, sé que en un instante lo renegaré, lo quiero así y me traiciono, ya en plena pasión, por el alegre presentimiento de mi futura traición. De una manera general, mantengo mis compromisos como cualquier otro; constante en mis afectos y en mi conducta, soy infiel a mis emociones: monumentos, cuadros, paisajes, hubo un tiempo en que el último que hubiera visto era siempre el más hermoso; enojaba a mis amigos evocando cínica o simplemente con ligereza —para convencerme de que me sentía despegado— un recuerdo común que podía ser precioso para ellos. Al no poder quererme lo bastante, huí hacia adelante; resultado: aún me quiero menos, esta inexorable progresión me descalifica constantemente ante mí mismo: ayer actué mal porque era ayer y presiento hoy el severo juicio que haré mañana sobre mí. Sobre todo, nada de promiscuidad: mantengo a mi pasado a respetuosa distancia. La adolescencia, la edad madura, hasta el año que acaba de pasar, serán siempre el Antiguo Régimen; el Nuevo se anuncia en la hora presente pero no está instituido nunca: hoy no se fía, mañana, sí. Sobre todo he borrado mis primeros años; cuando empecé este libro necesité mucho tiempo para descifrarlos bajo las tachaduras. Había amigos que se extrañaban, cuando yo tenía treinta años: «Se diría que no ha tenido usted padres. Ni infancia». Y yo era tan tonto como para sentirme halagado. Sin embargo, aprecio y respeto la humilde y tenaz fidelidad que determinadas peronas —sobre todo mujeres— mantienen por sus gustos, sus deseos, sus antiguas empresas, por las fiestas des-

aparecidas; admiro su voluntad de seguir siendo los mismos en medio del cambio, de salvar su memoria, de llevarse con la muerte la primera muñeca, un diente de leche, un primer amor. He conocido a hombres que se acostaron tardíamente con una mujer envejecida por la sola razón de que la habían deseado en su juventud; otros que guardaban rencor a los muertos o que se habrían batido antes de reconocer una falta venal cometida veinte años antes. A mí no me duran los rencores y confieso todo, complacientemente; estoy muy dotado para la autocrítica a condición de que no pretendan imponérmela. Han atacado mucho, en 1936 y en 1945, al personaje que llevaba mi nombre; ¿qué tengo yo que ver con eso? Las afrentas recibidas las cargo en su débito: ese imbécil ni siquiera sabía hacerse respetar. Me encuentra un viejo amigo; exposición de amargura: hace diecisiete años que rumia un agravio; en una circunstancia determinada le traté sin mucha consideración. Recuerdo vagamente que por entonces yo me defendía contraatacando, que le reprochaba su susceptibilidad, su manía de persecución, en una palabra, que yo tenía mi versión personal de ese incidente: entonces adopto la suya aún con mayor prontitud; abundo en su sentido, me abrumo: me he comportado como un vanidoso, como un egoísta, no tengo corazón; es una alegre matanza: me deleito con mi lucidez; reconocer mis faltas con tan buena gracia es probarme que ya no las podría cometer. ¿Puede creerse? Mi lealtad, mi generosa confesión no hacen más que irritar al ofendido. Me ha descubierto el juego, sabe que me sirvo de él; a quien guardo rencor es a mí, a mí, vivo, presente, pasado, *el mismo* que él ha conocido siempre, y yo le abandono un despojo inerte por el gusto de sentirme un *niño que acaba de nacer.* Acabo por enfurecerme a mi vez contra ese furioso desenterrador de cadáveres. Inversamente, si me recuerdan alguna circunstancia en la que, según me dicen, no hice mal papel, borro ese recuerdo con la mano; me creen modesto y soy todo lo contrario: pienso que hoy lo haría mejor y *mucho* mejor mañana. A los

escritores de edad madura no les gusta que se les felicite con mucha convicción por su primera obra, pero estoy seguro de que es a mí a quien menos le gusta. Mi mejor libro es el que estoy escribiendo; después viene el último publicado, pero ya me estoy preparando para que no me guste. Si los críticos lo encuentran malo hoy, tal vez me hirieran, pero dentro de seis meses no distaré mucho de compartir su opinión. Con la condición, sin embargo, de que esa obra la pongan por encima de todo lo que he hecho anteriormente; consiento que desprecien el conjunto con tal que se mantenga la jerarquía cronológica, la única que me conserva la posibilidad de que mañana pueda hacerlo mejor, mejor aún pasado mañana y de que acabe con una obra maestra.

Claro está que no me engaño; ya sé que nos repetimos. Pero este conocimiento adquirido más recientemente corroe mis viejas evidencias sin disiparlas del todo. Mi vida tiene algunos testigos severos que no me perdonan nada; me sorprenden a veces cayendo en los mismos pasos. Me lo dicen, les creo y luego, en el último momento, me felicito: ayer estaba ciego; mi progreso de hoy es haber comprendido que ya no progreso. A veces soy yo mismo mi testigo de cargo. Por ejemplo, me doy cuenta de que, dos años antes, escribí una página que me podría servir. La busco, no la encuentro; mejor, por ceder a la pereza iba a meter una cosa vieja en una obra nueva, ahora escribo mucho mejor, voy a rehacerla. Cuando he terminado el trabajo, encuentro por casualidad la hoja perdida. Estupor: con la diferencia de alguna coma, expresaba la misma idea con los mismos términos. Dudo y después tiro a la canasta este documento prescrito, guardo la nueva versión: tiene un no sé qué de superior sobre la antigua. En una palabra, me arreglo; desilusionado, me engaño para sentir aún, a pesar del envejecimiento que me arruina, la joven embriaguez del alpinista.

A los diez años aún no conocía mis manías, mis repeticiones, y la duda ni me rozaba; corría de un lado para otro, charlaba, fascinado por los espectáculos de la

calle, no dejaba de cambiar de piel y oía a mis viejas pieles caer una tras otra. Cuando subía por la calle Souiflot, sentía a cada paso, en la deslumbrante desaparición de los escaparates, el movimiento de mi vida, su ley y el hermoso mandato de ser infiel a todo. Yo me llevaba todo entero conmigo. Mi abuela quiere renovar la vajilla: yo la acompaño a un almacén de porcelanas y de cristalería; ella señala una sopera cuya tapadera tiene una manzana roja, y platos con flores. No es exactamente lo que quiere: en los platos hay flores, naturalmente, pero también hay insectos oscuros que trepan por los tallos. La vendedora se anima a su vez: ella sabe muy bien lo que quiere la cliente, tenía el artículo pero no se fabrica desde hace tres años; este modelo es más reciente, más ventajoso, y además, con o sin insectos, las flores, ¿no es cierto?, son siempre flores, y la verdad es que nadie se pondrá a buscar el bichito. Mi abuela no comparte esa opinión, insiste: ¿no se podría mirar en la trastienda? Ah, en la trastienda, sí, claro, pero hará falta un poco de tiempo y la vendedora está sola: el empleado acaba de dejarla. Me han mandado a un rincón advirtiéndome que no toque nada, me han dejado olvidado ahí, aterrorizado por las fragilidades que me rodean, por brillos polvorientos, por la máscara de Pascual muerto, por un orinal que representa la cabeza del presidente Fallières. Pero a pesar de las apariencias soy un falso personaje secundario. Es así como determinados autores llevan a sus personajes secundarios al proscenio y presentan a sus héroes fugazmente de perfil. El lector no se equivoca; ha hojeado el último capítulo para ver si la novela acaba bien, sabe que el joven pálido, apoyado en la chimenea tiene trescientas cincuenta páginas en el vientre. Trescientas cincuenta páginas de amor y de aventuras. Yo por lo menos tenía quinientas. Yo era el héroe de una larga historia que terminaba bien. Pero había dejado de contarme esta historia: ¿para qué? Me sentía novelesco, eso era todo. El tiempo tiraba hacia atrás a las viejas señoras perplejas, a las flores de loza y todo lo demás, em-

palidecían las faldas negras, las voces se volvían algodonadas, a mí me daba pena mi abuela porque seguramente no se la vería en la segunda parte. En cuanto a mí, yo era el comienzo, la mitad y el final reunidos en un niño pequeño ya viejo, ya muerto, *aquí,* en la sombra, entre pilas de platos más altas que él y *fuera,* muy lejos, bajo el gran sol fúnebre de la gloria. Yo era el corpúsculo al principio de su trayectoria y el tren de ondas que refluye sobre él tras haber chocado contra el parachoques de final de trayecto. Reunido, apretado, tocando con una mano la tumba y con la otra la cuna, me sentía breve y espléndido, un relámpago borrado por las tinieblas.

Sin embargo, no me abandonaba el aburrimiento, a veces discreto, a veces descorazonador; yo cedía a la tentación más fatal cuando ya no podía soportarlo: Orfeo perdió por impaciencia a Eurídice; por impaciencia me perdí yo también muchas veces. Perdido por desocupación, me ocurría volverme hacia mi locura cuando hubiera debido ignorarla, mantenerla en la carpeta, fijando mi atención en los objetos exteriores; en esos momentos quería *realizarme* en el acto, abrazar de un solo vistazo la totalidad que se me imponía cuando no pensaba en ella. ¡Catástrofe! El progreso, el optimismo, las traiciones alegres y la finalidad secreta se hundían por lo que había añadido yo mismo a la predicción de la señora de Picard. La predicción seguía ahí, ¿pero qué podía hacer con ella? Por querer salvar todos mis instantes, este oráculo sin contenido se impedía distinguir alguno; el porvenir, desecado de repente, ya no era más que un caparazón, volvía a encontrar mi dificultad de ser y me daba cuenta de que nunca me había abandonado.

Recuerdo sin fecha: estoy sentado en un banco en el Luxemburgo; Anne-Marie me ha pedido que descanse junto a ella porque estaba empapado de sudor por haber corrido tanto. Tal es al menos el orden de las causas. Me aburro tanto que tengo la arrogancia de invertirlo: he corrido porque *tenía* que estar empapado para dar a

mi madre la ocasión de llamarme. Todo termina en este banco, todo tenía que terminar en él. ¿Cuál es su papel? Lo ignoro y en un primer momento no me preocupa: de todas las impresiones que me rozan, no perderé ninguna; hay un fin, lo conoceré y lo conocerán mis sobrinitos. Balanceo mis cortas piernas, que no llegan al suelo, veo pasar a un hombre que lleva un paquete a una jorobada: eso servirá. Me repito extasiado: «Es muy importante que siga sentado». Aumenta el aburrimiento; no aguanto más las ganas de arriesgar una ojeada sobre mí mismo; no pido revelaciones sensacionales, pero me gustaría adivinar el secreto de este minuto, sentir su urgencia, gozar un poco de esta oscura presencia vital que presto a Musset, a Hugo. Naturalmente, sólo veo brumas. La abstracta postulación de mi necesidad y la intuición bruta de mi existencia subsisten una junto a la otra sin combatirse ni confundirse. Ya sólo pienso en huir de mí, en encontrar la sorda velocidad que me llevaba: es en vano, se ha roto el encantamiento. Siento hormigueos en las pantorrillas, me retuerzo. Muy oportunamente, el Cielo me encarga una nueva misión: es muy importante que me ponga a correr otra vez. Salto al suelo, salgo disparado; en el extremo del paseo, me vuelvo; nada se ha movido, nada ha ocurrido. Me oculto la decepción por medio de unas palabras: en una habitación amueblada de Aurillac, lo afirmo, en los alrededores de 1945, esta carrera tendrá consecuencias inapreciables. Me declaro colmado, me exalto; para forzarle la mano al Espíritu Santo, le hago el truco de la confianza: juro con frenesí merecer la oportunidad que me ha dado. Todo está a flor de piel, todo depende de las reacciones nerviosas y lo sé. Mi madre viene hacia mí, me pone el jersey de lana, la bufanda, el abrigo; me dejo envolver, soy un paquete. Aún hay que soportar la calle Soufflot, los bigotes del portero, el señor Trigon, las toses del ascensor hidráulico. Finalmente, el pequeño pretendiente calamitoso se encuentra de nuevo en la biblioteca, se desplaza de una a otra silla, hojea unos libros y los deja; me acerco a la

ventana, veo una mosca en el visillo, la atrapo en una trampa de muselina y dirijo hacia ella un índice asesino. Ese momento está fuera de programa, extraído del tiempo común, puesto aparte, incomparable, inmóvil, nada saldrá de ahí ni esta tarde ni en adelante. Aurillac ignora siempre esta eternidad turbia. La Humanidad dormita; en cuanto al ilustre escritor —un santo que no haría daño ni a una mosca—, precisamente ha salido. Un niño, solo y sin porvenir en un minuto estancado, pide sensaciones fuertes al asesinato; ya que me niegan un destino de hombre, seré el destino de una mosca. No me apresuro, le dejo el tiempo de que adivine al gigante que se inclina sobre ella: presiono con el dedo, revienta la mosca, ¡aviado estoy! No había que matarla. ¡Dios mío! Era el único ser que me temía en toda la creación; ya no cuento para nadie. Insecticida, ocupo el lugar de la víctima y me vuelvo insecto a mi vez. Soy mosca, siempre lo he sido. Esta vez he tocado fondo. Ya lo único que puedo hacer es coger de la mesa *Las aventuras del capitán Corcorán,* dejarme caer en la alfombra y abrir por cualquier página el libro releído ya cien veces; estoy tan cansado, tan triste, que no siento ya mis nervios y me olvido de mí mismo en cuanto leo la primera línea. Corcorán hace unas batidas por la biblioteca vacía, con la carabina al brazo y la tigresa detrás de él; a su alrededor se disponen apresuradamente las espesuras de la jungla; he plantado unos árboles a lo lejos y los monos saltan de rama en rama. De pronto, Louison, la tigresa, se pone a gruñir. Corcorán se inmoviliza: el enemigo. Ése es el momento palpitante que elige mi gloria para volver a su domicilio, la Humanidad para despertarse sobresaltada y pedirme auxilio, el Espíritu Santo para susurrarme estas palabras conmovedoras: «No me buscarías si no me hubieses encontrado». Pero se perderán esos halagos; no hay nadie que pueda oírlos a excepción del valiente Corcorán. Como si no hubiese esperado más que esta declaración, retorna el Ilustre Escritor; un sobrino-nieto inclina su rubia cabeza sobre la historia de mi vida, el llanto le

moja los ojos, se levanta el porvenir, me envuelve un amor infinito, unas luces giran en mi corazón; yo no me muevo, no dirijo ni una mirada a la fiesta. Prosigo tranquilamente mi lectura, las luces acaban por apagarse, ya no siento nada salvo un ritmo, un impulso irresistible, arranco, ya he arrancado, avanzo, el motor ronca. Siento la velocidad de mi alma.

Tal fue mi comienzo: huía, fuerzas exteriores modelaron mi huída y me hicieron. La religión que sirvió de maqueta se transparentaba a través de una concepción obsoleta de la cultura; infantil, nada hay más cerca de un niño. Me enseñaban la Historia Sagrada, el Evangelio, el Catecismo sin darme los medios para creer; el resultado fue un desorden que se tornó mi orden particular. Hubo plegamientos, un desplazamiento considerable; lo sagrado, extraído del catolicismo, se posó en las Bellas Letras y apareció el hombre de pluma, *ersatz* del cristiano que yo no podía ser; su único negocio era la salvación, su estancia en este mundo no tenía más fin que hacerle merecer la beatitud póstuma por medio de unas pruebas dignamente soportadas. La muerte se reducía a un rito de paso y la inmortalidad terrestre se ofrecía como un sustituto de la vida eterna. Para asegurarme de que la especie humana me perpetuaría, en mi cabeza se convino que no habría de terminar. Apagarme en ella era nacer y tornarme infinito, pero si se emitía ante mí la hipótesis de que un cataclismo pudiese un día destruir el planeta, aunque fuese cincuenta mil años después, me horrorizaba; aun hoy, desencantado, no puedo pensar sin temor en el enfriamiento del sol; que mis congéneres me olviden al día siguiente de mi muerte, poco me importa: los visitaré mientras vivan, inasible, innominado, presente en cada uno como están en mí los millones y millones de muertos que ignoro y que preservo de la aniquilación; pero si desaparece la humanidad, matará de verdad a los muertos.

El mito era muy simple y lo digerí sin esfuerzo. Protestante y católico, mi doble pertenencia confesional me impedía creer en los Santos, en la Virgen, y finalmente en Dios en tanto que los llamase por su nombre. Pero me había penetrado una enorme potencia colectiva; establecida en mi corazón, acechaba, era la Fe de los otros; bastó con desbautizar y modificar en la supeficie a su objeto ordinario: lo reconoció bajo los disfraces que me engañaban, se arrojó sobre él, lo sujetó con sus garras. Yo pensaba darme a la Literatura cuando, en verdad, lo que hacía era entrar en las órdenes. En mí la certeza del más humilde creyente se volvió la orgullosa evidencia de mi predestinación. Predestinado, ¿por qué no? ¿No es un elegido todo cristiano? Yo crecía, mala hierba, en la tierra de la catolicidad, mis raíces chupaban sus jugos y los convertía en mi savia. De ahí provino esa ceguera lúcida que padecí durante treinta años. Una mañana, en 1917, en La Rochelle, esperaba a unos camaradas que me tenían que acompañar al colegio; tardaban, al poco rato no supe qué inventar para distraerme y decidí pensar en el Todopoderoso. Cayó rodando por el azul en el acto y desapareció sin darme explicaciones: «no existe», me dije con una extrañeza cortés, y creí zanjado el asunto. En cierta forma lo estaba, ya que desde entonces nunca he tenido la menor tentación de resucitarlo. Pero seguía el Otro, el Invisible, el Espíritu Santo, el que garantizaba mi mandato y regía mi vida con grandes fuerzas anónimas y sagradas. Aún me costó más librarme de éste porque se había instalado en la parte de atrás de mi cabeza en las nociones traficadas que yo usaba para comprender, situarme y justificarme. Escribir fue durante mucho tiempo pedir a la Muerte, a la Religión, bajo una máscara, que arrancase mi vida del azar. Fui de Iglesia. Militante, quise salvarme por las obras; místico, intenté desvelar el silencio del ser por un rumor encontrado de palabras y, sobre todo, confundí las cosas con sus nombres: eso es creer. Estaba alucinado. Mientras duró, consideré que no tenía problemas. A los treinta años logré una jugada maes-

tra: escribir en *La náusea* —y puede creérseme que muy sinceramente— la existencia injustificada, salobre de mis congéneres y de poner a la mía a salvo. Yo *era* Roquentin, mostraba en él, sin complacencia, la trama de mi vida; al mismo tiempo era *yo,* el elegido, analista de los infiernos, fotomicroscopio de cristal y de acero inclinado sobre mis propios jarabes protoplásmicos. Más tarde expuse alegremente que el hombre es imposible; imposible yo mismo, difería de los otros sólo por el mandato de manifestar esta imposibilidad que, como consecuencia, se transfiguraba, se volvía mi más íntima posibilidad, el objeto de mi misión, el trampolín de mi gloria. Era prisionero de estas evidencias pero no las veía: veía el mundo a través de ellas. Falsificado hasta los huesos y mistificado, yo escribía alegremente sobre nuestra desgraciada condición. Dogmático, dudaba de todo, excepto de ser el elegido de la duda: restablecía con una mano lo que destruía con la otra y tenía a la inquietud por la garantía de mi seguridad: era feliz.

He cambiado. Más adelante contaré qué ácidos corroyeron las transparencias deformantes que me envolvían, cuándo y cómo hice el aprendizaje de la violencia, descubrí mi fealdad —que durante mucho tiempo fue mi principio negativo, la cal viva en que se disolvió el niño maravilloso—, la razón que me llevó a pensar sistemáticamente contra mí mismo hasta el punto de medir la evidencia de una idea por el desagrado que me causaba. La ilusión retrospectiva está hecha migas; martirio, salvación, inmortalidad, se derrumban, el edificio cae en ruinas, he cogido al Espíritu Santo en el sótano y lo he expulsado; el ateísmo es una empresa cruel y de largo aliento: creo haberla llevado hasta su fin. Veo claro, estoy desengañado, conozco mis verdaderas tareas, seguramente merezco un premio de civismo; desde hace unos diez años soy un hombre que se despierta, curado de una amarga y dulce locura que le sorprende y que no puede recordar sin reírse sus antiguos errores y que ya no sabe qué hacer con su vida. He vuelto a ser el viajero sin billete que era a los siete años; el re-

visor ha entrado en el compartimento, me mira, menos severo que antaño, en realidad sólo quiere irse, dejarme que termine el viaje en paz; que le dé una excusa válida, cualquiera, con la que se contentara. Desgraciadamente no encuentro ninguna y, además, ni siquiera tengo ganas de buscarla. Quedaremos uno frente a otro, incómodos, hasta Dijon, donde sé muy bien que nadie me espera.

Me he desinvestido pero no he renegado: sigo escribiendo. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Nulla dies sine linea.

Es mi costumbre y además es mi oficio. Durante mucho tiempo tomé mi pluma por una espada; ahora conozco nuestra impotencia. No importa, hago, haré libros; es preciso. Son útiles, de todos modos. La cultura no salva nada ni a nadie, no justifica. Pero es un producto del hombre: el hombre se proyecta en ella, se reconoce; sólo este espejo crítico le ofrece su imagen. Por lo demás, este viejo edificio en ruinas, mi impostura, es también mi carácter; podemos deshacernos de una neurosis, pero no curarnos de nosotros mismos. Todos los rasgos del niño, desgastados, borrados, humillados, arrinconados, silentes, han quedado en el quincuagenario. La mayor parte del tiempo se aplanan en la sombra, acechan; al menor descuido levantan la cabeza y salen a la luz bajo un disfraz; pretendo sinceramente no escribir más que para nuestro tiempo, pero no me molesta mi notoriedad actual: no es la gloria, ya que vivo, y eso basta sin embargo para desmentir mis viejos sueños, ¿o será que sigo alimentándolos secretamente? Del todo, no; creo que los he adaptado; ya que he perdido la posibilidad de morir desconocido, me enorgullezco a veces de vivir mal conocido. Grisélidis no ha muerto. Pardaillan sigue habitándome. Y Strogoff. Yo no dependo más que de ellos, que no dependen más que de Dios y yo no creo en Dios. ¡Vaya uno a reconocerse! Por mi parte, no me reconozco, y a veces me pregunto si no estoy jugando al ganapierde y no me empeño en pisotear mis esperanzas de antaño para que se me devuelva

todo multiplicado por cien. En tal caso yo sería Filoctetes: este cojo magnífico y apestoso que dio hasta su arco sin condiciones, pero, subterráneamente, puede estarse seguro de que espera su recompensa.

Dejemos eso, Mamie diría:

«Deslizaos, mortales, no os apoyéis.»

Lo que me gusta de mi locura es que me ha protegido, desde el primer día, contra las seducciones de la *élite;* nunca he creído ser el feliz propietario de un «talento»; mi único objetivo era el de salvarme —nada en las manos, nada en los bolsillos— por el trabajo y la fe. Como consecuencia, mi pura opción no me elevaba por encima de nadie: sin equipo, sin herramientas, me he metido entero en la tarea para salvarme entero. Si coloco a la imposible Salvación en el almacén de los accesorios, ¿qué queda? Todo un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos.

Indice